

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUITICA
DEL PARAGUAY
1650-1652 y 1652-1654**



**DOCUMENTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL N° 15
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GEOHISTÓRICAS - IIGHI
CONICET**

RESISTENCIA, CHACO 2008

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUÍTICA
DEL PARAGUAY**

1650-1652

Y

1652-1654

ISSN 0325-9404

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUÍTICA
DEL PARAGUAY
1650-1652
Y
1652-1654**

**Introducción: María Laura Salinas
Con la colaboración de Fernando Ariel
Pozzaglio y Omar Svriz Wucherer**

**DOCUEMNTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL N° 15
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GEOHISTÓRICAS-CONICET
RESISTENCIA, CHACO 2008**

ÍNDICE

Página

Introducción

Carta Anua de 1650-1652

Carta Anua de 1652-1654

Índice de los capítulos de la Carta Anua de 1650-1652

Índice de los capítulos de la Carta Anua de 1652-1654

Índice onomástico de la Carta Anua de 1650 -1652

Índice toponímico de la Carta Anua de 1650 -1652

Índice de los pueblos indígenas de la Carta Anua de 1650-1652

Índice toponímico de la Carta Anua de 1652 -1654

Índice onomástico de la Carta Anua de 1652 -1654

Índice de los pueblos indígenas de la Carta Anua de 1652-1654

INTRODUCCIÓN

El presente volumen contiene las Cartas Anuas de 1650-1652 y las de 1652-1654. Se ha optado por reunir las en un solo volumen siguiendo la modalidad iniciada en la publicación anterior referida a las Cartas del período 1645-1646 y 1647-1649. Esa presentación de dos bienios permite al lector tener una visión más amplia y secuencial de los sucesos relatados por los autores.

La carta de 1650-1652, fue escrita por el padre Juan Pastor¹ pero el deber de realizar una visita por la Provincia que dirigía, hizo que fueran concluidas y firmadas el 25 de julio de 1653, por el padre Francisco Vázquez de la Mota.²

La carta de 1652-1654 fue realizada y firmada por el padre Lorenzo Sobrino.³ El hecho de tener a más de un autor, sitúa al lector ante la posibilidad de comparar ambos textos, encontrar similitudes y diferencias en la información, el relato y la forma de abordar las diferentes temáticas.

¹ Este provincial nació el 18 de octubre de 1580 en Fuentespalda (España), a los 16 años ingresó en Aragón a la Compañía de Jesús. Llegó en 1607 a San Salvador de Jujuy (Argentina) y profesó sus últimos votos siete años después en Santiago de Chile. Falleció en 1658 en Córdoba (Argentina).

² Francisco Vázquez de La Mota nació en 1570 en Belmonte (Cuenca, España). Ingresó a la Compañía el 23 de Abril de 1596 en Andalucía. Llegó a la provincia del Paraguay en 1607. Fue provincial entre 1555 y 1558. Murió en Córdoba en 1666.

³ Lorenzo Sobrino, nació en Alagón (Zaragoza) el 5 de Julio de 1589. Ingresó a la Compañía el 9 de Noviembre de 1606 en Aragón. Llegó a Buenos Aires el 15 de febrero de 1617. Falleció en Córdoba en 1655. En las cartas aparece con el nombre de Lorenzo, pero en el registro de Jesuitas realizado por el padre Storni, aparece con el nombre de Laureano. Hugo Storni. *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585 – 1768*. Roma, Institutum Historicum S. I. 1980.

El primero de ellos ejerció el cargo de provincial en el Paraguay entre los años 1651-1654. Antes de ocupar este puesto, desde el cual redactó las Cartas Anuas que nos incumben, se desempeñó, entre 1644 – 1648, como Procurador en Europa de la Provincia del Paraguay. El padre Lorenzo Sobrino, por su parte fue provincial entre los años 1654-1655.

Ajustado a un modelo de carta ya consagrado anteriormente, la información fue distribuida en dos ámbitos diferentes. Por una parte ambas cartas se inician con una reseña del personal religioso existente en la provincia, tanto de sacerdotes y novicios como hermanos coadjutores, hacen mención también al número de jesuitas presentes en ella. En 1650-1652: se ofrecen los siguientes datos: 166 religiosos, 110 son sacerdotes, 8 escolares, 39 hermanos coadjutores y 9 novicios, a su vez, se informa acerca de la existencia de 8 colegios, una casa noviciado y 22 residencias.

En la carta de 1652- 1654 se dan los siguientes datos: ocho colegios, una casa de Probación y 22 residencias misionales. Se ofrece un total de 168 sujetos, entre los cuales 5 son novicios, 45 hermanos coadjutores, 9 hermanos escolares, siendo los demás sacerdotes. En ambos casos la descripción es sumaria. A partir de allí, el contenido de ambos textos requiere ser reseñado por separado.

Para la edición de las Cartas Anuas 1650 – 1652 y 1652-1654 se ha utilizado la traducción al castellano que el padre Leonhardt realizó de los originales en latín.

Este trabajo, como se hizo en ediciones anteriores intenta ampliar el número de lectores interesados en la temática, como así también contribuir en la construcción de la historia jesuítica paraguaya durante este período.

El contenido de la carta de 1650-1652

Estas Cartas Anuas en primer lugar, dan una visión general de la Provincia Jesuítica del Paraguay, hacen mención tanto al número de jesuitas presentes en ella: ciento sesenta y seis como a la jerarquía

de los mismos. Ciento diez son sacerdotes, ocho son escolares, treinta y nueve hermanos coadjutores y nueve novicios; a su vez, nos informa de sus lugares de residencia: ocho colegios, una casa noviciado y veintidós residencias.

El padre Juan Pastor expone su designación y viaje como Procurador a Roma, y su regreso al Paraguay tras cinco años. Se realiza una descripción detallada de los inconvenientes sufridos en dicho viaje por la rebelión de los portugueses.

Relata también la incansable búsqueda en Europa de misioneros para llevar al Paraguay y las vicisitudes para reunirlos, por las consecuencias que todavía causaban, desde su punto de vista, las acciones del obispo Cárdenas que habían interferido en algunas medidas estipuladas por funcionarios de la corona.⁴

El tema del obispo Cárdenas, no deja de mencionarse en esta carta, si bien ya no ocupa el centro de atención del autor como en cartas anteriores se mantiene el recuerdo por aquellos sucesos y se hace mención a los grandes daños causados por los incidentes entre la Compañía y dicho prelado.⁵

Luego el provincial hace referencia a la situación de las reducciones, menciona los peligros y la vulnerabilidad de las mismas ante el avance portugués. Se ocupaban de dichos poblados según los datos que ofrece: 40 sacerdotes y 4 hermanos coadjutores repartidos en 18 reducciones y total de 40.000 almas que los habitaban.⁶

⁴ El padre Pastor menciona que logra reunir a treinta y nueve padres (diecinueve dados por el padre Asistente de Alemania, diez por el de Italia y otros diez por el de España), pero las injurias emitidas por el obispo del Paraguay fray Bernardino de Cárdenas sobre la Compañía de Jesús, hizo que el Presidente de la Casa de Contratación prohibiera que se embarquen jesuitas extranjeros razón por la cual sólo pueda llevar “...a un solo padre... y a trece más entre Hermanos, estudiantes y coadjutores...” Carta Anua de la Provincia Jesuítica del Paraguay 1650-1652- F 2V

⁵ Las Cartas de los bienios 1645-1646. 1647-1649, realizadas por el padre Juan Bautista Ferrufino. En. Documentos de Geohistoria Regional N °14. Instituto de Investigaciones Geohistóricas. IIGHI- Conicet, Resistencia, Chaco, 2007

⁶ En cartas anteriores se comenzaba la información por los colegios y luego por las reducciones.

La información sobre cada reducción como en otras cartas es menor en cuanto a sucesos y hechos temporales, para dar lugar a ejemplos edificantes que reflejan la fe y los actos de aproximación a la religión por parte de los indígenas.

En el pueblo de San Ignacio del Paraguay se menciona el llamado desde la Audiencia de Charcas para el obispo Cárdenas, hecho que calmó los ánimos de los indígenas, que según el provincial estaban bastante “revueltos” por las promesas del obispo de aliviarlos del yugo de los Jesuitas.

Se destacan hechos edificantes en los pueblos de San Ignacio de Yabebirí, Itapúa, Nuestra Señora de la virgen de Loreto, Santa María La Mayor.

Sobre los pueblos de Santos Apóstoles y San Nicolás obispo, el provincial se refiere a las indicaciones que recibió de Roma en las cuales se manifestó la necesidad de juntar en solo pueblo a estos habitantes. Luego se menciona la unión de ambos y como ayudaron a la transmigración los pueblos vecinos. Se menciona también la influencia de la peste.

En Candelaria se había concluido la construcción de la nueva iglesia y de las casas del pueblo nuevo, inaugurándose con grandes fiestas y conciertos de música.

En el pueblo de Santo Tomé se hace referencia a la cercanía existente con los grupos charrúas y las “malas influencias” que provocaban a los habitantes de este pueblo.

Menciona también las relaciones existentes entre los pueblos de Yapeyú y Mbororé. Describe los problemas que acosaban a la región: una invasión de langostas y sequía que perjudicaron ampliamente a Yapeyú, que era la que en mejores condiciones estaba. Se refiere también el provincial a una entrada que se hizo desde Mbororé con la dirección del cacique Ignacio Abiarú hasta la región donde habitaban los guayanaes, “enemigos” que avanzaban cada tanto hacia este pueblo. Se inició un periodo de paz y amistad con estos grupos, quienes estaban asediados también por el avance lusitano. El

cacique Ignacio preparó una excursión de rescate de guayanaes con gran éxito, recuperando una importante población de hombres, mujeres y niños, quienes posteriormente aceptaron la conversión.⁷

Relata también, algunos acontecimientos y anécdotas con fines apologéticos, ocurridos en los pueblos de Candelaria, Santo Tomé, Yapeyú y Mbororé, San Miguel Corpus Christi, San José y San Carlos haciendo sólo mención de otros como Santos Mártires del Japón, Santa Ana y Concepción. Se refiere en más de una oportunidad a la doble amenaza que vivían estos pueblos en ese momento: el peligro lusitano y la peste

Luego se refiere a las excursiones a países de “indios bárbaros” y la vida de las estaciones misionales que allí se hallaban. En primer término, se refiere a los pueblos de los itatines, San Ignacio y Nuestra Señora de la Fe, que se hallan rodeados por grupos de “infiel” “y cuya situación se agravaba por las invasiones portuguesas. Insiste en recordar el tema del obispo del Paraguay quien logró la expulsión de todos los padres de la Compañía de estas tierras, pero una orden de la Audiencia permitió el regreso de los padres para levantar a estos pueblos de la ruina. En lo que se refiere a nuevas excursiones, menciona la preparación de una expedición apostólica a los indios guacharapos, y la posibilidad de agregar, a las tribus de los guatoas y de los payaguás.

Se hace mención también a los pueblos de Nuestra Señora del Yocobil y de San Carlos establecidos entre los calchaquíes, tras dos misiones fallidas a estos territorios, pero reconoce que aún son infieles sus habitantes porque han admitido a los sacerdotes solo motivados por el miedo a los españoles.

Luego de la presentación inicial, de la vida y características de las reducciones, la carta está centrada en la descripción de las labores que se llevan a cabo en cada uno de los ocho colegios existentes en la Provincia Jesuítica del Paraguay. En la gobernación y episcopado

⁷ Se menciona en la Carta que el gobernador del Paraguay le regaló un uniforme militar como premio por sus acciones.

del Paraguay se hallaba el colegio de Asunción; otros dos colegios correspondían a la gobernación y obispado de Buenos Aires, con sede en las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe, y en similares jurisdicciones civil y eclesiástica del Tucumán, se hallaban los cinco colegios restantes en Córdoba, La Rioja, Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán y Salta.

La descripción de cada colegio es casi siempre muy concisa, salvo en los aspectos que hacen a la dimensión de la vida religiosa. Se inicia con las cifras del personal con que cuenta cada sede y las labores que cumplían.

El más importante de los colegios es el Colegio Máximo y seminario de la Provincia situado en Córdoba, con su labor también de Universidad, cuya organización se refleja en el documento y es la misma que se halla en los demás colegios.

Se narran los acontecimientos que se produjeron en los diferentes colegios, en Buenos Aires es menor el número de sacerdotes y se destacan los efectos que causaba la peste. También se hace referencia a este tema cuando se trata el colegio de Santa Fe y se ofrece una información sumaria acerca de los sacerdotes en los colegios de Salta, Tucumán y Santiago del Estero.

Se describe la grave situación en que se halla el colegio de Asunción tras las persecuciones que sufrieron los jesuitas en dicha ciudad, se rememoran las acciones del obispo Cárdenas. El provincial presenta a los miembros de la Compañía como víctimas de una conjuración no sólo por parte del obispo retomando el discurso ya emitido por sus antecesores en cartas anuas anteriores.

En el marco de los hechos históricos, señala el nombramiento como Gobernador del Paraguay de don Sebastián de León y Zárate⁸,

⁸ El Virrey del Perú lo nombró Gobernador interino en Provisión de Lima (01-VIII-1649). Asumió en Asunción el 01-X-1649. Véase Ernesto J. A. Maeder. *Nómina de Gobernantes civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española (1500 - 1810)*. Resistencia, Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades de la UNNE, 1972. p. 64.

el cual venció con 600 indios y 400 españoles la resistencia armada del, por entonces obispo- gobernador.

El nuevo Gobernador del Paraguay fue quien hizo regresar a los padres expulsados según la descripción del provincial “... *bajando él mismo a la playa del río, para recibirlos, en presencia de toda la ciudad. Vueltos de este modo los padres, se echo de rodillas delante de ellos, y con lágrimas en los ojos les pidió perdón en nombre de la ciudad...*”⁹ Se hace referencia luego al nombramiento del oidor Don Andrés Garabito de León¹⁰ quien siguió una política semejante con respecto a la Compañía.

Para finalizar en lo que respecta al contenido de esta carta, es destacable la mención del proyecto de una expedición al Chaco, retomando una iniciativa que había concluido catorce años antes con las muertes de los padres Gaspar Osorio Valderrábano y Antonio Ripari. Además se realiza una breve pero interesante descripción etnográfica de los indios que habitan esos territorios basándose en un español que ha vivido en ellos siete años.

El contenido de la carta de 1652-1654

La carta que presentamos, a diferencia de la anterior, comienza con los sucesos desarrollados en los ocho colegios y en la casa de Probación. Existían en la Provincia, 168 religiosos, entre los cuales 5 eran novicios, 45 hermanos coadjutores, 9 hermanos escolares, siendo los demás sacerdotes.

Se comienza con una referencia a la situación del colegio de Salta, con una interesante descripción de la sociedad y de algunos personajes importantes que tuvieron que ver con la fundación del mismo, se mencionan las excursiones que se hacen cada año desde

⁹ Carta Anua de la Provincia Jesuítica del Paraguay. 1650 – 1652. f. 15 .

¹⁰ Oidor de la Audiencia de Charcas, fue designado Visitador y Gobernador interino por provisión fechada en Lima, el 29-X-1649. Asumió el 10-X-1650 y se desempeña en el mismo hasta 1653. Véase Ernesto J. A. Maeder. *Nómina de Gobernantes....* p. 64

Salta hacia la ciudad de Jujuy y las Misiones de Calchaqués y Chaco.

Éstas últimas son precisamente tratadas en detalle. Se describe en principio la expedición del padre Juan Pastor junto a otros dos sacerdotes, los padres Luján y Medina al Chaco con la guía de un soldado, primer intento de avance hacia estos territorios, con una serie de dificultades climáticas y propias de la región. Se menciona el encuentro con los mataguayos y los primeros contactos que resultaron positivos. El provincial ofrece una serie de noticias sobre la vida de estos grupos, sus costumbres y vida cotidiana, como así también la instalación de los sacerdotes en la región con fines de afianzar la evangelización entre los chaqueños. Sin demasiado éxito por falta de bastimentos y por el rechazo que luego se manifestó entre los mataguayos hacia los sacerdotes, se menciona el abandono sin logros del territorio.

Se describen también los esfuerzos por sostener la Misión de los calchaqués, los pocos éxitos allí logrados en temas de evangelización debido a las costumbres que se mencionan en detalle de estos indios. Los intentos de los cuatro padres que allí vivían por lograr beneficios de la tierra, las incesantes borracheras y sesiones de hechicería que se practicaban sobre todo en épocas en que la peste avanzaba, son descriptas en detalle por el provincial.

Posteriormente se detalla la situación del colegio de Tucumán, que en estado de pobreza debió ser abandonado y sus ornamentos retirados al colegio de Santiago del Estero. Se destacan también las muertes de los padres Marco Falcón y Pedro Álvarez. En el Colegio de Santiago del Estero se destaca su importancia, tenía 7 sacerdotes y 4 hermanos coadjutores. Explica que se ha aumentado el inventario de la iglesia y se la ha decorado con estatuas y pinturas. Con gran solemnidad se colocó la imagen de la Virgen Inmaculada. Se refiere también a la muerte del padre Antonio Macero y el padre Miguel de Ampuero rector de dicho colegio.

El colegio de Córdoba contaba para la época con 50 sujetos: 6 novicios y 9 escolares, 16 hermanos coadjutores y 19 sacerdotes.

Se mencionan las muertes de los padres Antonio Cerra, Francisco Xalino y Antonio Ordoñez.

Luego se refiere al colegio de Buenos Aires en el que habitaban unos diez sacerdotes y de acuerdo con las descripciones es el que más esclavos tiene para la época. Se mencionan algunos detalles como el nombramiento del gobernador Pedro de Baigorri Ruiz, quien según sus palabras, fue dominado inmediatamente por el obispo, Fray Cristóbal de la Mancha y Velazco, quien aprovechó esta relación para atacar a la Compañía, informando al Rey de la situación religiosa que había encontrado en Buenos Aires, que los padres de la Compañía de Jesús habían usurpado todos los pueblos de indios como párrocos y los administraban sin hacer caso del patronato real, ni de los derechos del concilio tridentino. Se describen una serie de situaciones en que la Orden es atacada por el obispo. Luego se describe el estado los colegios de La Rioja y Santa Fe.

El colegio de Asunción ocupa un importante lugar en la carta, el tema de Cárdenas sigue provocando reacciones y se describen algunas acciones emprendidas con la presencia del gobernador León y Zárate. Se menciona el regreso a las misiones del Itatín y las acciones llevadas a cabo en el intento de recuperación de las mismas.

Se mencionan epidemias en Villarrica y el envío de sacerdotes al lugar por parte del nuevo gobernador Andrés Garavito de León para ayudar en este difícil momento.

Se detalla también un nuevo intento del obispo Cárdenas para atacar a la Compañía: había prometido informar sobre unas minas más ricas que las de Potosí, con la condición de que se expulse a los Jesuitas. Se menciona el nombramiento del nuevo gobernador Cristóbal de Garay.

Se describen luego los avances logrados en temas de evangelización en los pueblos de indios, se comienza por las misiones del Uruguay y del Paraná. Se menciona la muerte del padre José Cataldino, quien había tenido una importante participación en la fundación de varias reducciones. Se sigue el relato por lo sucedido en

los pueblos de Itapúa, San Ignacio del Paraguay, Santa María de Loreto, San Ignacio del Guayrá. En Concepción se menciona la muerte del padre Pedro Canigral y se hace una síntesis de los otros pueblos con ejemplos edificantes.

Características de la presente edición

La presente edición reúne dos cartas que corresponden a diferentes provinciales. La primera, que abarca el bienio 1650-1652, conservada en el Archivo de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús, en el Colegio del Salvador, en Buenos Aires. De ese texto, el padre Carlos Leonhardt realizó, hace muchos años, su traducción al castellano. Esa versión ha servido para la presente publicación. La segunda carta también corresponde, como ya se ha dicho, al bienio 1652-1654. Para ello se ha utilizado la traducción del padre Carlos Leonhardt sobre el texto latino de la misma, conservada en forma similar en el archivo antes mencionado.

Como en otras oportunidades, el texto de ambas cartas lleva la indicación de las fojas de la versión original, para facilitar su eventual cotejo. Algún agregado se ha colocado entre corchetes. También se han introducido notas biográficas sumarias sobre las personas nombradas o sobre circunstancias que requieren aclaración. En la transcripción se ha utilizado un lenguaje menos arcaizante, modificándose algunas palabras utilizadas por Leonhardt pero manteniendo el sentido.

El trabajo de transcripción de las cartas así como las realización de los índices toponímico y onomásticos, correcciones y todas las acciones necesarias para la presente publicación han sido realizadas por un equipo de trabajo conformado por María Laura Salinas con la colaboración de Fernando Ariel Pozzaglio y Omar Svriz Wucherer, becarios de las Secretaría General de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional del Nordeste. No podemos dejar de nombrar al Dr. Ernesto J. A. Maeder, quien inició hace muchos años esta ardua tarea, quien orientó y aconsejó permanentemente en la realización de este trabajo.

**Cartas Anuas de la antigua Provincia del Paraguay de la
Compañía de Jesús**

1650 – 1652

**P. Carlos Leonhardt, S. J – Colegio del Salvador – Buenos
Aires
1927**

[f . 1] *“Annuae Paraquariae Triennii ad 1653 Julium”*
1650 – 52

Nuestro muy Reverendo Padre en Cristo.

Como pequeña prueba del afecto mío, y del de toda esta Provincia hacia Vuestra Paternidad voy a referir con toda sinceridad, lo que hace pocos meses he escrito ya difusamente a Europa en lengua española, sobre los trabajos apostólicos de vuestros hijos pertenecientes a esta modesta parte de la Compañía, después de haberlo traducido al más conciso lenguaje de Lacio. Así merecerá (este relato), ser enviado a Roma, capital de la latinidad, y tendrá entrada al escritorio de Vuestra Paternidad, y ser leído por ella. Estas páginas contendrán brevemente lo que durante tres años se ha hecho y emprendido, y lo que prudentemente se juzga tener derecho a perpetua memoria, y a ser conservado por escrito. Omito muchas cosas, ya referidas en otras ocasiones; y además se trata de una Provincia, en la cual se acostumbra hacer más bien las cosas grandes a la mayor gloria de Dios, y no hablar tan profusamente de ellas. Se trata de los hechos de unos varones apostólicos, los cuales se fijan ante todo en que sus nombres figuren en el Libro de la Vida, para una recompensa más sólida; y los cuales tienen poco tiempo para dar

cuenta de sus trabajos, ni aun sumariamente, y cuando lo manda la obediencia.

Se cuentan en esta Provincia del Paraguay ciento sesenta y seis sujetos, de los cuales 110 son sacerdotes; 8 son escolares, 39 son hermanos coadjutores, y nueve novicios.

Están ellos repartidos en 8 colegios, en una casa noviciado, y en 22 residencias.

Lo que todos estos sujetos han hecho por la gloria de Dios en toda esta Provincia, y lo que han sufrido, lo repartimos del modo, que en primer lugar trataremos de las residencias, a pueblos de indios reducidos, pasando enseguida a las excursiones a países de indios bárbaros y a las estaciones misionales erigidas allí; después trataremos de las cosas notables, acaecidas en los Colegios. Al fin referiremos las gravísimas persecuciones que han sufrido aquí los hijos de la Compañía, los cuales han sido probados en toda clase de vejaciones, y por toda clase de gente, para que se manifieste en todo su acabada perfección.

Comienzo aquí con el relato breve de mi viaje de procurador a Roma, y de mi vuelta a la Provincia con una expedición de nuevos misioneros, después de 5 años de ausencia, el cual ayudará a excitar a los ánimos a sufrir con paciencia cualquier incomodidad. Estaba yo tranquilamente en Córdoba, desempeñando el oficio de maestro de novicios y de instructor de la Tercera Probación, cuando en la congregación provincial fui, casi con unanimidad de los votos de los padres, designado a irme a Europa como procurador de la Provincia a Madrid y Roma, para tratar allí sobre los graves asuntos que se refieren a ella. Me quise excusar del cargo por mi avanzada edad, poca salud, amor a los indios y por preferir una vida más sosegada, siendo además incapaz para desempeñarlo bien; se añadió el inconveniente de las actuales circunstancias: de ser obstruido el camino por mar en consecuencia de la rebelión de los portugueses, así casi todo el viaje tenía que hacerse, desde aquí hasta España, con gran molestia por tierra, pasando por el Perú. Sin embargo me rendí, en vista de que antiguamente ya me había sacrificado a sufrir cualquier

molestia, en caso de que se trate de la santa obediencia y la gloria de Dios.

Así no me quedó remedio, sino sujetarme y cumplir con mi deber, y esto yo sólo, teniendo que desempeñar no sólo mi propio cargo, sino también el de mi compañero de viaje destinado por el Provincial; el cual no me alcanzó, ya que estábamos separados por el intervalo de más de 200 leguas. Así me preparé para la partida, siendo menester ocuparse con menudencias, para que no nos falte nada en el desamparo de una distancia de 600 leguas. Hasta ahora no ha habido tanta incomodidad en las expediciones a esta Provincia, ya que siempre tuvo el procurador a su lado a su compañero de oficio, y el camino real a Buenos Aires no era más de 100 leguas. Desde allí se iba al Brasil con embarcaciones portuguesas, siendo el viaje corto, fácil y barato [f. 1v] hasta España, sin necesidad de preocuparse aquí de carretas y jumentos; allí de arrieros, sillas y mulas; embarcar y desembarcar los bultos, acarrear los víveres y otras necesidades de la vida, pagar los impuestos y fletes, y tragar los sinvergüenzas de los empleados del puerto.

Cinco meses habían ya pasado, después que se me había encomendado este cargo de la Provincia, y todavía no había llegado mi compañero, y hubo de suplirlo con otro sujeto, el cual por desgracia, no entendía nada de preparativos para tal viaje, ni tenía aptitud para los otros requisitos que se ofrecían en este su cargo, aunque mostraba buena voluntad. Resultó de eso que durante el viaje y por la intemperie, se han agravado mis zozobras, en especial, porque por la ferocidad de los jumentos, y por lo escabroso del camino. Muchas veces se volcaron las carretas y se hicieron pedazos, exponiéndose a peligro nuestra vida. Otras veces se han escapado todos los bueyes; después han sido impuestos los bultos a mulas acémilas, pero no marchamos con más soltura adelante; ya que tuvimos que experimentar que las mulas, escogidas para este fin en Córdoba, eran tercas y reacias: Así me vi obligado a alquilar otras, con doble gasto, y al fin, después de no haber tenido ninguna ayuda en mi compañero, llegué a Potosí casi exhausto de fuerzas y falto de recursos. Me socorrió allí tocante a mi

salud el caritativo rector de aquel colegio, dejando incurable la falta de recursos, por no permitir que no se aceptasen las limosnas que se me ofrecían por los extraños.

Entre tanto llegaron cartas de la Provincia, las cuales daban cuenta de que en la Asunción se atentaba por aquel obispo contra los bienes del colegio de la Compañía, y contra las reducciones de los indios, encomendados antiguamente al cuidado de la Compañía por Reales Cédulas.

Así me vi obligado a implorar la protección Real, y a este fin me fui a la Real Audiencia de la Plata. Desde allí envié varios decretos de la Real Audiencia a la Provincia, contra los que se atreviesen a desterrar a los nuestros, o a invadir sus competencias. Volví a Potosí, bajando de allí por la ruta ordinaria, aunque árida hasta el puerto de Arica enfermándose mi compañero ya en el comienzo del viaje, tanto que por fuerza tenía que demorarse algunos días. Yo proseguí el viaje a marcha forzada, sirviéndome sólo un indio muchacho. Este comenzó un día a pelear con los arrieros que hacían el mismo viaje, y fue gravemente herido, y le asistí hasta llegar a Arica aplicándole las medicinas que pude tener a la mano. Allí en Arica me embarqué con mi compañero, todavía medio enfermo llegando con felicidad a Callao, puerto de Lima. Gracias a la Divina Providencia podía yo, después de tres días, recuperar un gran cofre cargado, al cual había olvidado al desembarcar, además, al salir de Lima me fueron enviado desde Potosí otras cargas menores, pero valiosas, las cuales del mismo modo habían sido olvidadas allí.

Estos incidentes ocasionados por la completa incapacidad del compañero, me obligaron a devolverlo a la Provincia, animándome a este paso los padres más graves y experimentados del colegio del Lima. Se enojó por eso; y ya en mi presencia comenzó a hablar disparates de mí, y me dio a la postre ocasión para hacer actos meritorios de paciencia; con esto partí del puerto mientras él comenzó a vivir tan disolutamente, que ni quiso volver a su Provincia, como se le había ordenado, y que los Superiores de la Provincia peruana tuvieron repetidas veces que encerrarle para impedir su disolución.

Así es, que tuve que arreglarme sólo en los preparativos de mi viaje por mar, porque, por una extraña fatalidad, se me enfermó también otro compañero más, que se me había designado como sustituto del anterior; mejoró un poco, y pudo embarcarse; pero apenas comenzado el viaje, enfermó otra vez, así que, hasta llegar a Panamá, todo el peso de los cuidados cargaba sólo sobre mis hombros. Por añadidura vinieron nuevas molestias de parte del capitán del buque, con el cual habíamos contratado un camarote reservado para mi y mi compañero; pero él, por avaricia, nos obligó a compartir el camarote con un caballero acompañado con su hija soltera; lo que no sólo nos causó incomodidad, sino era un atentado contra la modestia religiosa. Más injurioso, y perjudicial a la vez, es lo que al embarcarme en la flota real me sucedió con uno de nuestros sacerdotes, capellán marítimo, muy apreciado por el almirante; este se comprometió a guardar todo mi dinero, fuera de lo que quería declarar a los oficiales reales. Lo declaró sin embargo todo a ellos, y hubo que pagar 500 ducados de contribución, alcanzando de este modo que no pude ocultar nada para no tener que pagar las excesivas contribuciones. Al fin pude dirigirme de tierra firme a España. Aquella infidelidad me costó 1500 ducados. La travesía resultó bastante agitada por algunos temporales deshechos, tanto que [f. 2] se rompió un día el gobernalle y estábamos al punto de naufragar. En este trance levanté al Santo Cristo a lo alto, exhortando a todos que se arrepintiesen y confesasen sus pecados; y bajé a la mar un Agnus Dei con reliquias de los santos... y escapamos del naufragio. También este capitán de buque no era muy recomendable, ya que por un miserable camarote para mi y mi compañero pidió 900 ducados, y no cumplió lo convenido. Pues, al llegar a Cádiz me hallé enfermo; aquel empero me hizo poco caso; al contrario, me hizo sufrir más en mi desamparo, insultándome con cualquier ocasión, y no dejándome desembarcar un día entero; y a mi compañero, el cual había contestado resueltamente a sus atrevimientos, lo asaltó a puntapiés, por cierto poco agradecimiento por los muchos beneficios de nuestra parte, prestados tanto a él, como a los demás pasajeros.

Me trasladé a Madrid, y conseguí del Consejo de Indias todo lo que yo pretendía: es decir, el permiso para llevar treinta nuevos compañeros de España al Paraguay, a costa del real erario, en viaje directo a Buenos Aires. Así esperaba yo poderme librar de las enfermedades, que me habían causado un viaje tan largo por tierra y por mar, y los dobles cuidados y trabajos.

En seguida emprendí el viaje a Italia, pasando a lo largo de la costa de España. Me embarqué en Valencia y llegué a Génova, Milán y Loreto haciendo ex voto la última legua a pie. Allí [en Loreto] me entregué de lleno a mi devoción, y proseguí mi viaje para llegar felizmente a Roma, muy poco después de haberse allí concluido la congregación general de la Compañía, la cual había elegido al padre general Vicente Carrafa¹¹. Me recibió este con paternal cariño, y me concedió liberalmente todo lo que solicité en nombre y en bien de mi Provincia. Sólo me prohibió quejarme delante del Sumo Pontífice sobre las injurias que hemos sufrido de parte del obispo de la Asunción del Paraguay.

Permanecí dos meses íntegros en la Ciudad Eterna. Poco me atrajo su grandeza y fausto, ni sus grandiosas antigüedades, ni sus construcciones monumentales modernas, ni las cortes de los cardenales y de otros personajes, sus huertas y villas, ni el mismo Sacro Palacio, y hubiera quedado hasta sin ver al Papa, mucho más, por ser difícil la entrada a él, cuando el padre general no me hubiera mandado lo contrario. Pues, fui admitido a besar los pies de su Santidad, y al homenaje hecho al vicario de Cristo, y alcancé muchas indulgencias. Al fin salí de Roma. Por desgracia, no habían llegado a tiempo a Italia los presentes que yo había traído de mi Provincia, propios y ajenos; pues, no era posible desembarcarlos luego a mi llegada a España. Así no tenía yo con qué promover el fácil despacho de los negocios, como lo deseaban los que me los habían encargado [Roma], pues, es una corte santísima, pero de todos modos una corte, accesible a los obsequios. Me socorrió, en mi apuro, el padre general

¹¹ Vicente Carrafa se desempeñó como Prepósito General de la Compañía de Jesús entre el 7.I.1646 y el 8.VI.1649.

y otros caritativos, en especial el padre Florenzo Montmorancy, asistente de Alemania, el cual de las Provincias (de la Compañía), encomendados a su cuidado, me procuró diecinueve compañeros (nuevos), de ellos seis hermanos coadjutores, hábiles en toda clase de oficios mecánicos, y trece sacerdotes, de los cuales cuatro ya habían profesado, y otros dos muy aptos para la enseñanza superior. Además me concedió el padre asistente de Italia diez misioneros, y otros tantos el Asistente de España. Al fin me fui por Livorno y Génova a España, y me encontré en Valencia con el padre provincial de Aragón, al cual conocía de antes, y esperaba que fuera mi principal apoyo, para que no solo pudiese llevar conmigo a los misioneros ya destinados, sino a otros más de su provincia. Me engañé, y no conseguí a ni uno solo.

Recibí aquí una carta de mi hermana, monja profesa en el convento de Tortosa, la cual deseaba encontrarme allí, juntamente con mi numerosa parentela. Pensaba yo, si hubiera cumplido estos santos deseos, me habían pedido al instante lo mismo los demás parientes de la vecindad, como por derecho. He preferido la más edificante forma de viajar, practicada por San Javier, y me contenté con contestar simplemente aquella carta, y me dirigí derecho a Madrid, y después de haber recibido allí los despachos reales, seguía adelante a Sevilla. Mientras se preparaba la partida, recibí [f. 2 v.] de mi provincia cartas y documentos oficiales, en los cuales se refirieron las inauditas injurias, cometidas por el obispo del Paraguay contra la Compañía; y se pedía del Rey católico protección y remedio. Para este fin volví a Madrid, y logré lo que pedí. Reales Cédulas y decretos de la Santa Inquisición, suficientes para reprimir la audacia desenfrenada, con tal que hubiera habido más energía en los oficiales reales del Paraguay, y menos contumacia en el obispo y sus secuaces. Pude volver pronto a Sevilla, y me embarqué con 39 compañeros, cuando, todavía en el puerto, estalló una atroz tempestad, provocada desde la Asunción capital del Paraguay, y por su obispo, el cual había fingido muchas calumnias contra los padres extranjeros de nuestra Compañía, secundándole el Presidente del Consejo de Indias. Por mandato de este, prohibió el Presidente de la llamada Casa de

Contratación de Sevilla, por público pregonero; que ningún conductor o changador se atreviese a embarcar a un jesuita extranjero, bajo pena de 200 azotes; y que no los admitiesen los capitanes, bajo graves multas pecuniarias. Acto seguido hizo pasar delante de sí, el fiscal mayor, y el real escribano a todos los jesuitas que estaban para partir a las Indias, para examinarlos. Así se halló que de los que estaban al punto de irse con las expediciones del Paraguay, de Méjico, y de Chile y del Perú, que ochenta y cinco eran extranjeros. Todos ellos se vieron obligados a volver a sus respectivos países y provincias, sin que les valiesen sus encarecidas instancias, o los obsequios ofrecidos. Para urgir con más eficacia esta determinación, extorsionó el Presidente, prevenido por algunos émulos de la Compañía, en nombre del Rey de los superiores del Colegio de Cádiz y de la provincia de Sevilla, el precepto de obediencia, que mandaba lo mismo a cada uno de los procuradores de las diferentes provincias ultramarinas.

El que sufrió más con todo esto, era yo, viéndome forzado a enviar a tantos jesuitas, a regiones tan remotas, con muy grandes gastos, sin recursos como estaba yo, cargando por consiguiente con deudas a mi pobre provincia.

Alcanzó a algunos de los instigadores de la persecución el castigo que merecieron, en especial a cierto capitán de navío [almirante de la flota], el cual, al salir del Puerto de Buenos Aires con mucha carga, tuvo que presenciar su total ruina, en espacio de dos horas, quemándose el buque con toda su valiosa carga, y pereciéndose además algunos de la tripulación.

Fracasada así la partida de tantos misioneros, pude a duras penas, conseguir a un solo padre, el cual era capaz para cualquier ministerio, tanto para la enseñanza, como para gobernar, y ante todo muy buen predicador. Llevé a este, y a trece más entre hermanos estudiantes y coadjutores, y me embarqué con el dolor que se comprende, tanto mayor, porque era inesperado. Tuve, además, el trabajo, de deshacer a muchos bultos grandes, para sacar de allí y devolver las cargas menores de los jesuitas extranjeros, en lo cual no pudo faltar que se extraviasen algunos paquetes entre tantas manos,

que se metieron, con las consiguientes quejas posteriores sobre mi, de parte de las respectivas Provincias. Toda mi culpa, consistió en que no tengo la compasión y providencia, como la tiene Dios.

Duró el viaje por mar unos 80 días, con sus inseparables molestias y peligros sin que se omitiesen en el buque las distribuciones religiosas que se acostumbran en los colegios, como son las oraciones, exámenes, lecturas espirituales, y misa diaria para la comunidad. A la demás gente se le predicaba a veces y se le explicaba el catecismo. Muchísimas veces pudieron comulgar los nuestros, y a veces también alguna buena gente, que iba con nosotros. Una que otra vez hicimos rogativas públicas, ante todo, cuando, ya en el Río de la Plata, y no lejos del puerto de Buenos Aires, se sentó en un banco de arena el buque, llenándonos a todos con el miedo que se comprende. Pero, por el favor de Dios, y con la habilidad del piloto, salió el buque de la arena, sin haber sufrido notable avería, y llegamos todos con felicidad al puerto deseado, aun los que se habían enfermado gravemente durante el viaje, el 13 de Enero de 1648.

Encontré esperando al padre Provincial, el cual me contó luego el aumento de las tempestades, provocadas por el obispo de la Asunción, las cuales dejaban prever aquel cataclismo [f. 3] el cual sobrevino a la Compañía luego al año siguiente, siendo ella expulsada por aquel, con gran injusticia, despojada de sus bienes, su casa deteriorada, y entregada a las llamas, juntamente con la iglesia, incendiándose en nada menos que 23 partes.

Pero ya es tiempo de escribir cosas más consoladoras, y dirigirse a las reducciones de los neófitos, para que vuestra paternidad se consuele allí, y los demás se edifiquen.

Ya por repetidas veces se ha dicho, como fueron asaltadas, destruidas e incendiadas, por la crueldad de los Portugueses del Brasil, las reducciones y las iglesias de los indios, a nosotros encomendados; cuántos neófitos se han escapado de la ruina, cómo trabajan entre ellos los nuestros, para fomentar entre ellos y aumentar la piedad, y entre los infieles, para llevarles la luz de la fe, con muchos trabajos y peligros.

Se ocupan con esto 40 sacerdotes, y 4 hermanos coadjutores, repartidos en 18 reducciones.

Los encomendados a su cuidado son unas 40.000 almas, si se cuentan también los niños y niñas, grandes y chicos. A todos estos no sólo hay que formar espiritualmente, sino hay que civilizarlos primero, y acostumbrarlos a labrar la tierra, a sembrar, y a cosechar.

Cada uno de los pueblos indios es una república bien constituida, con sus autoridades anualmente elegidas, con las tareas de trabajo exigidas por los empleados subalternos para cada día y hora, no quedando ningún delito sin su castigo.

Los destinados a la milicia tienen sus ejercicios de armas, su tiro al blanco con arco y flecha, y con la honda y hasta con las armas de fuego.

En la casa parroquial hay una escuela de primeras letras para los niños, otra para la música vocal e instrumental; para las danzas, y para las ceremonias litúrgicas.

Fuera de casa se enseñan casi todas las artes mecánicas, hasta pintura y escultura. Entre las mujeres hay muchas muy hábiles en tejer y bordar, aunque los materiales son sencillos. Los artefactos de los ebanistas y herreros son muy apetecidos en las ciudades populosas.

El culto religioso es espléndido, y muy sorprendente para estas soledades.

La frecuencia de sacramentos es muy grande, y abundan las otras prácticas religiosas. La consecuencia de todo esto es un gran horror a la ebriedad y los demás vicios de su antigua infidelidad.

Estos indios, en sus viajes a las ciudades de los españoles, llaman la atención por su buen comportamiento, y los buenos no pueden menos que apreciarlos. Su fervor religioso es tan grande que esperan con paciencia años enteros para merecer ser admitidos a la Congregación Mariana. Estos tienen el cargo de adiestrar a muchachos seleccionados en explicar el catecismo a rudos.

Pero ya son cosas conocidas, lo que aquí cuento; y sin embargo son dignas de perpetua memoria y alabanza, aunque provoquen la envidia de algunos; los cuales no pueden menos, que criticar hasta lo más perfecto, y llamarlo exageración, prefiriendo acaparar a los indios, si pudiesen, para servirse de ellos como de esclavos, sin que nuestros padres los procurasen la libertad de los hijos de Dios. Esta es la clave de murmuración y calumnia contra nuestra compañía, y del odio satánico contra ella. De allí vienen todas aquellas intrigas y maquinaciones contra los padres y sus indios.

Vamos a referir ahora algunas particularidades más notables de cada uno de los pueblos.

El Pueblo de San Ignacio del Paraguay

Comienzo con esta reducción, ya que ella es la primera de las fundaciones antiguas entre los indios bárbaros del río Paraná, para implantar la fe cristiana y donde aquel enemigo, mencionado en el Evangelio de San Mateo, cap. 13, aprovechándose no del descuido, sino del embarazo del padre de familias, metió la cizaña. Pues, el obispo del Paraguay, enemigo mortal de la Compañía, intentó trastornar las cabezas de los indios, para quitarles el afecto a nosotros, y con esto la misma religión, queriendo ganarlos para sí. A este fin les hablaba personalmente, prometiéndoles su antigua licencia de vida y la libertad del régimen bajo la Compañía. Quedaron realmente impresionados los indios por tales promesas y al seguir adelante esta tempestad, provocada por el obispo, estaba segura la total ruina del pueblo. [f. 3v] Pero ha sido llamado el señor Fray Bernardino Cárdenas¹² a la Audiencia Real de Chuquisaca, y con eso se calmaron los ánimos de

¹² Fray Bernardino de Cárdenas, de la orden de los franciscanos, se desempeñó en el cargo de obispo de Asunción del Paraguay entre los años 1642 y 1649. Fue presentado por Felipe IV en 1638; ejecutoriales del 18. V. 1640. Luego de numerosos conflictos debió comparecer ante la Audiencia de Charcas, saliendo de Asunción a fines de 1649 para no volver. Residió en el Alto Perú, y desde 1663 fue electo obispo de Santa Cruz de la Sierra, donde falleció el 20. X. 1668.

los indios, sujetándose ellos en su mayor parte, escarmentándose los demás rebeldes por el castigo ejemplar de uno de ellos.

Ya frecuentaban mucho los indios la mesa eucarística, y el día de la Purísima del año 1650, casi toda la juventud de ambos sexos, como lo hubieran convenido entre sí, honraron a la Virgen, acercándose a la sagrada mesa. Se abstuvo, sin embargo, un indio recién casado, y muy hábil ebanista, aunque de muy débil carácter. Este siendo buen mozo, pero con el alma atrofiada, andaba con intenciones de adulterio, no dejando en paz a ninguna mujer de buen parecer. Era sin temor de Dios, olvidado de las enseñanzas religiosas, y duro a todas las amonestaciones; y despreciaba las lágrimas de su buena esposa. No quiso acercarse ya a los santos sacramentos, ni se impresionaba mucho por la Palabra de Dios...Sin embargo sufría a veces de unos sustos extraños, y estallaba en muy tristes lamentaciones, pero sin dejar la perversidad de su corazón.

Un día vio delante de sí una especie de fantasmas y aunque se asustaba, no se dejaba de sus malos pasos. Faltaban pocas horas, antes de comenzar el último día de su vida y la noche eterna de su condenación, cuando tuvo una visión, en la cual le parecía ser llevado a unos hermosos campos de sembrado, pero al acercarse él, todas las espigas se secaron. Así le contó a su esposa, la cual conoció en esto las amenazas de Dios, y amonestó a su esposo, que al fin se convirtiese de sus pecados.

Se rió el infeliz, difiriéndolo para más tarde; en las fiestas de Navidad, como si él fuera dueño del tiempo y de la gracia.

Durante la fiesta de Purísima estaban los indios ocupados casi toda la mañana con las funciones sagradas, y en la tarde se fueron a sus acostumbrados juegos al aire libre. Faltó, como de ordinario, nuestro ebanista, en el templo, pero no quiso faltar en los juegos, y vino, cuando los demás ya habían comenzado. No llegó a jugar, sino, tocado por la mano de Dios, cayó y murió, quedando los demás con gran temor y temblor.

Se acercó el padre, y con gran dolor constató su muerte siéndole más sensible lo repentino de ella, sin la menor señal de

arrepentimiento. Hizo llevar el cadáver a su casa, y velar un día entero. Pero esto no era posible, ya que era insufrible el olor de la descomposición.

Al amanecer el día siguiente todos se fueron a la casa de él, juntamente con los padres, y pudieron ver este cadáver horriblemente desfigurado, negro, con ojos que vertieron sangre asquerosa, la cara hinchada y despidiendo un olor infernal.

Podían ahorrarse, con este espectáculo, un sermón los padres, y los que habían sido rebeldes volvieron a sano juicio, y mientras se enterró el cuerpo de un solo infeliz, todos los demás infelices sanaron en sus almas. Se vio patente la mano de Dios en todo esto, y cuando se acercó la noche, ellos mismos pidieron una función sagrada en la iglesia. Se les excitó al dolor de sus pecados, y aunque no era el tiempo de las penitencias públicas, sin embargo, después de haber salido las mujeres, se azotaron cruelmente los hombres.

He aquí, estando ya las mujeres afuera, escuchando la Palabra de Dios, se vio del lugar donde el infeliz había muerto el día anterior, salir un globo de fuego, de terrible aspecto, de olor de azufre, y despidiendo chispas; y rodear en rápido vuelo todo el pueblo para entrar en el taller de carpintería, donde el difunto había trabajado de día, en dar forma al palo, para desfigurar de noche su espíritu por sus maldades, [f 4] y lamió las herramientas de su anterior uso; después salió, creciendo desmedidamente, y se dirigió hacia la iglesia, a donde la gente atemorizada se había aglomerado y al ver todo esto, había acudido gritando con alta voz.

Se aprovecharon los padres de esta ocasión para alejarlos más de los vicios, haciéndoles ver, que esto era como una antorcha del juicio divino. Todos comenzaron a gemir y llorar, mientras iba apagándose aquella llama, señal de la ira de Dios, sin haber podido penetrar en la iglesia, deshaciéndose encima de las cabezas de las mujeres.

Consecuencia inmediata de este hecho era el acudir todos a tropel a los confesionarios. Y así salió purificado el pueblo, como por

agua y fuego, y dio pruebas de una acendrada piedad. Se observó esto patente, cuando se había arreglado la capilla de la Virgen de Loreto, unos 500 pasos distante del pueblo. La concurrencia a su inauguración y a la colocación de la estatua de la Virgen era tal, que por días enteros parecía que no se podían separar de allí. Experimentaron en realidad la protección de la Virgen, quedando ellos inmunes con ocasión de una mortal epidemia, la cual afligía toda la demás provincia.

Semejantes favores recibieron de nuestro santo Padre Ignacio, en especial las mujeres de parto. Así, una de ellas estaba ya muriéndose, pero al tocarla su marido con la pequeña medalla de San Ignacio, dio a luz con bien.

Otra estaba ya sufriendo por tres días, y agonizando, cuando se salvó su vida tocándola con la medalla de San Ignacio. Más notable todavía era el caso con otra mujer, embarazada la primera vez, pero con un apostema maligno en el seno. Sobrevino ahora a esta enfermedad el dolor del parto, y parecía desahuciada la madre con su hijo, antes que este naciera. Se había ya auxiliado a la moribunda, cuando se le ocurrió al padre misionero aplicarle una reliquia de nuestro Padre Ignacio. Nació bien el hijo, y sanó la madre por completo. Omíto otros casos semejantes, para no cansar.

El pueblo de San Ignacio del Yabebirí

Trabajan aquí dos sacerdotes para el bien de su Rey, y sacan el correspondiente fruto. Voy a referir un poco de lo mucho que hay.

Muchas veces se había predicado de la castidad, de lo cual resultó un gran aprecio de esta virtud entre las indias jóvenes, tanto que su constancia en guardarla, raya a lo prodigioso. Un día estaba tentando un joven a una de ellas por medio de festejos. Ella no hizo caso de esto, y al contrario cuando el seductor comenzó a enfurecerse y a proferir amenazas, ella sin alterarse, dijo: no soy digna, para consagrar mi virginidad a Dios, después de haberla teñido con mi sangre. Estas palabras virginales desarmaron al lascivo.

En otro caso, semejantes palabras y semejante firmeza de carácter, no produjeron el mismo feliz resultado en cierto indio perdido. Este persiguió el año pasado con su pasión a una virgen, pariente suya, de unos trece años de edad. La había llevado a un bosque, y después de haberla solicitado en vano, comenzó a amenazar con violencia. Aquella, a la misma edad, como Inés la mártir romana, imitó el valor de esta, reprendiendo duramente al seductor, diciendo que él, más bien, tenía que protegerla, y no perderla. Recordó lo que tantas veces habían predicado los padres sobre esta materia; y le suplicó se dejase de sus malas ideas, ya que Dios estaba en todas partes, y cerca su omnipotencia para castigar a los criminales. Por lo demás estaría ella dispuesta a morir; antes de perder su virginidad, ya que ella había ofrecido su corazón al Señor, amador de las vírgenes, segura de que no se le podía oprimir, sino que ello alcanzaría por las heridas la doble corona de la virginidad y del martirio.

Quedó duro aquel malvado a semejante razonamiento, y en su loca rabia comenzó a golpear primero a la pobre, y después a herirla con el puñal.

Parecía que con las llagas le creciera a ella el valor, ya toda bañada en sangre, y resistió hasta la muerte. Al oír los pasos de los transeúntes, huyó el asesino. Encontraron a la invicta mártir como nadando en su propia sangre, y sin habla, próxima a expirar. La llevaron al pueblo, donde se le puso la extremaunción, ya que no era capaz para más. Todo el mundo se preguntaba, quién había cometido este horrible crimen, deseosos que por un ejemplar castigo otros se escarmentasen en cabeza ajena. [f. 4v] Al otro día recobró esta virgen tan maltratada un poco el uso de la palabra, y pudo confesarse, es decir, si acaso hubiera habido un poco de materia de absolución. Se le preguntó por el nombre del criminal, y por largo rato no lo quiso decir, hasta que los padres le persuadieron de que la denuncia sería para el servicio de Dios. Entonces lo nombró.

Tomaron preso al malhechor y lo encararon con su víctima moribunda, para que le pidiese perdón.

Se lo concedió y agradeció por la gran gloria que le había procurado, aún sin quererlo. Dijo que no le vino todo esto inesperadamente, ya que antes, muchas veces, se había visto así misma en sueños, herida por guardar la virginidad; y ahora la doble corona ya estaba segura, y valdría más la victoria que la injuria. Entre estas palabras expiró para irse a las bodas del cordero celestial.

No faltaron mujeres, las cuales se horrorizaban ya únicamente por algunos sueños impuros, tanto que los querían olvidar con crueles azotes.

Cierto cacique se sentía muy tentado a la voluptuosidad, sin ejecutar, por de pronto, lo que pensaba. Se enfermó y vio en sueños a un joven que le miraba muy enojado, y le amenazó con los castigos eternos, a los cuales le llevarían los pensamientos malos, que le mostró escritos en un libro. Se despertó con gran susto, y se apresuró a confesarse de ellos. Ahora lleva una vida muy ejemplar.

Otro había, que por puro miedo de que le arrastraran al pecado las pasiones juveniles, se dedicó al servicio de los padres en la clausura de la casa parroquial. Luego se enfermó gravemente, y con los ojos muy abiertos levanta la voz diciendo que le llama al cielo nuestro Santo Padre Ignacio, como él había deseado tanto. Expiró, y es de creer que fue así como él decía.

Parece que San Ignacio visiblemente llevó a este buen joven al cielo, después de haberle protegido invisiblemente; hasta dándole de golpes entre sueños, para alejarle de la culpa, diciéndole: Levántate y confiésate bien, y también de esto y esto, lo que has dejado en la confesión. Así lo hizo el joven.

Cierto padre se vio obligado, hasta contra su voluntad, a repetir en los sermones, que no esperen los avisos del cielo para confesarse bien. El efecto era, que realmente varios tuvieron que repetir sus confesiones, hechas antes sacrílegamente.

Omito lo demás y concluyo con la relación de lo acaecido en este pueblo, contando sólo el caso de una mujer moribunda, la cual ya no pudo exhalar su alma, hasta que oyó una voz que le mandó

reconciliarse con su marido e hijo, algo enojados con ella. Lo hizo, y luego murió.

Un cacique había jurado la muerte a cierto matrimonio, sólo por sospecha de que la mujer había denunciado a los padres su doble concubinato. Se arregló el asunto; y aquel marido animó a la mujer que no temiese, porque sería una felicidad morir por semejante motivo.

El pueblo de Itapúa

No será fácil hallar un pueblo más devoto a la Santísima Virgen que este, especialmente por la Congregación Mariana. La paga la Virgen, alcanzándole por su intercesión abundancia de almas virginales y puras. Se podría imprimir un libro entero con los heroicos ejemplos de virtud de las doncellas indias.

Cierto individuo se había apasionado de una niña de doce años; y encontrándola un día en un lugar apartado, la solicitó con mucha instancia; pero sin conseguir nada. Entonces le amenazó con un palo. Menos se conmovió la muchacha por este maltrato y se dejó herir sin ceder al seductor, y con fuerzas mayores a su sexo, rechazó los intentos de agarrarla por fuerza, aprovechándose de las únicas armas que tenía: uñas y dientes, con las cuales le venció.

Había otra, recién casada, cuyo marido estaba enfermo. Así ella no se atrevió a ir sola al campo. Aquel individuo, como hermano del marido y persona de confianza, tenía que acompañarla, hizo traición, y la tentó. Se enojó grandemente la mujer, echando a aquel a buena parte, y mostrando buena gana para darle una paliza, si no se hubiera retirado aquel con tiempo. Así recompensó la Santísima Virgen a sus devotos.

Se encontraron los habitantes de este pueblo en gran apuro, al ver como las vecinas ciudades españolas estaban azotadas el año pasado por la peste. Imploraron el patrocinio de la Virgen Santísima en unas solemnes novenas, para alcanzar ser librados del contagio [f. 5] Estaba yo a la sazón de visita allí, y pude admirar la devoción y el recogimiento de los indios al acercarse a la sagrada mesa, y su fervor

en las penitencias públicas. Mayor todavía era mi admiración, al ver como estos pobres, que sufrían también escasez de víveres, llevaron víveres en socorro de los pueblos españoles que les solían hostilizar tanto, y esto con peligro de vida. Pues se contagiaron con la peste al ejercer esta obra de caridad, y murieron algunos en los pueblos, y en el viaje. Pero, gracias a la visible protección de la Virgen, quedó libre de la enfermedad su propio pueblo.

Durante estos dos últimos años experimentaron muchos la ayuda de la Virgen. Dos individuos que ya estaban por morir, se hicieron llevar a su altar y lograron allí su salud casi completa. Un niño, enfermo de pulmonía, ya estaba desahuciado, cuando le aplicaron algo de la grasa que emplean en las lámparas del santuario de la Virgen, en lugar de aceite de olivo, y se quebró la fuerza de la enfermedad, sanando el niño. Había una niña completamente ciega; ya cuatro veces sus padres le aplicaron a los ojos el mismo aceite, siempre constantes en la fe, la cual no falló, porque sanó al fin la enferma.

A otro niño lloraron sus mayores ya como muerto, y por tal lo tuvieron todos, cuando, con la aplicación del alumbrado, volvió a la vida.

Más admirable era la curación de una pobre mujer tullida, con los miembros secos y áridos, a la cual aplicaron el mismo líquido prodigioso. Sanó de repente y corrió a la Virgen, para darle gracias por el favor.

Apoderó la Virgen a su devoto San Francisco Javier, para hacer los mismos prodigios, y para que crezca entre los indios la devoción a este Santo.

Cierta criatura estaba, al parecer, para morir; la querían mucho sus padres, y por esto suplicaron a San Javier que la sanara. Después pusieron al niño moribundo o muerto un papelito, donde estaba escrito: Santo Padre Francisco Javier, ruega por nosotros. Al punto dio el niño señales de vida, y estaba sano por completo. Pero lo curioso era, que no se puede dudar de la intervención de San Javier; pues, al quitarle al niño el papel con aquella súplica, volvió a su letargia, y esto

se repitió cuatro veces. Con tal prodigio, tantas veces repetido, ya nadie pudo dudar, y así, esta vez se le pudo quitar el papel sin perjuicio.

Lo mismo sucedió en el pueblo de San Javier, (en Parabiti), con un niño, el cual sin controversia estaba muerto, dejando a su padre desesperado de dolor, pero con esperanza en San Javier. Después de 6 horas volvió este de la iglesia a su casa, y viendo a su hijo frío y amortajado, renovase desmedidamente su dolor. Sin embargo no perdió toda esperanza, sino le aplicó al cadáver semejante papel, y luego volvió a vida el niño, y comenzó a mamar en los brazos de su madre, ya completamente sano.

Había una mujer gravemente enferma, y ya auxiliada con los últimos sacramentos, cuando por la aplicación de igual papel cantó victoria sobre enfermedad y muerte. Otro caso prodigioso sucedió con otra, a la cual se había hinchado el cuello y la parte derecha de la cara hasta los hombros, tanto que le era imposible tomar alimento. Ya estaba para morir, cuando se aprovechó del famoso papel, alcanzando la salud.

Otros casos omito para ser breve.

Se mostró el gran cariño que tienen estos indios para con los padres, cuando, después de vencer grandes dificultades, el Padre Provincial, mi antecesor, había ordenado trasladar al pueblo a un lugar más apto. Mientras estaban levantando los edificios del nuevo, con buen acuerdo, por Dios inspirado, se había conservado el antiguo templo, y en él el Santísimo Sacramento. Hubo una gran mortandad, tanto que hubo que hacer más sepulturas que casas nuevas; muriéndose 306 indios, habiéndose enfermado también todos los demás. Así es que se resolvió volver al antiguo sitio.

Murió allí, víctima de tantos trabajos y desvelos, el padre Adriano Crespo, belga de nación, hombre hábil para toda clase de empresas, más lleno de méritos que de años, habiendo sido enfermo sólo 4 días.

Poco antes se fue al cielo, como con razón creemos, una india muy piadosa. Agonizando ya repetía continuamente en su delirio:

[f. 5v] ¿Porqué no se me trae el Santo Viático? hasta que perdió el habla. Le pronunció al oído el padre los santos nombres de Jesús y María, lo cual ella al instante repitió, y con juicio claro pidió otra vez que se le administrase el Viático. Se hizo así, y luego se fue a la eternidad.

El pueblo de la Virgen de Loreto

Componen este pueblo indios veteranos, de una piedad que nunca envejece, ya allí existe un empeño muy grande de pertenecer a la Congregación Mariana, la cual les parece una garantía de la eterna salvación; y una vez inscritos en la Congregación, les parece monstruoso el cometer un pecado. Hay entre ellos almas, que casadas por voluntad de sus mayores guardan la castidad en el matrimonio, a ejemplo de San Alejo, Crisanto y Enrique, recompensándolas Dios abundantemente este sacrificio.

Un aspirante de la Congregación se había enfermado gravemente, y no halló mayor alivio en su sufrimiento, que acordarse continuamente de la Santísima Virgen y de sus prerrogativas y beneficios. Puso toda su confianza de recuperar su salud en la intercesión de la Virgen, como la consiguió después; pues le pareció un día que veía abierto el cielo, cediendo el techo y las nubes, apareciéndole allí con toda majestad la Santísima Virgen, por su sólo aspecto ahuyentando toda tristeza y flaqueza, y la misma muerte. Le miró la Virgen placidamente, y le saludó con afabilidad; y con palabras cariñosas le consoló diciendo que recobraría la salud muy pronto. En seguida vació la Virgen de un vaso que tenía a la mano, algo de un misterioso licor, dentro de la mano del enfermo, sujetándola ella misma, diciéndole que lo echara a la boca. Lo hizo así, percibiendo un celestial olor y una dulzura inefable, y se sintió sano. Durante este éxtasis, el feliz enfermo había perdido el habla, e hicieron las veces de las palabras que le faltaron, dulces lágrimas para manifestar su alegría y gratitud. Le dijo la Virgen: ¡Mire! Esto es la recompensa por tu afán de pertenecer a mi Congregación. Te esperan regalos mayores, con tal que perseveres en tu fervor, y desapareció la Virgen, y con ella la

enfermedad, y en adelante se mostró el indio buen testigo de la bondad de María Santísima.

No era menos feliz cierto cacique, el cual, aunque no sanó de su enfermedad, alcanzó lo que es más: la salud eterna, mereciendo este favor por su liberalidad para con los pobres.

Hubo un indio moribundo, el cual era molestado por el espíritu maligno, el cual mostró al enfermo un libro, donde estaban apuntados todos sus pecados. El caso era, que el pobre indio no había confesado algunos de ellos, por lo cual le invadió una gran desesperación. En su angustia clamó a la Virgen Santísima, y cobró algo de esperanza de perdón. Se llamó al sacerdote, al cual confesó todo lo que contenía aquel libro misterioso, y murió tranquilamente.

Otro había, el cual entre sueño, se sintió despertado por una mano invisible, y amonestado que se confesara de cierto crimen; por el cual, cuando niño, había perdido la inocencia bautismal.

Otro había callado largo tiempo algunos pecados muy grandes, y enfermándose un día, sufrió más todavía por el demonio, el cual le cerró los oídos para que no oyera a los que le animaban a una buena confesión. Estaba ya por expirar y ser echado al fuego eterno, cuando al invocar a la Virgen, se le abrieron los oídos, oyendo él el consejo del sacerdote, para que se confesara. Hizo una confesión general de toda su vida, recobrando la salud de su mente, y mientras su cuerpo se iba a la sepultura, voló su alma como esperamos al cielo.

Los pueblos de los Santos Apóstoles, y de San Nicolás, obispo

Mientras el año pasado, estuve haciendo la visita de estos pueblos, recibí cartas de Roma, en las cuales se manifestó la conveniencia de juntar en un solo pueblo todos estos habitantes, para que el mayor número de neófitos reducidos a menor número de pueblos, más fácilmente pudiesen ser atendidos espiritualmente, siendo al mismo tiempo, mayor la mutua emulación. Parecía obligar a este paso el apuro de los Superiores, a la vista de la disminución de ministros evangélicos, siendo prohibida la venida de misioneros extranjeros.

Pensé luego poner en obra lo que se me había ordenado, comenzando con estos dos pueblos mencionados, a los cuales, juntándolos en uno sólo, en lugar más salubre, y en terreno más fértil. Ayudaron en esta transmigración los pueblos vecinos, bajo la dirección de los padres, tanto con herramientas y víveres, como con su trabajo personal.

Progresaron mucho con la ayuda de los padres, estos indios dóciles de ambos pueblos, en las prácticas religiosas. Se vio esto en ocasión de cierta epidemia que invadió el pueblo. Viéndose como se diezaba la gente, todos acudieron a prepararse para cualquier trance. Y era muy acertado este arbitrio, [f. 6] pues, apenas se habían levantado de los pies del confesor, sanos y buenos y bien dispuestos, cuando de repente cayeron muertos.

Por ser gente piadosa, ponen su confianza en las prácticas religiosas. Así es, cuando invadió sus sementeras una plaga de gusanos, las rociaron con agua bendita y perecieron luego estos enemigos voraces.

El famoso papel de San Javier ayudó a muchos en sus apuros de cuerpo y alma. Así, había una mujer moribunda, ya privada del habla, a la cual aplicó un padre aquel papel, y al instante reaccionó, y pudo recibir todos los sacramentos antes de irse a la eternidad.

Un indio sufría una grave pulmonía y aplicado este papel, escapó de la muerte.

Una mujer estaba gravemente enferma de una fiebre (tifoidea), con gran dolor de cabeza, y con oclusión de la garganta, así que ya estaba ajuiciada. Pero aplicado a ella el susodicho papel de vida recobró su salud.

Cierta india aconsejó a uno de su familia a ser devoto de San Javier y de la Virgen, Madre de Dios; cuando se le acercó el trance de la muerte, pidió a su marido que le ayudara a levantarse para postrarse en el suelo. En esta postura abrazó una pequeña imagen de esta gran Señora, pidiendo su intercesión, y así murió muy consolada, como llevada por la mano de la Reina del cielo y de San Javier.

El pueblo de Santa María la Mayor

Hacia algunos años a esta parte, había venido, como por casualidad felicísima a este pueblo, cierto indio de la tribu de Caaguazú. Lo instruyeron en la doctrina cristiana, y fue bautizado, intentando él después constantemente, a proporcionar la misma felicidad a toda la tribu del Caaguazú. Ya animaba a los habitantes de aquel paraje, ya suplicaba a los padres que le ayudaran en esa empresa, y al fin parecía tener éxito en ella. Pues, se había resuelto una expedición, cuando las espías (o tropas avanzadas) avisaron que los portugueses del Brasil intentaban el mismo viaje para cautivar a aquellos infelices infieles. Al instante agarraron todos los indios cristianos las armas y se marcharon a su encuentro, acompañados por dos padres, como capellanes militares.

Pronto toparon con los campamentos de los enemigos. Si luego los hubieran atacado, desprevenidos como estaban aquellos, nadie se hubiera escapado de ellos. Pero dieron fuego intempestivamente, así que aquellos pudieron huir.

Cayó sin embargo, en mano de nuestros indios todo el campamento, con un gran botín y con muchos indios cautivos de la tribu de Caaguazú, los cuales así recobraron su libertad. Todos estos, a consejo de aquel su paisano, se encaminaron al pueblo con el ejército triunfante, y allí libres de las cadenas de la esclavitud, se sujetaron al suave yugo de Cristo. Pronto después, alguno de ellos, ya cristianos, se volaron al cielo a los premios eternos en el reino celestial.

El pueblo de Candelaria

Ya se ha concluido la construcción de la nueva iglesia y de las casas del pueblo nuevo, y así se pudo verificar la transmigración, resolviéndose la solemne traslación del Santísimo Sacramento, lo que se hizo con la más grande pompa posible entre indios. Acudieron a la solemnidad en masa los habitantes de los pueblos vecinos, muchos de sus padres misioneros, y todos los músicos. Ya que la pobreza de los indios no permitía el lujo de ornamentos de seda y recamados en oro;

los suplió la habilidad de los indios en adornar, no faltando las danzas festivas y los conciertos de música, tan apreciados en Europa, aquí empero, maravillosos, siendo más apreciable a los ojos Divinos la piedad de los indios, y su bondad de corazón.

Es de saber, que durante todo el año, los fiscales encargados en guardar el orden público, no han descubierto a ningún escandaloso que sirviese a un vicio tan común, como es la inmoralidad.

Hubo un indio, aspirante de la Congregación Mariana, que estaba para morir. Vio a Santa María Magdalena y a Santa Catalina, las cuales le invitaron, en nombre de la Reina de los Ángeles, para vivir entre los ángeles diciendo que éste era el premio de los buenos congregantes. Oyó como le decían que se apuntara a la Congregación antes de morir. Lo hizo, suplicando al padre misionero, ayudarle a obedecer a este encargo celestial. Cumplido su deseo, murió muy alegre y contento, dejando a todos muy edificados.

Otro indio moribundo prorrumpió en una especie de canto de cisne, mientras los circunstantes estaban fuera de sí de admiración, y les dijo que estaba tan contento, porque en este momento de irse al cielo estaba viendo a San Ignacio de Loyola.

Cierta mujer, la cual, llegada su hora de dar a luz, se encontraba muy enferma, habiendo peligro de vida y aborto, invocó a nuestro santo Padre (Ignacio), haciendo al mismo tiempo una piadosa promesa. De repente mejoró, pudo recibir el Santo Viático, y dio a luz una criatura muy reducida, pero viva y con resuello. Pudo ser bautizada y luego voló al cielo.-

[f. 6v]

El pueblo de Santo Tomé, apóstol

Este pueblo esta cerca de la tribu bárbara, llamada los Charrúas, gente vagabunda, aborrecida por Dios y los hombres, siendo unos infames ladrones y corrompidos. Y sin embargo, hubo en este pueblo un indio que pretendía la libertad, para hacer vida común con estos degenerados. Ejecutó su loco intento y se escapo para juntarse

con ellos, y vivió muy desenfrenadamente. De sus anteriores costumbres cristianas guardó sólo la única de llevar colgado en el cuello el Santo Rosario, y de rezarlo cada día. Le robaron después el Rosario, y él continuó rezando, contando las Ave María con los dedos. De seguro, esta era la causa, de que como por casualidad le encontró uno de los padres misioneros cuando pasó por aquellos campos, y se lo llevó consigo al pueblo. Allí se casó y comenzó a vivir cristianamente.

Fue doctrinado un indio viejo, antiguo hechicero y siervo del demonio, el cual siempre se había opuesto a su conversión, y después de ella repetidas veces intentó hacerle apostatar de la religión, presentándose bajo la forma, ahora de una hermosa mujer, ahora de un buen mozo. Quedó firme en la fe el indio recién convertido. Entonces satanás comenzó a amenazarle y con permiso de Dios, lo hizo caer en una grave enfermedad. La enfermedad no desanimó al indio, sino se burló de satanás, diciéndole que era un cobarde porque no lo podía matar. Dios le devolvió la salud, en recompensa de su constancia en la fe.

Raya a lo maravilloso, lo que sucedió con cierto niño. Siempre estaba llorando y ya se temía que iba a morir. Se apresuraron a hacerle bautizar, luego sanó el niño, convirtiendo sus lágrimas en sonrisas.

También en este pueblo sirvió el famoso papel de San Javier, para salvar la vida a varios. Así hubo aquí cierto joven tullido, que se arrastraba por el suelo pesadamente. Le suspendieron al cuello el papel de San Javier y recobró por completo el uso de sus miembros, corriendo de prisa para dar las gracias a San Javier.

Supo de este caso un indio moribundo, enfermo de apatía, de gusanos y de una llaga en la pierna. Con toda confianza invocó a San Javier; aplicando aquel papel. Perdió su insensibilidad, se libró de los gusanos y sanó de la llaga, tanto que apenas quedó cicatriz.

Al saber del maravilloso efecto del papel de San Javier, se le aplicó a un joven músico, el cual estaba enfermo y había perdido ya el habla. Comenzó a hablar y a hacer música como antes.

Tal vez hay que atribuir al papel de San Javier, conservado en nuestra casa, de seguro a un especial favor de Dios, que con ocasión de un incendio de la casa vecina a la nuestra y a la iglesia, que ardía doce horas seguidas, y echaba chispas abundantes sobre nuestros techos de paja y substancias combustibles, no se incendiaron nuestras casas, ni sufrieron el menor daño. Lo atribuimos al ángel custodio, el cual estaba apagando las chispas. De lo mismo, era por el ángel custodio, lo que sucedió por aquel tiempo a un indio congregante, pero inconstante, tanto que ya quiso escapar a los Charrúas.

Se fue realmente, y estaba errante en lugares apartados, cuando el día de los Santos Ángeles Custodios: 29 de Septiembre, se sintió movido a volver a juicio y a casa. Se encaminó al pueblo e hizo una buena confesión, quedando agradable a los ángeles por su buen comportamiento.

Los pueblos de Yapeyú y Mbororé

El pueblo de Yapeyú dista del de Mbororé unas 50 leguas. Este último está en un sitio muy desfavorable y tiene un clima muy malo. Aquel, esta muy favorecido en ambos sentidos. Ambos pueblos tienen un moderado número de habitantes, y aunque sólo Yapeyú podría mantener a ambos pueblos juntos. [f. 7] Se aprovechan los de Mbororé de esta circunstancia, y a su tiempo se marchan, desde su suelo patrio, allá donde se les ha construido casas, y se les ha labrado la tierra para que los huéspedes hagan sus sementeras y cosechas. Con gran liberalidad se les puso a disposición arados, jumentos y caballada, como sino fueran huéspedes y advenedizos, sino hermanos.

Este mutuo amor es muy corriente entre los indios.

Antes que se juntasen ambos pueblos, había en ellos muchos casos interesantes, de los cuales mencionaré unos pocos, para ser breve.

Se distinguieron mucho los de Yapeyú por su amor para con los pobres, distribuyendo entre ellos gran parte de sus provisiones, y hubo que dieron a los pobres su cosecha total, proveyendo su propio

mantenimiento del modo como pudieron. Pero Dios no se dejó vencer en lo tocante a liberalidad; pues resultó de la modesta siembra de algodón, una cosecha tan abundante, que bastó para hacer de los tejidos de este algodón ropa para tres mil habitantes.

Vinieron mangas de langostas colosales como nubes, tanto que se oscureció el sol. Cubrieron gran extensión de la tierra, y ya se dio por perdida la cosecha de Yapeyú. Comenzaron los padres a ordenar rogativas y penitencias públicas, saliendo los indios en procesión al campo. ¡Cosa maravillosa! Los azotes que se daba esta gente sencilla, alejaron este flagelo de Dios de las langostas, con la curiosa particularidad de que todos los campos y la selva de la vecindad estaban devoradas por las langostas, menos las sementeras de los de Yapeyú, las cuales, intactas y lozanas, triunfaron sobre enemigo tan devastador y voraz.

A la plaga de langostas siguió otra de sequía faltando mucho tiempo el benéfico riego del cielo. Ya conocían estos indios la abundancia de la misericordia de Dios: acudieron a la iglesia, y sacaron en procesión la imagen de la Virgen Santísima. Apenas estaba afuera la Reina de los cielos, acompañada por la gran piedad de los indios, cuando se cubrió el cielo con nubes, y acabada la procesión estalló una tormenta con lluvia abundante.

Así es que la virgen alcanzó para sus devotos la fuga de las langostas, y el beneficio de la lluvia. La misma virgen procuró a una india jovencita de apenas doce años la dignidad del desposorio con su Divino Hijo. Era aquella muy aficionada a las funciones sagradas de la iglesia, e iba frecuentemente a los santos sacramentos, estando como dedicada únicamente al servicio de Dios. Ya estaba madura para el cielo, y comenzó a enfermarse gravemente. De repente pareció despertarse de un sueño, y comenzó a decir que se alegrasen sus parientes los cuales rodeaban llorando su lecho de muerte, añadiendo ella que había visto a nuestra Señora, a la cual era tan dulce servir, y porque amaba a las vírgenes puras de cuerpo y alma, la invitaba irse al cielo, después de haberse confesado de cierta pequeña culpa.

Llamaron al sacerdote, la oyó este en confesión, y presenció la muerte feliz de esta niña, quedando todos llenos de santo consuelo, y de amor a la pureza del alma.

Se vio esto con ocasión de una plaga de víboras, traída a los campos por una inundación del río, de la cual muchos resultaron mordidos. Antes de aplicar cualquier otra medicina, se echaron a los pies del confesor, haciendo caso omiso de su peligro de vida.

Hubo dos mozuelos sin temor de Dios, los cuales un día oyeron en sueño una voz terrible que los mandó despertarse del sueño de sus graves pecados. Hicieron penitencia, como se les había ordenado.

Los de Mbororé no quedan atrás en sus sentimientos religiosos, sino hacen ellos competencia en eso a sus paisanos, y a los habitantes de los demás pueblos. Son, además, buenos soldados en las expediciones militares contra los indios infieles y bárbaros. Los más terribles enemigos entre todos de la redonda, son los guayanaes.

[f. 7v] Andan ellos siempre armados y son muy taimados. No paran en ningún lugar fijo, siempre vagabundos; y muy salvajes. Distan de Mbororé veinte días de viaje, río Uruguay arriba. Bajan, empero, muchas veces, para molestar a nuestros indios.

Se resolvió, pues, ganarles la voluntad con un buen trato, ya que era demasiado difícil vencerles por las armas. Pareció este arbitrio el más prudente, ya que se esperaba que, una vez ganados, podían servir de espías contra las invasiones de los brasileños; y al fin también ser convertidos a la fe. Tuvo que resolver este problema el cacique de Mbororé, Ignacio Abiarú¹³, acompañado con una pequeña escolta de los suyos. Confiado en la protección divina se encaminó, encontrando a muchos de aquellos dispersos por montes y breñas, por miedo de una inminente invasión de los lusitanos o brasileños. Se espantaron al principio, cuando se presentaron los nuestros, y ya

¹³ Ignacio Abiarú fue uno de los caciques guaraníes de la reducción de Nuestra Señora de la Asunción del Acaraguá, que participó activamente en la Batalla de Mbororé (1640). Tuvo un papel protagónico al ser el principal responsable de la lucha en el río comandando un grupo de 30 canoas y balsas contra 200 de los portugueses.

estaban para acometerlos como enemigos, aplacándose luego al ver que se les acercó, no con armas sino con regalos. Escucharon el razonamiento de nuestro cacique, ya ganada su voluntad por los presentes. Se dieron mutua amistad, y ambas partes bajaron al pueblo. Se les hizo un solemne recibimiento y se les obsequió con mucho cariño.

Gustó ante todo, que sus mujeres e hijos fueron tan bien tratados por las mujeres de Mbororé, como si fueran de la misma raza. Los impresionó la liberalidad de hombres y mujeres de este pueblo, en regalar no sólo cualquier cosita, sino también ropa, habitaciones y cosechas enteras, con un cariño, como si se les hiciera un favor en aceptar sus presentes. Tanto amor no habían esperado los bárbaros. Dejaron pues, encomendados a este pueblo sus mujeres e hijos, y los hombres solos, en compañía del mismo cacique Ignacio, volvieron a sus selvas, para recoger más de su gente, y traerlos al mismo pueblo.

De nuevo se regocijaron nuestros indios, y le entró tanto entusiasmo que por la tercera vez se sujetaron a las molestias del viaje, y a la inclemencia del invierno, para hacer esta recogida tan agradable a los ojos de Dios. Correspondió el fruto al trabajo invertido, y pudieron recoger buen número de familias, dispersas por las selvas, por miedo de la terrible esclavitud de los brasileños.

Después de haberlos llevado al pueblo, se notó que estaban tristes y llorosos por el cautiverio de los demás de su familia. Entonces resolvió el cacique Ignacio, no ahorrar trabajo, tratándose de la gloria de Dios y la salvación de las almas; juntó entre sus indios un pequeño ejército y los bastimentos y pertrechos necesarios, para perseguir al enemigo y arrebatarle el botín, aniquilándolo o escarmentándole. Salió la expedición militar embarcada, siguiendo después la marcha por tierra, y alcanzaron el campamento enemigo. Mandó el cacique detener el avance, desplegar el estandarte con la imagen de San Javier, e hincarse de rodillas todo el ejercito para implorar la ayuda de Dios por intercesión de San Javier y la Virgen de Loreto, cuyas letanías cantaban. Exclamó entonces el cacique Ignacio: ¡Alerta, soldados!

Asegurada esta nuestra victoria bajo la capitanía de San Javier contra esos profanadores del nombre cristiano en estas soledades. Por Dios sólo peleamos, y Dios peleará con nosotros, y Dios vencerá y triunfará con nosotros. Las lágrimas de los cautivos claman al cielo contra el enemigo, y la sangre de los asesinados pide la venganza de Dios. Dios obra por nuestra mano. Pues, ¡adelante, para perder al enemigo, y sacrificarlo al furor divino!

[f. 8] Acabada la arenga del cacique, comenzó la batalla. Fue asaltado el campamento, y después de grandes estragos fue echado a la fuga el enemigo. Cayó en manos de nuestros indios todo el botín de numerosos guayanaes cautivos.

Los lusitanos los habían puesto en diez cadenas larguísimas, para arrastrarlos de su tierra natal, una tropa numerosa de indios de ambos sexos. Muy contentos y agradecidos quedaron los pobres al vencedor, y este devolió a Dios las gracias, como convenía.

Se halló en el rico botín mucha ropa, numerosas armas, abundancia de bastimentos y pertrechos. De la parte nuestra no había caído ni un solo soldado. Se volvieron pues, y a poca distancia de su pueblo, se echo de menos un crucifijo de bronce. Mandó el cacique hacer alto, hasta que algunos centinelas trajeron la prenda, hallada entre los escombros del campamento. Entonces se dispuso la triunfal entrada al pueblo, marchando a su encuentro toda la población, hombres y mujeres, grandes y chicos. El cacique vencedor Ignacio dio, entre las aclamaciones de todos, la gloria a Dios, nuestro Señor.

Los guayanaes libertados se encontraron con sus paisanos, hospedados ya aquí, con grande júbilo. Sin demora presentaron ellos sus criaturas, para que las bautizaran, de las cuales luego uno se fue al cielo. Pronto hubo que bautizar también a algunos viejos moribundos de la misma nación. Los demás, empero, son doctrinados con esmero en la religión cristiana.

Sabiendo el gobernador del Paraguay de la gloriosa hazaña de nuestro cacique Ignacio, le envió un elegante uniforme español.

Se animaron los padres, por el feliz resultado de esta expedición, a preparar otra a la tribu de los chovas, gente sumamente

salvaje. Pero hay que esperar en Dios, el cual puede ablandar aquellos corazones, y puede ayudar a los padres en sus arduas empresas.

Después de este doble triunfo, con buena gana transmigraron los de este pueblo al Yapeyú donde quedaron sanos y buenos.

Sería demasiado largo, mencionar uno por uno todos los demás pueblos de indios, cuyos nombres son San José, Santa Ana, San Miguel, Santos Mártires del Japón, Corpus Christi, Concepción, San Carlos, y San Javier.

Por esto hablaré sólo de unas pocas cosas notables, acaecidas en ellos últimamente.

Había en San Miguel dos indios muy enemistados entre sí; pero al oír un sermón sobre la obligación de perdonar a los enemigos, se echaron el uno a los pies del otro para pedir perdón. Después se fueron los dos al padre misionero, para que les impusiese una penitencia, para reparar el escándalo.

Hizo cierta india una hazaña mucho más gloriosa todavía. Había sido calumniada gravemente por envidia, como si fuese una adúltera corrompida. Se le había impuesto un castigo público de azotes. A todo esto calló ella, confiando en Dios, testigo de su inocencia. Poco después se descubrió la impostura; pero ella no quiso ninguna clase de satisfacción de parte de su calumniador al cual perdonó de corazón.

Hubo otra india virgen de muy buena presencia, por lo cual la tentaban muchos a la deshonestidad. Ella empero, había dirigido todo su amor a Dios, y le pedía por esto que le quitara su hermosura por una enfermedad. Y Dios lo dispuso así, quedando ella contenta por ya no dar ocasión a deseos malos.

Cierta mujer muy solitaria había dado a luz un niño, y temió en su abandono que su niño nacido débil y enfermo, se le muriese sin bautismo. Sin hacer caso de su estado delicado, se arrastró a la calle, donde halló quien llamase a un sacerdote. Vino este en seguida, y apenas había administrado el bautismo a la criatura, murió para volar a Dios.

En el pueblo de Corpus Christi murió muy desgraciadamente cierta mujer mala, la cual [f. 8v] muchas veces había comulgado sacrílegamente, habiendo hecho mala confesión. Hasta en la hora de la muerte había engañado al sacerdote en la confesión, por un temerario pudor. Ya no le servía la confesión pública, clamando ella luego después desesperadamente: Me voy a condenar, me voy a condenar, por aquellos y aquellos pecados. ¿No veis el infierno abierto, y los monstruos infernales que me van a atormentar eternamente?

Hizo el sacerdote lo que pudo, para calmarla y animarla a un sincero dolor por sus pecados que ella iba publicando, y a la esperanza en la misericordia de Dios y en los méritos de Cristo crucificado. No escuchó ella y quedó dura de corazón, hasta que cayó muerta para comenzar el llanto eterno, quedando los demás horrorizados, y persuadidos de que es mejor vencer el falso pudor para confesar sinceramente sus pecados.

Había otra por allí, la cual murió muy de otra manera. Ya por mucho tiempo había ella servido fielmente a la Virgen santísima, hasta que se enfermó, recibiendo los últimos sacramentos. Ya en sus últimos instantes se le apareció la Santísima Virgen rodeada de un torrente de luz; y con tanta hermosura, que la pobre india, como fuera de sí, exclamó: ¡Ved ahí, la Reina del cielo, tan hermosa, tan majestuosa! ¡Qué felicidad! ¡A Dios!, parientes y amigos. ¡A Dios! Me llama al cielo. Al decir esto, expiró santamente.

En el pueblo de San José había un cacique viejo, el cual desde hacía más de veinte años, es decir, desde que se había hecho cristiano, no había cometido culpa grave, como aseguran sus padres misioneros. Vivía sólo para servir a Dios, recibiendo con mucha frecuencia los santos sacramentos, pasando largos ratos en la iglesia rezando, escuchando la Palabra de Dios, renovando cada día sus promesas y consagración de congregante mariano. Dios le había revelado la hora de su muerte. Enfermándose a veces gravemente, le hablaban de la posibilidad de morir; pero él se sonreía, y ahora, estando él sano y bueno, dijo terminantemente que estaba para morir, y que la fecha de su muerte sería el día octavo después de la Natividad de la Virgen, o

el 15 de Setiembre. Fue así como dijo. ¡Ojalá! Que todos tuvieran un tránsito tan feliz, como aquel buen viejo.

Se manifestó la Divina Providencia en la suerte de cierta criatura que estaba en poder de unos bárbaros salvajes. Allí la parió durante la noche oscura cierta india, y no se conocía el sexo de la criatura. Acudieron a esta novedad varias personas, y se habló del bautismo. Les pareció siempre muy incómodo para llamar a un sacerdote, dudando ellos además de que sería capaz la criatura para poder ser bautizada, aunque estaba para morir, ya que no se distinguía su sexo. Hubiera sido eternamente fatal para la criatura este extraño raciocinio de los salvajes ignorantes.

Felizmente se encontró después entre ellos un indio menos tonto, el cual se apresuró a llamar al padre. Apenas bautizada, murió la criatura.

Todo lo referido, y lo mucho que omito, cuesta mucho trabajo a nuestros padres, muchos desvelos y cuidados. Pero corresponde al trabajo una cosecha de almas muy abundante, y entre estos salvajes que [f. 9] parecían troncos animados, florece ya no sólo la religión, sino también la cultura o civilización.

Se vio esto muy patente el año pasado, cuando se trasladó el pueblo de San Carlos a mejor sitio. Pues, sin que se interrumpiera de ningún modo la distribución religiosa, acudieron más de 1900 indios de otros pueblos para ayudar en la transmigración de estos, construyendo casas, y proveyendo el necesario sustento, prestándose cada uno a lo que se le encargaba, manteniendo ellos con limosna un pueblo casi entero, tan abundantemente, que dieron 500 bueyes, 450 arados de madera, 400 pequeñas hachas y una gran campana de bronce.

En este momento, en que escribimos estas líneas, amenaza a todos los pueblos juntos un doble enemigo: el lusitano, el cual, no lejos de aquí, está esperando en asechanza, después de haber ya devastado las regiones vecinas de los infieles, y además la peste, la cual ya perduró aquí dos años seguidos en estas tierras, quitando la vida a un

gran número de españoles, negros e indios; y todavía no amaina. ¡Que Dios tenga misericordia con nosotros y aplaque su cólera movido por nuestra sincera penitencia!

Los pueblos de los itatines y las excursiones a los infieles

Está reducida esta tribu a dos pueblos, organizados por nuestros padres al modo de los pueblos de los indios del Paraná y del Uruguay, y civilizados y doctrinados como ellos. Sin embargo hay que tratar de ellos aparte, tanto por la distancia en que viven, cuanto por ser rodeados de un innumerable gentío salvaje, al cual con relativa facilidad se puede llegar desde allí. Pues, estos dos pueblos, el de San Ignacio y el de Nuestra Señora de la Fe, sirven como ejemplo para atraer los bárbaros circunvecinos, como lo pretenden también los padres misioneros de allí. Pero por desgracia, sobrevino el estorbo de las invasiones inicuas del lusitano, el cual, por un atentado sacrílego, hace pocos años a esta parte, hasta puso preso al padre misionero Cristóbal de Arenas¹⁴, y mató con un tiro de fusil al padre Alonso Arias¹⁵, párroco de los itatines.

Sin embargo, hubo un enemigo más cercano y más cruel: el obispo del Paraguay, el cual expulsó a todos los padres de la Compañía, y entregó estas reducciones a unos clérigos seculares, no para instruir, sino para destruirlas en cuerpo y alma. Los pobres indios así maltratados tuvieron que huir a sus antiguos montes, hallándose más seguros entre los tigres que entre esta clase de párrocos.

¹⁴ El padre Cristóbal de Arenas nació en 1594 en Bárcena, Santander, España. Ingresó a la Compañía de Jesús el 28.X.1625 en Paraguay. Profesó su cuarto voto el 29.VI.1646 en Santa María de Fe, Misiones, Paraguay, falleciendo tres años más tardes, exactamente el 4.4.1649 en Concepción, Misiones, Argentina.

¹⁵ El padre Alonso Arias era oriundo de Jaraicejo, Cáceres, España. Nació el 7.X.1601, ingresó a la Compañía de Jesús el 7.IV.1629, a los 27 años, realizando sus primeros votos de la orden en 1631. El 20.12.1636 llegó a Buenos Aires y realizó sus últimos votos el 25.VIII.1646 en San Ignacio, Misiones, Paraguay. Falleció el 7.XI.1648 en itatines, Paraguay.

Por orden de la Audiencia Real han sido devueltos estos pueblos a la Compañía, y volvieron allá los padres misioneros, para levantarlos de la ruina, teniendo que deplorar las iglesias medio quemadas, y la pérdida de los ornamentos y vasos sagrados, y los ajuares de la casa habitación, habiendo quedado muy reducido el número de indios. Les encargaron que llamasen a sus paisanos huidos. Vinieron estos, pero muy diezmados por el hambre, la peste y el enemigo.

Hice allí el año pasado la visita oficial, y encontré al padre Justo Mancilla, guapo como antes, caminando por las tupidas selvas y montes, para recoger a los escondidos, hallando buen número de estos infelices, y llevándolos al pueblo. Me habían desaconsejado muchos que fuera allá, no sólo algunos de casa, sino también las personas principales del Paraguay, por las dificultades de los viajes fluviales, infestados por los Payaguás. Arrostré todo, ni admití la escolta militar que se me ofreció, fiado en la divina Providencia, y sólo armado con la cruz llegué con felicidad al término del viaje, encontrando allí sólo dos padres misioneros para millares de indios. Estaban en extremada miseria, sin consuelo humano, con las sotanas destrozadas, [f. 9v] medio muertos de hambre.

Los consolé como pude, y al haber vuelto a la capital del Paraguay, les envié dos compañeros, y todo lo necesario para la vida. Hice las diligencias, para que se les asignara la subvención acostumbrada de los misioneros, y que se les enviara armas, de parte del gobierno para que los indios se pudiesen defender contra los lusitanos.

Mientras tanto está preparando el padre Mancilla¹⁶ una expedición apostólica a los indios guacharapoes, y si se le saldrá bien esta empresa, será fácil, agregar a los indios cristianos también las tribus de los guatoas y de los payaguás.

¹⁶ Justo Mancilla era el nombre castellanizado de padre Josse Van Suereck. Nació en la provincia flamenca de Amberes en 1600. Ingresó en la Compañía de Jesús en su ciudad natal en 1616 y llegó Buenos Aires en 1628. Pronunció su cuarto voto en San Ignacio de Itatines en 1641 y falleció en 1666, en Nuestra Señora de la Fe.

Los pueblos de los calchaquís, y excursiones.

En la jurisdicción de Salta, ciudad importante de esta provincia, hay unas montañas muy altas, entre las cuales se halla el valle de los calchaquís, de un clima muy ameno, y de gran fertilidad, pero desacreditado por sus habitantes muy bárbaros, los cuales han causado ya muchos estragos a los españoles. Este valle, bastante angosto, entra por allí por varios días de camino, y sus habitantes viven en las pendientes casi inaccesibles de las montañas, parte en cavernas, parte en toldos y ranchos. Se dice que son por todo unas ocho o diez mil almas, de las cuales dos mil son de armas tomar. Parece exagerado este número, aunque los padres misioneros experimentados lo creen posible. Son muy ignorantes tocante las cosas de religión, entre sí muy indolentes, muy taimados y terribles por su crueldad. Tanto los hombres, como las mujeres se visten con una ropa larga, ceñida, arriba ensanchada en forma de saco o alforja, donde guardan bastimentos y toda clase de cosas. Llevan los cabellos muy largos, que les caen desde la nuca por los hombros hasta la cintura, trenzados, como los llevan las italianas. Las más de las veces sobresalen allí cuchillos. Son ellos sumamente inclinados a la borrachera, y sin ella no se puede celebrar ninguna fiesta; por lo tanto no es de admirar que haya entre ellos muchísima deshonestidad y perversidades de toda clase contra la naturaleza.

Se añade a todo esto la hechicería e idolatría. No hay entre ellos ninguna autoridad, que no sea al mismo tiempo hechicero, y tiene trato frecuente con el demonio, el cual les aparece visible, y los sojuzga por el terror.

Ya al fundarse esta Provincia de la Compañía en tiempo del padre Diego de Torres¹⁷, se había resuelto la evangelización de este

¹⁷ El padre Diego de Torres era oriundo de Villalpando, Zamora, España. Nació en 1551 e ingresó a la Compañía de Jesús en Castilla el 16.XII.1571. Realizó su cuarto voto en Lima, Perú. Ocupó el cargo de procurador en Europa de la Provincia del Perú entre 1600 y 1604. Se destacó por ser el fundador y provincial del Nuevo Reino en 1605. Ocupó este cargo hasta el año siguiente. En 1607, año de ingreso a los territorios rioplatenses, fundó la Provincia Jesuítica del Paraguay, siendo el

valle. Dos veces se fundó allí misión, y ambas veces fracasó, después de muchos años de trabajos infructuosos.

Era forzoso retirar los misioneros y ocuparlos en otras partes de la viña del Señor.

Se comenzó la tercera vez, hace pocos años a esta parte, después de una guerra muy larga entre los españoles y aquellos bárbaros, a instancias del Ilustrísimo Señor obispo de Tucumán, y del gobernador de la provincia. Han sido destinados para allá algunos padres, los cuales han sido admitidos como garantía contra las armas españolas, y han constituido dos pueblos, el uno denominado Nuestra Señora de Yocabil, el otro San Carlos. Pero los habitantes de ambos pueblos todavía son infieles, ya que el motivo de admitir a los sacerdotes no ha sido el amor a Dios, sino el miedo de los españoles. Hasta se ha tratado ya varias veces de matar a los padres, instigándolos a esto el mismo demonio. Entre estas espinas y abrojos ha sido posible a los padres el recoger algunas rosas, que son las almas de criaturas moribundas, quedando ellos, por lo demás muy desconsolados [f. 10] por la pequeña, y casi nula cosecha de almas, de nada menos que cinco misioneros de la Compañía. Y lo que era peor, es la ninguna esperanza de un próspero desarrollo de la misión Calchaquí. Muchos opinaban que sería mejor, llamar a aquellos padres para que se ocupen en los colegios de la Compañía. Tales eran las circunstancias, cuando yo en medio invierno dirigí allá unos pasos para hacer la visita oficial, y estudiar el caso allí mismo, y poder tomar con más acierto las resoluciones que convenían. Encontré ya en San Miguel del Tucumán al padre Fernando de Torreblanca¹⁸, Supervisor de la misión de calchaquí. Unos pocos meses antes estaba este padre, juntamente con algunos de estos bárbaros en casa del gobernador. Este, para

primero en ocupar su provincialato, cargo que se desempeñó hasta 1615. Falleció en la actual ciudad de Sucre, Bolivia, el 8.VIII.1638.

¹⁸ El padre Fernando de Torreblanca nació el 13.IX.1613 en Córdoba, Argentina e ingresó a la Compañía de Jesús el 8.VIII.1628 en la provincia del Paraguay. Realizó su cuarto voto, el 12.VII.1648 en Salta, Argentina. Falleció a la edad de 83 años en su ciudad natal el 11.IX.1696.

enseñar a los indios, como tenían que respetar en sus pueblos al padre, le hizo sentarse y poniéndose delante de él el gobernador de rodillas, le besó la mano.

Pues, este padre me acompañó, después de haber avisado allá nuestra llegada, llevando los mensajeros algunos regalillos para mejor disposición de los ánimos. Para el mismo fin, hice venir a mi presencia a cuanto Calchaquí se pudo encontrar en aquella ciudad, saludándolos con los brazos abiertos y regalándolos liberalmente, para ganarles la voluntad. El padre Torreblanca tomó sobre sí la molestia de arreglar todo para el viaje, manifestando que mi llegada al valle sería de la mayor importancia para el feliz éxito de esta misión. Marchamos adelante, no por caminos bien arreglados, sino por las pedregosas pendientes de la montaña, al borde de los precipicios, caminando cuatro días, envueltos a veces por las neblinas, y sacudidos por los vientos fríos, templando el frío exterior el fuego de la caridad interior, inspirado por Dios en bien de la eterna salvación de estos bárbaros. Apenas había traspasado la primera cadena de las montañas, cuando a la noticia de mi llegada, acudieron los alfamios con su cacique, para invitarme que descansase en sus ranchos, expresando su deseo de oír la Palabra de Dios. Les hice un breve razonamiento, expresando que me era imposible detenerme entre ellos. Les regalé algunas cositas y me despedí de ellos.

Seguimos adelante, hasta llegar a los Zafios por caminos todavía más ásperos, de tal modo, que me vi muchas veces forzado a apearme, para no caer abajo juntamente con la mula. Son los Zafios una tribu parcial de los calchaquíes. Nos recibieron con gran hospitalidad, haciendo un banquete de granos y legumbres medio cocidos. Se presentó al otro día una buena tropa de yocabilios. La había enviado a nuestro encuentro por dos días de viaje, juntamente con dos hijos suyos, y otro cacique, el famoso guerrero e infame apóstata el principal cacique de los yocabilios Utimba, en cuyo pago se halla una iglesia, y sufren los padres. Seguimos adelante, para pernoctar en la cercanía de los amaycenses, los cuales sintieron que no queríamos aceptar el

hospedaje preparado en su pueblo. Los consolé con la promesa de irme a ellos al otro día, por lo cual quedaron tan contentos que aquella misma noche levantaron una cruz muy alta, y arreglaron un rancho para capilla. Muy por la mañana vinieron a nuestro encuentro, juntamente con su cacique. Aquí, como en otras partes, [f. 10v] hablé un poco de las cosas de Dios, y repartí regalos; y me dijeron que tenían gran deseo de hacerse cristianos. Les prometí al mismo tiempo, que yo de mi parte haría lo posible, para que no fueran molestados por los españoles, y que serían visitados con frecuencia por nuestros padres, los cuales los irían instruyendo en la religión cristiana.

Nos marchamos después, para visitar el pueblo de Santa María de Yocobil. Se metió el demonio haciendo correr el rumor, que yo vendría con una escolta de españoles. Se supo con tiempo la mentira y el pueblo se sosegó. Al acercarnos, vimos innumerables yocabilios de ambos sexos, esparcidos por los campos, vestidos festivamente con sus trajes de plumas, con sus flautas de la tierra y otros instrumentos musicales, con los cuales hicieron una bulla tremenda. Avanzaron un centenar de jinetes indios con sus padres misioneros, y los caciques de la tribu de yocabilios, todos mirando con estupor al padre Provincial de la Compañía, al cual tenían como algo lleno de majestad más que humana, y se tenían por muy honrados por haberse él dignado a visitarlos en su tierra. Fui derecho a lo que llamaban su templo donde me recibieron muy cordialmente los caciques ancianos, y entre, o sobre ellos, estaba Utimba, el antiguo terror de los españoles. Creció la alegría por mi llegada, cuando comenzó la repartición de los premios, entregándose toda aquella gente a las manifestaciones de regocijo a su usanza, con cabalgadas y danzas, llenando el aire con sus aclamaciones.

Al otro día se celebró una misa solemne, y se predicó el Santo Evangelio y unos 48 yocabiles bien instruidos recibieron el santo bautismo. Distinguí con obsequios a los caciques, aunque al fin nadie quedó con su regalillo, exclamando todos muy contentos que querían hacerse cristianos.

Vino acá a mí un cacique de otra tribu suplicándome encarecidamente, que envíe a su tribu a un padre, porque muchos estaban muriéndose por la peste, para que a lo menos salvarsen sus almas. Cumplí su deseo, y después de haber estado tres días entre los yocables, me marché a San Carlos, donde los indios son algo menos bárbaros, por lo cual los padres se habían animado a abrir una especie de colegio seminario de niños [hijos de caciques]. Toda la población salió a nuestro encuentro, muy ordenados, los hombres aparte, y las mujeres aparte, cada persona con un pequeño obsequio en la mano, a lo cual respondí de mi parte con abundantes regalos. Otra vez tratamos aquí seriamente el negocio de la evangelización de los bárbaros calchaquís. Los indios, de su parte, prometieron su buena correspondencia a nuestros esfuerzos, aunque hasta ahora estaban bastante distanciados de los padres, tanto que nadie, ni por paga, quería prestarles un servicio. Prometieron, pues, enviar a sus hijos a la escuela, y prestar su apoyo a los padres [f. 11] [¿cinco?] días después dejé como Superior de los 5 padres misioneros del valle al padre Pedro Patricio¹⁹, hombre dotado con especiales carismas de Apóstol, y volví a la ciudad de San Miguel, lleno de consuelo por haber sostenido la misión de calchaquís en su situación crítica, les procuré un aumento de la subvención del gobierno de 400 patacones, alegrándose todos conmigo por el afecto que me mostraron los indios. Sin embargo, no me hago ilusiones: Es una gente bárbara, y no quieren mucho a los padres, porque les privan de sus malas costumbres, y de sus crímenes; sin embargo creen que les son provechosos como protectores contra las vejaciones de los españoles, sin que les muestren gratitud, negándose a prestarles servicios. En esto son los peores los yocables, los cuales dejan morir de hambre a sus sacerdotes, no trayéndoles ni agua del río; teniendo los padres mismos que lavar su ropa, cortar leña, hacer la comida, y hacer todos los trabajos domésticos como

¹⁹ Su nombre completo era Pedro Patricio Mulazzano, oriundo Brignano Gera d'Adda, hoy Bérgamo, Italia. Nació el 17.3.1609 e ingresó a la Compañía de Jesús el 15.VIII.1625 en Milán. Llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628. realizó su cuarto voto en Salta, Argentina, el 10.IX.1645, falleciendo en la misma ciudad el 4.VIII.1672.

criados pobres. No pudieron conseguir, ni por regalos, ni por salario, que les ayudasen los indios ingratos ni por espacio de una hora; y hasta lo que sembraban o plantaban los padres lo consumieron luego los indios.

También en el pueblo de San Carlos, donde su natural brutalidad ya algo comienza a amainar, privaban a los padres de sus niños, aunque queríamos mantener y educarlos. Estos muchachos, instruidos en la religión cristiana, como suele hacerse en otras partes, y hasta ya bautizados, luego al volver cuando grandecitos al hogar paterno, participaban en los ritos bárbaros y sacrílegos de sus padres.

No se desanimaron por completo los misioneros, sino se consolaron con haber salvado a los menos a los niños, muertos antes de llegar a la pubertad.

Ya que ahora han prometido tanto, es de esperar que después de mi visita se mejoren las cosas. Todos me han asegurado que traerían a sus hijos a la escuela, que irían a la iglesia para oír la Palabra de Dios; y que harían a los padres los servicios indispensables. Los que con tanto amor a los indios, no titubearon de recorrer todo este valle, se verán recompensados por la conversión de muchos de ellos, vueltos a sano juicio.

Pocos días después de mi vuelta se vio el resultado. Pues, se agravó la peste entre los encamanas y otras tribus, acudiendo a ellos, con gran incomodidad, los padres hasta uno de ellos, ya muy debilitado. Este, con sola su presencia, puede quebrantar las maquinaciones del demonio; porque por un insignificante motivo, estaba para estallar una cruel guerra con los indios vecinos. Ya se habían tomado las armas; ya habían salido a campaña las tropas, ya amenazaban grandes estragos, cuando a última hora llegó el padre Torreblanca y pudo componer la discordia. Así volvió la paz entre ellos, y pudo dirigirse el combate más bien contra la idolatría y los vicios. [f. 11v] Vuelta la tranquilidad, y bien dispuesta la gente para instruirse en lo religioso, quisieron los enemigos alrededor, por instigación del demonio secuestrar al padre y matar a los encamanas. Parecía perdido el padre, y lo mismo creía de los suyos el cacique de los encamanas, avisando del

peligro al padre Torreblanca. Este se recogió en Dios, y pronto después dijo alegre, que se tranquilizasen, ya que no había peligro del enemigo, porque por disposición de Dios, se había marchado a otra parte.

Así como profetizó el padre, así se cumplió. Con todo, estos temores y sobresaltos estorbaron no poco la predicación del Evangelio. Sin embargo, se bautizaron muchísimos párvulos y algunos adultos, entre ellos el mismo cacique de la tribu, recibiendo estos últimos también los demás sacramentos de la Iglesia. Los impresionó saludablemente el fin tan desigual de un matrimonio, los cuales se habían enfermado los dos gravemente por el contagio. Según la costumbre de los calchaquís se los dejó completamente abandonados, no asistiendo, ni visitando siquiera el padre al hijo, y menos otros parientes o amigos, en caso de que se enferman gravemente. El marido de los dos había sido bautizado, y ya cerca de la muerte, sintió que no podía confesarse y recibir los últimos auxilios. Pero, como por una inspiración del cielo, se puso por todas partes pequeñas cruces, que el se hizo de ramitas, y así perseverando en la fe y esperanza, expiró. Pero su mujer, ya algo mejorada, al ver que su marido había muerto, se enfureció y como instigada del demonio, rompió aquellas pequeñas cruces sacrílegamente y las echó al fuego. Al instante recibió el bien merecido castigo, estando todavía ardiendo las cruces. Le sobrevino un gran dolor y expiró para arder por siempre.

A los encamanas han imitado los yocabilios, animando a todos el cacique Utimba, aunque este perseveró en la apostasía, y lleno de años y crímenes, murió pocos meses después, para participar de la muerte eterna del infierno.

Una india, que ya estaba para morir, recobró su salud, por un modo extraño. Había sido instruida en la religión para recibir el bautismo. Apenas le tocó el agua saludable, cuando juntamente con el perdón de sus pecados, fue librada de la fiebre, siendo vencido el demonio y la enfermedad. Sana ya, y sin ningún síntoma de la peste, dio las gracias a Dios.

Agradeció eternamente, como es de suponer, cierto anciano, botín de la muerte y robador del cielo, el cual en su última hora se

encontró con un padre. Lo sostuvo, y le dijo que, cuando muy niño había sido bautizado y que siempre se había acordado de lo que había oído del cielo y del infierno. Pidió que le confesara de los pecados de toda la vida, para no perder el cielo. Lo hizo con la devoción que le inspiró Dios, y murió.

Parece poca esta cosecha en estas partes, al tomar en cuenta los inmensos trabajos de los padres al asistir en cuerpo y alma a estos infelices. Pues, a la peste se siguió el hambre, y los indios tenían que desparramarse para buscar algo de comer; y en plena cosecha tuvieron que holgar los padres.

Muy abundante cosecha prometían las aldeas de los quilmes, donde entonces se había establecido el padre Torreblanca, atraído por las muchas promesas. En realidad no sacó casi nada para los graneros de la fe cristiana. Al contrario, al mismo tiempo que los padres luchaban contra la ignorancia y malicia de los hechiceros y adivinos, [f. 12] se juntaron en la aldea de los anguinaos los principales bribones, para consultar al demonio. Este, después de una larga espera, contestó al fin diciendo que todas las plagas que afligían a los calchaquíes provenían de haber ellos escuchado a los sacerdotes españoles, los cuales prohibían la idolatría, las delicias de la multiplicidad de mujeres, la licencia y voluptuosidad. A no apartarse de ellos, no hubiera esperanza de salvarse de tantos y tan grandes perjuicios y peligros. Faltó poco de que, al instante hubieran asaltado a los padres, y no obstante de los más grandes beneficios que se les prestó, en adelante se mostraban siempre adversos. Se opusieron que los padres visitasen a sus hijos enfermos, esposas y parientes, prefiriendo las vanas ceremonias de los hechiceros. Dios se apiadó de ellos y los libró de hambre y peste, y sin embargo siguieron aborreciendo a los padres en tal grado, que durante un año entero entre esta numerosísima nación de los calchaquíes apenas ocho adultos han podido ser bautizados; los demás cristianos entre ellos, lo son sólo de nombre, y participan en las cantilenas de la idolatría y superstición, como predestinados al llanto eterno.

Mejor suerte tocó a las pequeñas criaturas, de las cuales han podido ser bautizadas y salvadas más de un centenar, a no pequeño consuelo de los padres, a los cuales así aguantaron con más paciencia su destierro entre los crueles bárbaros, entre estos borrachos ingratos, sufriendo sin ningún consuelo humano, pobres y afligidos, medio desnudos y hambrientos, siempre al punto de ser víctimas del furor de los calchaquís, o más bien de su caridad apostólica.

Pluguiera a Dios, que cese al fin esta esterilidad del valle de los calchaquís, regado por el sudor de tan celosos y abnegados misioneros. Permite esta esperanza la constancia de los padres, y yo de mi parte haré lo posible para aliviarlos, como lo he hecho hasta ahora.

Tiempo es que abandonemos los campos abiertos, y que volvamos a casa. Hemos visto ya, lo que los hijos de Vuestra Paternidad en esta Provincia hacen en los pueblos de los indios, entre los salvajes; sus ministerios, o más bien peligros en sus excursiones a los infieles.

Expondremos ahora brevemente, lo que se hace en los ocho colegios, comenzando con el Colegio Máximo y seminario de esta Provincia, en Córdoba.

Tenemos que demorarnos aquí más detenidamente, ya que al describir los ministerios de este colegio, se comprende también lo que se hace en los demás.

El colegio de Córdoba

Sirve este colegio, que es a la vez Universidad para los estudios literarios; y aunque son pocos nuestros escolares, sin embargo, se distinguen ellos por su talento y carácter, y dan buena prueba de sí en los frecuentes actos literarios. Hay tres filósofos y cuatro teólogos, con dos profesores de los nuestros para la facultad de teología, uno para la filosofía, y un profesor de gramática. Generalmente hay también un hermano coadjutor para enseñar las primeras letras. Dirige a todos el prefecto de estudios.

Viven en el mismo colegio también los novicios, los cuales son por todo nueve, en este momento en que escribimos esta Carta.

[f.12 v.]

Los padres que tenían que hacer su Tercera Probación, por nuestra escasez de personal, tuvieron que desparramarse en los diferentes ministerios de la Compañía.

Actualmente hay en este colegio, juntamente con los sujetos de las tres estancias y con los compañeros del Provincial, 47 personas, además dos donatos (llaman así a los que libremente, y sin votos, nos sirven y llevan como distintivo un ropaje oscuro.)

Cuidan los padres de la Congregación de españoles, de la Congregación de estudiantes, y de la de indios y morenos, denominada: Cofradía. Las dos últimas tienen por directores suplentes algunos hermanos escolares nuestros. Estos pasan los domingos por las calles, a la hora determinada, para recoger a todos cuantos hallan para llevarlos a la explicación de la Palabra de Dios. Así se ejercitan ellos para los futuros ministerios apostólicos.

Hay 17 sacerdotes en el colegio de Córdoba, de los cuales siempre uno que otro sirve de párroco en nuestras estancias, ya que son tres y viven allí más de 40 negros y conchavados; además está la región de Córdoba llena de quintas campestres, hasta una distancia de 8, 10, 20 y más leguas; las más de las veces pobladas con las familias de la ciudad, y siempre con numerosa servidumbre y con negros. Así es, que nuestros padres estancieros son llamados muchísimas veces afuera para ejercer los ministerios acostumbrados de la Compañía.

Además, cada año van dos padres del colegio por tres meses enteros, y con grandísimas incomodidades, misionando por la región de Córdoba, la cual se extiende a 130 leguas a la redonda, recogiendo una gran cosecha de almas. Es verdad que por los campos haya también algunos sacerdotes clérigos, encargados con parroquias; pero muchas veces son demasiado interesados de su propio provecho, haciendo poco caso de las almas a ellos encomendados.

Estos sacerdotes misioneros, campestres, los ocupados allí temporalmente o constantemente, son muy aficionados a esta clase de trabajos apostólicos, porque casi tocan con la mano la presencia y asistencia de Dios, y porque les es tan aficionada aquella gente humilde y despreciada de conchavados y negros, los cuales ven en ellos sus padres y enviados de Dios.

Mencionaré sólo unos pocos casos interesantes, para que se tenga una idea de esta clase de trabajos. Fue llamado un día el padre estanciero para confesar a un enfermo. Al volver, por una rara casualidad y seguramente por especial disposición de Dios, perdió el camino, encontrando al fin a un español, el cual le avisó de su equivocación, preguntándole cómo había venido acá. Contestó el padre: Viniendo de una confesión. Entonces aquel individuo fue tocado por la gracia de Dios, y lleno de dolor y arrepentimiento, preguntó al padre: si sería capaz a oír en confesión también a él. ¡Cómo no! Dijo el padre y continuó aquel: Pero son muchas mis barbaridades. ¿Cómo me puede dar la absolución? La daré dijo el padre, si te confiesas bien. Después de progresados algunos pasos, comenzó a llorar el hombre y apeándose los dos, se echó el hombre a los pies [f. 13] del sacerdote, confiándole los secretos del corazón y sacando al viejo Adán, fue trocado en hijo de Dios. Pues, si el padre no hubiera perdido el camino, aquel individuo hubiera seguido en sus malos pasos; por lo cual se puede decir bien al caso: “No hay mal que por bien no venga.”

Un día, cuando nuestros misioneros habían venido a un villorrio bastante grande, encontraron allí a un hombre, el cual por miedo y vergüenza, ya por muchos años, había callado sacrílegamente un pecado muy grande. Estaba ya por perderse eternamente por desesperación, cuando uno de los padres aunque no conocía a aquel hombre, seguramente por inspiración de Dios, le saludó abrazándole cariñosamente, hablándole de la misericordia de Dios, y animándole a una buena confesión. Se confesó aquel y alcanzó la gracia de Dios.

Dos hermanos carnales vivían en gran discordia, tanto que ya varias veces quiso matar el uno al otro. Hasta la suprema autoridad eclesiástica y civil de esta provincia, es decir: el Ilustrísimo Señor

obispo y el Señor gobernador, no habían dejado piedra por mover, para que estos dos infelices se dejasen de su encarnizado odio. Todo inútil. Estaban a la sazón en su estancia, cuando pasaron por allí nuestros misioneros. Como era su deber, les hablaban del mutuo perdón. Uno de los padres era muy joven, y esta era la primera vez que iba a misionar, y por esto, con mayor fervor, trataba de ablandar a los dos, esperando en la ayuda de Dios. Como por casualidad se encontraron los dos en un mismo sitio. Sabiéndolo la gente, se juntó por curiosidad para ver que sesgo tomaría la cosa. Pues, viéndose los dos frente a frente, cayeron de rodillas, pidiéndose perdón, uno al otro. Había desaparecido por completo el odio y se amaban en adelante como hermanos.

¡Oigamos ahora algo del mismo colegio! Afligió el año pasado, la peste todas estas provincias, de tal modo, que especialmente de los indios y morenos murió la tercera parte de una viruela muy fuerte. Deshizo la enfermedad a los pobres de suerte, que al levantar los brazos a los niños difuntos, se soltaron del cuerpo. El olor de los enfermos era intolerable, tanto que vino el desmayo a los sanos que se acercaban. Ordenó el Señor obispo rogativas públicas, para aplacar la ira de Dios. Para preparar a esto los ánimos, organizaron los nuestros, con aprobación del obispo, funciones diurnas delante el Santísimo expuesto y penitencias al caer la tarde. Muchos se acercaron a los santos sacramentos.

Se avisó desde el púlpito, que vinieron una hora después de haberse puesto el sol, para una función extraordinaria en honor de la Inmaculada delante de su hermosa imagen. Les gusto tanto este arbitrio, que apenas pudieron esperar la entrada de la noche. Casi toda la ciudad se conmovió, y apenas había hombre o mujer, que no acudiera a nuestra iglesia. Mientras tanto se pusieron en orden nuestros niños, que aprenden las primeras letras en el colegio, los cuales tenían que representar algunos misterios de la Sagrada Pasión, y que llevar en las manos las insignias de ella, y a la cofradía de los indios y morenos, predicó desde el púlpito uno de los padres a la casi infinita multitud de habitantes, la cual no sólo llenó la iglesia, sino también el

vestíbulo, la plaza y calles vecinas, deshaciéndose todos en lágrimas. Pero quedaron duros los corazones de los personajes principales, a los cuales se dirigió expresamente el predicador, ni quisieron dejarse de su mutua discordia. Después del sermón siguió la procesión de penitencia, siendo los congregantes marianos, los personajes más distinguidos de la ciudad, los primeros en poner a sus hombros las andas, que llevaban a la Virgen. ¡He aquí! Que se presentó toda la comunidad de los padres del seráfico San Francisco, con su guardián a la cabeza, para llevar las andas de la Virgen, cuyas alabanzas saben ensalzar tan bien y doctamente en sus escritos.

Pasó la procesión por las principales calles de la ciudad, haciendo estación en todas las iglesias. Durante ella muchos se azotaron hasta la sangre mientras los demás derramaron lágrimas de penitencia.

Pero, ya que no se compusieron las discordias en la ciudad, tampoco cesó la peste, haciendo por meses enteros, cada día muchas víctimas.

Prestaron los servicios de caridad los nuestros a los enfermos, tanto que llegó el caso de que los mismos profesores de filosofía y teología abandonaron sus cátedras, para practicar de hecho los ministerios acostumbrados de nuestro Instituto. Sirvió de socorro universal nuestro colegio de Córdoba, siendo que nuestro hermano boticario apenas pudo descansar un rato, porque el padre Rector había ordenado que no sólo se diesen víveres de balde, sino también todas las medicinas necesarias, además ropa, colchones, frazadas en abundancia.

El barrio de los indios cerca de la ciudad pereció casi por completo por la peste, quedando algunos sin abrigo, al aire libre; por lo tanto mandó recogerlos en nuestra casa y cuidar y curarlos con la caridad que se acostumbra. Todos nuestros sacerdotes pasaron muchas noches sin dormir, acudiendo a los enfermos a todas partes, auxiliándolos. No se detuvieron en casa, sino salieron por la vecindad, hasta los valles apartados y los montes, preparando con los sacramentos de la iglesia a muchos para el viaje a la eternidad.

[f. 13v] Sucedió con tal ocasión, que uno de los padres había acabado de confesar a una india moribunda. Quiso marcharse a otro enfermo, cuando por casualidad tocó la frazada harapienta de la india, oyendo un vagido. Preguntó qué significaba esto y encontró una criatura medio muerta, tocada por la peste en consecuencia de la leche inficionada de la madre, siendo ella tan dejada que ni siquiera había avisado de esto al padre, poniendo en peligro la eterna salvación de su criatura recién nacida, por no haber sido bautizada. Inmediatamente bautizó el padre a la criatura, muriendo ella luego, salvándose así por especial Providencia de Dios.

Cierto día salió un cuervo manso de nuestra casa a la estancia de un español, para ocasionar la conversión de una mala mujer. Esta era una negra y no había cumplido por la Pascua. Muy dura en sus vicios, hasta se burlaba de los demás, cuando la aconsejaban. A distancia de más de tres leguas, en nuestra estancia había un indio, el cual criaba al cuervo manso, el cual no hacía daño a nadie, y no se apartaba del rancho del indio. De repente vuela y se dirige a la casería, donde estaba aquella infeliz mujer, y no haciendo caso de los demás, asalta a la mujer con sus garras y a picazos, quedando todos admirados, y saliendo uno por uno de la casa.

Descansa un rato el cuervo, y quiso salir también aquella mujer, cuando comenzó a graznar el cuervo, y asaltarla de nuevo para desgarrarla.

Este extraño acontecimiento hizo pensar a la mujer; y resolvió a confesarse con uno de nuestros padres; que había pasado por allá. Lo curiosos del caso era que, habiendo cumplido el cuervo con su oficio de policía de la divina justicia, voló a su antigua casa.

Omito otros muchos casos para ser breve. Sólo quisiera añadir que por nuestro empeño sucedió que esta peste, tan fatal para la salud corporal, ha sido al fin y al cabo, muy provechosa para la salud de las almas, lo mismo que para el buen nombre de la Compañía. En general se puede decir, que todos los sujetos de este colegio son religiosos muy edificantes. Lo ha sido, en alto grado, el finado hermano

coadjutor Juan Alvares²⁰, el cual alcanzó 26 años de edad, y 10 de la Compañía. Había nacido en la diócesis de Oporto de Portugal, y fue admitido a la Compañía en la misma nave, al volver el padre Procurador a Roma, Francisco Diaz Taño²¹, de Portugal acá. Ya en el noviciado se vio que el Hermano era como hecho adrede para la Compañía, siendo él siempre alegre, muy modesto y obediente, muy servicial, muy sacrificado y mortificado, siempre inclinado a los oficios más bajos y humildes, muy áspero consigo mismo, haciendo penitencias que superaban sus fuerzas, muy querido por los de la casa y los de afuera, sacando a risa, cuando un comerciante le había engañado. No se le veía nunca alterado o impaciente, ni por los frecuentes huéspedes, ni por las importunidades de los nuestros. Pues el colegio de Santiago del Estero, donde servía de cocinero, despensero y subministro es muy frecuentado, por pasar por allí el camino a varios colegios de esta Provincia y al Perú.

Hasta en su última enfermedad no tenía pretensiones y gozaba de la pobreza y del abandono, no queriendo ninguna excepción para sí, y haciéndose útil todavía, relegado a la enfermería. Quebrantado ya de fuerzas, obedeció al ser llamado a Córdoba, siendo su último sacrificio el abandonar por mandado sus acostumbradas mortificaciones. Se arrastró todavía dos años, consumiéndose por la tisis. En este tiempo se promulgó el decreto de la octava Congregación General, y el rescripto de nuestro padre General Vicente Carrafa, de santa memoria, el cual prohibió el uso del bonete clerical a los hermanos

²⁰ Juan Alvares nació en 1623 en Oporto, Portugal. Ingresó a la Compañía de Jesús el 11.III.1640 en Paraguay. Llegó a Buenos Aires el 28.XI.1640 y falleció en Córdoba, Argentina, el 16.IX.1649.

²¹ El padre Francisco Díaz Taño, era originario de las Palmas, Islas Canarias. Ingresó en la Compañía de Jesús en Andalucía en 1614, y llegó a Buenos Aires en 1622. En 1629 hizo su profesión solemne mientras se desempeñaba en las Misiones, de las cuales se desempeñó como Superior entre 1646-1649 y 1656-1658. Fue enviado a Europa como Procurador entre 1637-1640 y 1658-1663. Fue secretario del padre Provincial durante el bienio 1640-1641 y rector del colegio de Buenos Aires entre 1642 y 1646. Se desempeñó además como Rector del colegio de Córdoba durante 1668 y 1669, ciudad donde falleció en 1667.

coadjutores, y al instante lo dejó, aunque no le tocaba todavía esta disposición. Por lo demás, era muy respetuoso para con los sacerdotes, callándose en su presencia. Durante su larga enfermedad no quiso ser molesto a nadie. Era muy recogido en Dios, siendo muy piadoso, cuando sanó y muy conforme con la voluntad de Dios, cuando enfermó.

Pocos días antes de expirar hizo una confesión general de toda su vida, pudiendo admirar su padre espiritual su inocencia a la manera de San Juan, y su extremada delicadeza de conciencia. Recibido el santo viático y la extremaunción, entró en agonía y murió el 18 de septiembre de 1649.

Dos años después se fue a la eternidad en el mismo colegio el padre Francisco Vásquez Trujillo, natural del presidio Julio, llamado vulgarmente Trujillo, en España. Lo guardó la Divina Providencia para cosas mayores, cuando él tenía solo 3 años de edad, pues había caído al río y fue llevado por la corriente, sin que se ahogara. Después de un rato salió él sólo, riéndose a la orilla.

A la edad de doce años fue llevado al Perú, para que allí estudiara la carrera eclesiástica, a ejemplo de otros parientes suyos. Fue admitido al Real Colegio de San Martín, donde se distinguió en virtud y letras, por lo cual no hubo dificultad para que el padre Provincial Juan [f. 14] Atienza²² despachara favorable su solicitud de ser admitido a la Compañía. Por supuesto, hubo gran alboroto de parte de sus parientes, no haciendo caso de ellos y de sus esperanzas mundanas nuestro Francisco. Ya en el noviciado se pudo pronosticar la altura de virtud que alcanzó en su avanzada edad de 80 años. Siguió después su formación literaria, defendiendo las tesis de Filosofía y Teología en un Acto Público, bajo la presidencia del padre Menachio. Enseñando después Filosofía, fue enviado por los superiores al Reino de Chile, donde quedó 14 años con los oficios de ministro y rector del colegio de Chile. Hizo allí su profesión, y fue destinado por el padre General al cargo de Socio del Provincial. Mientras tanto predicaba incansablemente, y oía en confesión a los penitentes.

²² Juan de Atienza fue Provincial del Perú entre 1585 y 1592

Fue después Rector de este colegio [de Córdoba], y después otra vez Socio, Rector del colegio de Buenos Aires, y fue elegido en la Congregación Provincial Procurador a Roma. Allí fue recibido en audiencia muy benignamente por el Sumo Pontífice Gregorio XV²³, con que ocasión el Papa alabó a esta Provincia con las siguientes palabras: Vosotros sois la gloria de toda la Compañía. Contestó el padre: Más bien de toda la Iglesia, Beatísimo padre. Dijo el Santo Padre: Así es.

Volvió a la Provincia, acompañado por una gran expedición de nuevos misioneros, y en adelante, casi hasta el fin de su vida, siempre tuvo cargos de gobierno, con gran contento de todos, especialmente en el tiempo de su Provincialato.

Ya por 40 años enteros había sido superior, cuando al fin consiguió por sus ruegos ser librado de todo cargo. Durante todo el tiempo, en que gobernaba a otros, fue siempre adelante, enseñando la virtud por su ejemplo.

A la edad de 80 años le abandonaron las fuerzas; para ejercer los sagrados ministerios, pero no para ejercer buenas obras, preparándose un año entero a bien morir deseando con toda su alma, irse pronto al cielo. Recibidos los santos sacramentos, murió el 24 de Agosto del año pasado (1651).

Expiró como para dormir, quedando su rostro como reluciente de hermosura. Asistió a sus funerales el Ilustrísimo Señor Obispo, todas las comunidades religiosas, y todo lo más granado de la sociedad, juntamente con la autoridad civil, glorificándolo, de este modo, Dios ya en este mundo, reservándole más para la eternidad.

Era un perfecto religioso, y desde su mocedad de una grande prudencia y singular modestia, la cual le preservó en la inocencia bautismal, añadiendo él grandes austeridades corporales, siguiendo esta práctica hasta avanzada edad. Era tan amante de la santa pobreza,

²³ Gregorio XV fue nombrado Romano Pontífice entre los años 1590 y 1591. Su nombre era Niccolò Sfondrati, nació en Somma Lombardo. Nació en Italia, el 11.II.1535 y falleció en Roma el 16.X.1591.

que saliendo de su cargo de Provincial a Rector, o Procurador a Roma, no quedaba nunca con cosa para sí, ni con reliquias, estampas, libros, ni otra cosa de curiosidad o valor. La obediencia que exigió como superior con perfección, la practicó perfectísimamente como súbdito. Era al fin, lleno de caridad para con Dios y el prójimo, sacándola de sus prácticas de piedad. Muriendo nos dejó con gran sentimiento y gran edificación.

El colegio de Buenos Aires

Es muy inferior en número de sujetos este colegio al de Córdoba, viviendo aquí solo 6 sacerdotes y 3 hermanos coadjutores. Pero no es inferior el celo de esta comunidad, en promover el culto divino y en adelantar al prójimo en la piedad.

Florecen las cofradías de indios y morenos, y mucho más todavía la Congregación Mariana de los españoles. La persigue el gobernador, muy hostil a la Compañía, pero sin sacar nada, aumentándose al contrario y dedicándose al culto de la Santísima Virgen lo principal de la nobleza, turnando ellos por semanas en nuestro templo y no obstante la rabia de aquel, recibiendo los sacramentos con frecuencia. Y se ve patente el buen resultado, y la singular protección de Dios en los peligros. Voy a referir un doble caso de la misericordia de Dios con unos pecadores obstinados. Había un individuo muy lascivo, el cual por miedo y vergüenza, dejó en la confesión lo más importante; y esto ya por muchos años. Asistiendo un día al sermón de uno de nuestros padres, comenzó a arrepentirse de veras y se echó a los pies del sacerdote para hacer una confesión general. Se levantó trocado en buen cristiano, muy penitente, apartado de la impureza y muy devoto de la Santísima Virgen.

Otro había, que ya por 40 años se había confesado sacrílegamente, viviendo siempre deshonestamente, sin confesarlo. Movido por los sermones de los nuestros, se dejó de su licencia de vivir, y al fin se confesó bien de su mal de 48 años, recobrando la salud de su alma.

La peste que despobló a tantas ciudades, aquí no [f. 14v] se dejó esperar, con variados caracteres, el año pasado, arrebatando la vida a más de mil almas, en especial de negros, más numerosos aquí que en otras partes, ya que aquí es el puerto, donde anclan las naves, llegadas de Angola y Congo, llenas de estos pobres miserables. Es muy penoso el trabajo del prefecto de la cofradía de negros, en especial por tener que investigar, si son validamente bautizados los esclavos vendidos a pública subasta. Este año, por la peste que invadió a los recién llegados, tuvieron que ayudarle todos los padres de la casa, ya que los atacados sucumbían en el espacio de 8 horas. Hubo una cosecha de almas que correspondía al trabajo, quedando toda la ciudad admirada, al ver, como estos pocos padres incansablemente acudían a todas partes, sin hacer caso del peligro, moviéndose entre muertos y moribundos, trabajando en lugar de muchos.

Sintieron únicamente los padres que, mientras ellos estaban ocupados aquí, perecían sin remedio los indios Pampas, esparcidos por el campo, gente indómita, feroz, sin ley ni Rey y muy adversos a la religión cristiana. Obstinados en su idolatría y en sus vicios, casi todos se arruinaron en cuerpo y alma.

Fuera de estos ya mencionados ministerios de la Compañía, hay en este colegio lecciones de gramática para los niños, de los cuales 4 de los mejores en virtud y letras, pudieron ser admitidos por mí a la Compañía.

Fue admitido a la compañía de los ángeles, como esperamos el hermano coadjutor de este colegio, Bernardo Rodríguez²⁴, anciano de 80 años, natural de Baeza, entrado a la Compañía a la edad de 20 años, siendo su maestro de novicios el célebre padre Alonso Rodríguez²⁵, adelantando mucho el hermano bajo tan feliz dirección.

²⁴ Bernardo Rodríguez nació en Baeza, Jaén, España el 8.12.1573 e ingresó a la Compañía el 25.VIII.1592. Realizó sus votos en Lima, Perú, el 19.IX.1604. Llegó a San Salvador de Jujuy, Argentina, el 29.XI.1607 y falleció el 12.I.1650.

²⁵ El padre Alonso Rodríguez era natural del Zamora, España. Nació el 10.III.1599 e ingresó a la Compañía de Jesús en Castilla el 25.III.1614. Llegó a Buenos Aires el 15.II.1617. Murió como mártir en Caaró, hoy Río Grande do Sul, el 15.XI.1628.

Pidió con mucha instancia y por varios años, ser enviado a las Indias, y lo logró al fin, viviendo aquí unos 50 años, después de haber estado poco tiempo en el Perú. Era muchas veces compañero del Padre Provincial, y acompañó una vez al padre Procurador a Roma, detenido algún tiempo por enfermedad en España. Era un hombre muy laborioso, abnegado, siempre de buen humor, aunque sobrecargado de trabajo, y entre mil adversidades, ya que tuvo que acompañar al fundador mismo de esta Provincia. Era muy industrioso en aliviar la pobreza de los colegios, y procurar el sustento a los hambrientos hijos de la Compañía. Siempre paciente, supo inspirar paciencia a los demás. Era muy observante de nuestro Instituto, y tuvo habilidad extraordinaria en inspirar el espíritu de la Compañía a los que no lo tenían. Era buen administrador y mejor religioso. Nunca se le pudo ver ocioso y cuando, por su avanzada edad y sus enfermedades, no tenían ya fuerzas para el trabajo, se hacía todavía útil dentro las paredes de la casa, y acompañaba a los padres que eran llamados afuera a confesión. El tiempo que le sobraba, lo ocupaba con continuas oraciones. Allí sacó aquella humildad que lo distinguía entre los demás. En el tiempo en que tuvo que acompañar a los Provinciales, nunca se atrevió a comer juntamente con ellos. Ocupados los Provinciales con la visita del respectivo colegio, él se ocupó con pedir del superior los trabajos más humildes de la casa y de fuera. Oyendo del decreto que privaba a los hermanos del bonete clerical, aunque no comprendido en él, al instante lo dejó, sirviéndose en adelante sólo de la gorra.

Guardó intacta su pureza virginal, y pudo atestiguar, poco antes de morir, que era así, aunque repetidas veces fue tentado en este punto, y siendo además sano y robusto.

Sucedía a veces que se enojaba y que contestaba de un modo meno conveniente a un religioso; pero luego se postró a los pies del ofendido, pidiendo perdón hiriendo a sus propias mejillas con la mano.

Era muy amante de la pobreza, no teniendo en su poder nada de superfluo o curioso, y era tan obediente que cumplía los meros deseos del superior.

Era muy devoto del Ángel Custodio, y de la Reina de los Ángeles, y así lleno de virtud y méritos voló al cielo el 12 de Enero de 1650.

El colegio de Santa Fe, y los demás colegios de la Provincia

En la ciudad de Santa Fe era la peste más devastadora que en ninguna otra parte, hasta contra los españoles, acabando con los indios y morenos. Estalló un verdadero pánico, así que abandonó uno al otro, hasta los parientes. Y sucedió lo inaudito, que muriéndose en cierto convento uno que otro sacerdote en consecuencia del contagio, se cantó, la misa, pero no se encontró a nadie, ni en el convento que se atreviera a sacar los cadáveres, para sepultarlos. Entonces se fue allá, con admiración de todos, uno de nuestros padres, y enterró a los muertos.

Al mismo tiempo sufrieron muchos de hambre, a los cuales socorrieron también nuestros padres con mucha generosidad [f. 15] ejerciendo incansablemente con todos los ministerios acostumbrados de la Compañía. Alcanzaron felizmente establecer la mutua concordia entre la autoridad civil y eclesiástica, hasta ahora perturbada. Había allí cierta prevención contra la Compañía, en consecuencia del odio que sembraba en todas partes contra nosotros el obispo del Paraguay... pero pronto se trocó en afecto.

Que no eran tan inútiles los trabajos de los nuestros, prueban las más de 200 confesiones generales que oyeron en casa. Salieron también los padres a las aldeas y estancias. Con esta ocasión encontraron una india de 90 años de edad, ya moribunda, pidiendo ella ser bautizada. Había pasado por cristiana, pero después de examinada resultó que no lo era. Fue bautizada, y al instante como por señal, murió.

Viven en este colegio 4 sacerdotes y dos hermanos coadjutores.

En el colegio de la Rioja existe el mismo número de sujetos: 5 sacerdotes y un solo hermano coadjutor.

En el de Salta, el mismo número de sacerdotes, pero 3 hermanos coadjutores.

En el de Tucumán: seis sacerdotes, y 5 hermanos.

En el de Santiago del Estero hubo temporalmente dos hermanos coadjutores, que sólo están allí de paso, para concluir la casa y levantar la iglesia; la cual se pudo consagrar el año pasado, trasladándose el Santísimo de la antigua a la nueva iglesia, asistiendo a esta solemnidad toda la ciudad con gran entusiasmo, de tal grado que los viejos afirman que nunca antes se había visto fiesta tan grandiosa en esta provincia.

Todos los años salen de este colegio y él de Tucumán dos sacerdotes de la Compañía a las ciudades de Esteco y de Jujuy, la primera 60 leguas de Salta, la otra menos para misionar durante la Cuaresma. Lo mismo hacen otros dos de las reducciones del Paraná, que suelen irse en este tiempo a Corrientes, ciudad de San Juan de Vera.

En todos estos colegios hubo casos interesantes, floreciendo la piedad, y ejerciéndose los mismos ministerios con indios y morenos, que se estilan en Córdoba. Para ser breve, contaré sólo tres sucesos que revelan la longanimidad de Dios con la malicia humana, para que así se glorifique a Dios, y se vea lo que trabajan los nuestros.

Hubo un hombre muy perdido, el cual incestuosamente persiguió a su hija, tratándola como concubina por 12 años enteros, teniendo hijos con ella. Añadió a estos crímenes otras horrendas más, confesándose sacrílegamente. La mala conciencia le llevó hasta la desesperación, dejándose de confesar. Acudía, sin embargo a la iglesia, oyendo un día a uno de nuestros padres hablando fuerte contra los sacrílegos. Se horrorizó de lo que estaba oyendo, y no pudo aguantar más. Apenas concluido el sermón, se echó a los pies del sacerdote y vomitó el veneno de su alma, resolviéndose a apartarse de la ocasión.

Tales crímenes duelen a los oídos de los cristianos, pero intolerables son los de cierta mujer desenfadada y sinvergüenza, la cual vivía incestuosamente con parientes, sintiéndose 8 veces

embarazada en el espacio de 20 años; pero abortando cada vez intencionalmente y haciéndose asesina de cuerpo y alma de sus hijos, que ni siquiera alcanzaron el bautismo para irse al cielo. Iba de mal en peor, comenzando a cometer bestialidades. Más todavía: iba a confesar, pero callaba todo esto: y esta vida execrable duró 50 años, quedando ella como embrutecida y sin ningún remordimiento de conciencia, ni al ser aconsejada, ni en tiempo de la peste. Sin embargo, la infinita misericordia de Dios no la había abandonado, llevándola a un sermón de uno de nuestros padres, el cual trataba de los vicios de la lujuria, haciendo sin embargo ánimo a los pecadores, para que confíen en la bondad de Dios. Esta plática era como aquel bastón de Moisés, el cual sacó con su golpe agua de la peña. Lloró la mujer sus pecados, e hizo una confesión general, viviendo ella como una austera penitente.

Grandes por cierto, han sido estas maravillas de la misericordia de Dios; pero lo que voy a contar a ahora, excede los dos casos precedentes.

Hubo una mujer, la cual comenzó a flaquear en la virtud, y en este trance se le presentó el demonio en forma de un buen mozo, vestido con ropa de seda recamada en oro, comenzando a hablar con ella insidiosamente e infiltrándole apatía contra las prácticas religiosas. Conseguido esto, por de pronto se insinuó más en su amistad. Se dio cuenta la mujer de esta traza del demonio, sin que pudiese resolverse a despacharle; trabando con él un inicuo comercio amoroso por espacio de 15 años, y no atreviéndose a apartarse de él, por las amenazas de aquel. Así vivía ella, completamente apartada de Dios y las prácticas religiosas, aunque Dios no se apartaba de ella, despertándole a veces la conciencia. Pero el demonio, hasta con fantasmas impedía que se acercase a la iglesia de la Compañía. No obstante de esto, un día entró y se confesó, dispuesta a sobrellevar la venganza de aquel enemigo. Y en realidad, comenzó ahora el tormento de su cuerpo. Eran ineficaces todas las medicinas, hasta que se le ocurrió, por disposición de Dios, colgar en su cuello una medalla con la efigie de nuestro santo Padre Ignacio. Por esto quedo como estrangulado el demonio, y en adelante ya no molestó a la mujer penitente.

[f. 15v]

El Colegio del Paraguay o la Asunción y las persecuciones de la Provincia

Viven ahora en el colegio de la Asunción siete sacerdotes y cinco hermanos coadjutores, ocupados todos en restaurar lo destruido en él, por dentro y por fuera, reorganizando el estado temporal y fomentando la vida espiritual. Pues, ya cesó el furor de la tempestad, provocada por el obispo, habiendo este salido de allí. De él venían las olas, y él intentaba los naufragios. Todavía quedan sus secuaces, los cuales no se han sosegado aún; y tampoco no se pudieron resarcir tan pronto los daños de nuestra expulsión, las demoliciones del colegio medio quemado, la ruina de los bienes temporales y los desperfectos del templo. Ya se han referido los odios de los paraguayos, inspirados por el supuesto obispo, don fray Bernardino de Cárdenas, y lo que habían perpetrado contra nosotros sacrílegamente, despojándonos de todo, a insinuación de él, y bajo su dirección, como si fuésemos proscritos y traidores de la majestad Real y Divina; asaltando y escalando nuestro colegio, echando y arrastrando fuera a los padres, pisoteando e hiriéndolos, quitándoles la ropa del cuerpo, saqueando absolutamente todo, sacando sillas y bancas, destinadas para las confesiones y sermones, llevándose hasta los mismos altares, destinados al divino culto. Lo que hicieron antiguamente los verdugos de Cristo, así ellos repartieron entre sí nuestras vestiduras, dándolas a las prostitutas como recompensa del pecado.

Otras muchas barbaridades hubo, resistiéndose la pluma a referir todas; y repugna recordarlas: Las horrendas calumnias levantadas a la Compañía, las herejías atribuidas a ella, (de la cual esta Provincia se quejó en Roma, ya hace años a esta parte); los innumerables libelos difamantes, y la conjura contra nosotros de las ordenes religiosas de Santo Domingo, San Francisco y al fin hasta la de la Merced; además de todas las clases sociales, los plebeyos, los nobles, los eclesiásticos y seculares, los dignatarios y los retirados de

sus oficios. Todo esto no hay que repetir, y basta mencionarlo.

Fue elegido, al fin, un hombre muy noble en la Asunción, y muy adicto a la Compañía, don Sebastián de León y Zárate²⁶, por la Audiencia Real de La Plata, confirmado después por el Virrey del Perú, para ser gobernador del Paraguay, resistiéndole al principio un tanto el obispo, el cual se había arrogado el cargo de gobernador. Pero le salió mal a este último, siendo vencido en un breve combate contra el ejército de 600 indios y 400 españoles, muriéndose en la batalla 18 españoles y algunos indios. Reconocido (León y Zárate) de gobernador, usó de gran moderación, obligando al obispo a obedecer a las reales órdenes, y presentarse al tribunal de La Plata. Allí mismo [en la Asunción], después de los trámites acostumbrados, nuestro juez conservador dictó sentencia, de que se debía restablecer la Compañía en el Paraguay, restituir sus bienes en lo posible, asistiendo como testigos a aquel juicio los apoderados enviados por los Superiores de la Compañía.

Conseguido todo esto, envió [el gobernador] al encuentro [de los jesuitas] los caballeros más distinguidos, bajando él mismo a la playa del río para recibirlos en presencia de toda la ciudad.

Vueltos de este modo los padres, se echó de rodillas delante de ellos y con lágrimas en lo ojos les pidió perdón en nombre de la ciudad, quedando siempre al lado de los repatriados. Asistieron a este acto de desagravio los alcaldes, el cabildo seglar y eclesiástico del Paraguay y mucha gente de toda clase. Fueron entonces llevados los padres en procesión a la catedral, y desde allí del mismo modo al colegio medio arruinado, aunque se había trabajado, cuanto permitía la brevedad del tiempo, para hacerlo habitable, como lo había ordenado el gobernador, dirigiendo él mismo en persona los trabajos. Allí restituyó el gobernador con vos alta, y en nombre del Rey a la Compañía, no sin recordar la pasada ingratitud de la patria, y su rebeldía contra ambas majestades, en despojar a hombres tan beneméritos de la ciudad.

²⁶ Sebastián León y Zárate fue nombrado por el virrey del Perú gobernador interino entre los años 1649 y 1650. Asumió el cargo en Asunción el 1.X.1649.

Se deshacía, este buen hombre, en diligencias para recuperar los bienes desparramados del colegio y en aumentar el aprecio de la Compañía; y en realidad alcanzó mucho en poco tiempo.

¡He aquí!, cuando apenas cumplido un año de gobernación, le reemplaza don Andrés Garabito de León, oidor de la Real Audiencia de La Plata, visitador real de estas provincias, el cual había conseguido del Virrey el nombramiento de gobernador de la Asunción. Dejó luego el mando Sebastián de León y Zárate, con todos sus grandes dotes de gobierno, y digno de ser ministro de su majestad católica aún en reinos más vastos, como lo probó su actividad feliz de un solo año, su desprendimiento, sus múltiples empresas en servicio de las majestades divina y humana: El sólo redujo al obstinado obispo a acatar las órdenes reales, lo que en vano había intentado cinco veces la Real Audiencia, y lo que ya parecía imposible, habiendo el obispo rebelde pervertido el criterio de todos. [f. 16] Restableció a la Compañía, recuperó los bienes de ella en gran parte, restauró parte del colegio, la estancia, la iglesia y, lo que era lo principal, estaba preocupado en restablecer el buen nombre de la Compañía, proscribiendo por público decreto los libelos difamatorios contra nosotros.

Con gran liberalidad hizo restaurar la catedral y al ruinoso templo y convento de la Merced. Con gran indulgencia no hizo caso de las maquinaciones de sus enemigos, pagando la obstinación de ellos con amor y no con la misma moneda.

Hizo al fin una expedición militar contra los bárbaros, los cuales poco antes habían asaltado una aldea española. Los venció, y si su mando hubiera durado algo más, se habría pacificado todo sin mayor ruido y sin rastro de lo pasado.

Pero son insondables los juicios de Dios. Pues, el visitador Real, recibido por nosotros con cariño, desde un principio se nos mostró hostil; sin que se pudiese saber el porqué. A Sebastián de León, cuya inocencia era demasiado evidente, no pudo recriminar de nada; sin embargo le perjudicó en lo posible.

El padre Procurador a España y Roma, padre Simón de

Ojeda²⁷, contará los pormenores. Lo poco que yo he referido, es la expresión breve del aprecio y de la gratitud para con un caballero muy distinguido y sumamente adicto a nosotros.

Mientras tanto que el obispo, obligado por órdenes superiores, se alejaba de la Asunción, intentó quedarse otra vez en la ciudad de Corrientes, como lo había verificado ya una vez en tiempos pasados, morando allí como en una fortaleza; pero los ministros reales no se lo permitieron. Por lo cual, él, estando en diócesis ajena, y no siendo aquellos sus súbditos, los excomulgó con público decreto, donde enumeró también a muchos de nuestros padres como incurridos en censura, y a algunos caballeros distinguidos, añadiendo a estos castigados al actual juez conservador de la Compañía, que era el padre provincial de la Merced, y su secretario, y al fin, al gobernador del Paraguay, Sebastián de León y Zárate, al cual injurió llamándole sospechoso de traición hecha al Rey y hombre lleno de toda clase de vicios. Le contestó por correo al Teniente gobernador de Corrientes²⁸, hombre muy erudito en derecho y en el arte militar, enérgico y prudente a la vez, y logró intimidar al obispo rebelde, siendo leída esta su carta y admirada también en la Real Audiencia.

Aquel, [Cárdenas] empero, no mejoró en nada y siguió adelante llenando todo con sus mentiras. Llegado a Santa Fe, alborotó toda la ciudad con su acostumbrada habilidad para eso, alienando los ánimos de casi todo el mundo contra nosotros, tratándose ya allí de la expulsión de la Compañía y del incendio del colegio.

Además, ya mucho antes había logrado atraerse, por medio de sus artificios, la amistad del obispo de Buenos Aires, que era fraile

²⁷ Simón Ojeda de era oriundo de Montilla de Palancar, Cuenca, España e ingresó en la Compañía de Jesús en Castilla el 28.III.1609. Llegó a Buenos Aires el 1.V.1610 y realizó su cuarto voto en 1622 en Córdoba, Argentina. Ocupó entre 1643 y 1649 el cargo de padre provincial en Chile y, posteriormente, entre los años 1651 y 1658 fue designado procurador en Europa de la del Paraguay. Al finalizar este cargo, fue nombrado inmediately provincial de dicha provincia hasta 1663. Falleció en la ciudad cordobesa del Río de la Plata el 22.IX.1673.

²⁸ La tenencia de gobierno en aquel año en Corrientes era ocupada por Juan de Vargas Machuca.

dominico²⁹, y nunca había sido adicto a nosotros, por ser preocupado de nuestro Instituto, especialmente criticando los votos simples de algunos nuestros, no obstante de la severa prohibición por parte de Gregorio XIII³⁰ de tal maledicencia, eludiendo temerariamente esta prohibición alegando que al Romano Pontífice no podía limitar la facultad episcopal de dispensar de los votos simples.

Apenas supo que el obispo de la Asunción había sido obligado a obedecer al Real mandato, y que pasaba ya por aquella ciudad (de Santa Fe), excomulgado por sentencia del juez conservador, sentencia reconocida por ambos derechos y por privilegio pontificio, siendo pública y notoria la justicia de esta sentencia, ya prevenido por el [obispo Cárdenas] de muchas enormidades que nos atribuyó y de los crímenes [supuestos] del juez, se olvidó de su dignidad episcopal, se enfureció y dio todas sus facultades al excomulgado, como si fuera más que el mismo Papa, declarando por decreto como nulas las censuras, desautorizando bajo severísimas penas la sentencia del juez, desacatándola y ridiculizándola por el mismo título de un famoso libelo suyo y prohibiendo su divulgación. Habló en público y privado tales cosas de nosotros, y con tal apasionamiento, que hizo flaquear los ánimos menos firmes en favorecer a nosotros y temblar a los más afectos.

Llamó en especial la atención, que él, que hasta ahora había vivido en gran discordia con el gobernador, ahora se hizo amigo con él para conspirar contra la Compañía, a la cual aborrecía con toda su alma, convencido de que ella era hostil a todas las leyes humanas y divinas. Y al recibir las cartas del obispo de la Asunción, se enojó en tal grado, que más de una vez se le oyó decir públicamente que no descansaría hasta derribar por completo el colegio [de la Compañía]. Omito las muchas injurias que tuvo que tragar la Compañía en aquel entonces; cómo ha sido difamada y calumniada, cómo se nos alejó la gente, por las amenazas y maltratos, para que no [f.16v] se acercasen

²⁹ Refiere a fray Cristóbal de la Mancha y Velasco.

³⁰ El papa Gregorio XIII, cuyo nombre originario era Ugo Buoncompagni, ocupó la silla apostólica entre los años 1572 y 1585. Nació el 7.II.1502 en Bolonia, Italia

a nosotros; habiendo el caso que se castigó con multa a dos canónicos sólo por haber asistido a los funerales de nuestro hermano Bernardo Rodríguez.

Algunos casos apenas me atrevo referir. Uno de nuestros padres estaba confesando fuera de casa a un enfermo. Lo acompañó el hermano Juan de Doblás³¹ natural de Lucena, y de la Provincia Bética de Andalucía. Pues, se le ocurrió a alguien, o por ignorancia o por malicia, insinuar al gobernador que el hermano era portugués. Se alborotó este, y con sacrílega mano tomó preso al pobre que no sabía de que se trataba, gritando: lo presentó a los ministros reales, y lo llevó a la fortaleza, con escolta de soldados; no haciendo caso de la injuria cometida contra un religioso, compañero de un sacerdote, y contra toda la Compañía, y sobre todo contra la Iglesia y contra Dios. Le sometió luego a un interrogatorio, [del cual resultó la inocencia del hermano] y se vio obligado a soltarlo. Al volver este al colegio, el padre rector no se atrevió a recibirlo, hasta que se había constatado el atentado sacrílego.

Recién proclamado yo provincial, estando en aquel colegio, logré reconciliar al obispo con la Compañía, cantando él una especie de palinodia pública, alabando él mucho desde el púlpito a la Compañía, no atreviéndose, sin embargo, a vindicarla de aquella patente injuria. Sabiendo esto la Real Audiencia mandó al obispo proceder con censuras eclesiásticas contra la desenfrenada y sacrílega licencia del gobernador y proteger la fama de la Compañía. Algo es algo; pero había pasado ya demasiado tiempo; pues, mientras tanto, seguramente por instigación del demonio, tan hostil a la Compañía, aquel hombre [el gobernador] le quiso robar el resto de la buena fama pintando como sospechosa nuestra fidelidad [o lealtad] hacia el Rey, siendo su proceder una mayor infidelidad para con Dios. Había anclado en aquel entonces, en el puerto de Buenos Aires una nave de carga enviada

³¹ Juan de Doblás nació en Lucerna, Córdoba, España, en 1605. Ingresó en la Compañía de Jesús el 30.XI.1625 en Andalucía. Llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628, realizando sus últimos votos el 31.VII.1648, en Córdoba, Argentina. Falleció en la misma ciudad el 3.XII.1682.

por Salvador Correa de Sa, desde la provincia de Angola, llena de esclavos negros, para reanudar el comercio que había solicitado el gobernador de Buenos Aires. Pero este se apoderó fraudulentamente de la nave, ya que temía para sí, por haber contratado con rebeldes a espaldas del Rey. Mandó poner a subasta la carga. Pensaba el padre rector en comprar algunos esclavos para su colegio y la demás provincia, de donde se le había ya encargado tal compra. Pues, fuese al gobernador, suplicándole que le vendiera un par de esclavos, los cuales habían sido educados en el colegio de Angola y le habían pedido este favor. Entonces se enfureció el gobernador diciendo: Han enviado a estos dos esclavos los padres portugueses, para que por su precio se haga una lámpara de plata y candeleros del mismo metal. Añadió: Los padres portugueses son traidores y rebeldes. Protestó el padre rector contra estas injurias, ya que no cualquier habitante de una provincia rebelde debe ser traidor y rebelde. Dijo el gobernador: ¿Por qué, entonces, se quedan ellos allí? Contestó el padre: No están obligados a abandonar su casa y su patria, en el caso de que el reino se sublevara contra su Rey, por instigación de algunos tiranos. De seguro, si el Rey mandara, que los padres portugueses se retiraran de allí, se retirarían todos. Añadió entonces el gobernador la vieja cantinela suya tantas veces repetida por él entre la gente para pegar a la Compañía la tacha de traición: que en la nave se había encontrado un paquete de correspondencia bastante grande dirigida al padre rector y otros jesuitas, juntamente con regalos de valor. Contestó el padre rector: Si se han enviado cartas, sepa V.E. que no son contestación de cartas mías porque nunca he dirigido una sola palabra al Portugal, ni a sus reinos y provincias. Tenga V.E. cuidado de no perder o destruir esta correspondencia; porque de otra manera todo el mundo tendría al gobernador por falseador, cuando no puede presentar las cartas. Lo que atañe a los regalos, no es esto nada más que lo que se ha hecho en esta ocasión también con otros religiosos, porque Salvador Correa de Sa había ordenado llevar presentes también a ellos. Como era público y notorio, y constaba en la solicitud repartida en la calle por la familia Seráfica. Además, que se vendiesen esclavos para

obtener recursos para objetos de culto, hechos de plata, convendría acordarse de que otras veces él mismo había dicho a un marino que lo habían encargado así los padres portugueses, con la convicción de todos, juntamente con el gobernador de Angola, de que se restablece el intercambio con el puerto de Buenos Aires, a lo cual había sido invitado por carta, como confesó el capitán del navío en la tortura.

Faltaron entonces las palabras al gobernador y se despidió el padre rector.

He contado todo esto más extensamente, porque, lleno de rabia, escribió el gobernador al virrey del Perú³², haciendo sospechoso al padre rector de Buenos Aires, por lo cual el virrey mandó remover al padre rector de su cargo, en nombre del Rey, no sin descrédito de él y de la Compañía delante los incautos. Esperaba yo algunos meses sin removerlo pero, para que todo esto no sea ocasión de nuevas calumnias, lo ejecuté, haciéndole Rector del noviciado de Córdoba. Estaba yo bajando de la Asunción, cuando se me entregó la orden del Virrey. A marcha forzada seguí viaje al Puerto de Buenos Aires, mandando por virtud de obediencia al rector, que me contara todo. Encontré al gobernador más hostil que nunca, amenazando ahora con matar a uno de nuestros sacerdotes, porque [f.17] al confesar a un moribundo, secretario del mismo gobernador, le había ordenado lo necesario para la salvación del moribundo. La consecuencia era que aquel, a consejo de un sacerdote pariente suyo declaró jurídicamente que había falsificado documentos por mandado del gobernador, y que había cometido otras injusticias y fechorías más.

Le contesté [al gobernador] que me concretase sus acusaciones, para que yo pudiera proceder contra los culpables de los nuestros. A esto no me contestó nada.

³² El virrey del Perú de entonces era García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra, fue el 16º virrey del Perú desde el 20.IX. 1648 al 24. II. 1655 fecha en el que fue reemplazado por Luis Enríquez de Guzmán, Conde de Alba de Liste (1655 – 1671). Véase Ernesto J. A. Maeder. *Nómina de Gobernantes civiles y eclesiásticos ...* p. 24.

Poco después salí de allí, y me vine acá [a Córdoba], quedando yo persuadido de que era la voluntad de Dios que los hijos de la Compañía, en este tiempo y en esta Provincia como sufriesen con paciencia calumnias.

Pero es tiempo que volvamos al obispo de la Asunción. Después del alboroto, suscitado en Santa Fe, llegó él acá y fue recibido solemnemente, no de otro modo, sino como si fuese el obispo de esta diócesis que hace su primera entrada. Fueron a su encuentro en masa gente de todas las clases sociales y con la Cruz adelante y en sobrepelliz, especialmente los frailes de la Orden Seráfica, le llevaron a la iglesia, no obstante las censuras, reservadas a la Sede Apostólica Romana; al instante subió al púlpito, y después de los saludos de estilo, vomitó su veneno contra la Compañía, sublevando los ánimos ya preocupados contra nosotros. Estaba ausente el obispo de esta diócesis y los oficiales de su curia no se atrevieron hacerse odiosos delante de casi toda la ciudad, sacando la cara por el derecho y por nuestra fama. Reprimió esta audacia la llegada del oidor de la Real Audiencia de La Plata, don Andrés Garabito de León, Visitador Real de estas provincias. Le visitó el obispo de la Asunción, y le rogó con mucha instancia, que permitiera acompañarle para volver a su ciudad y ocupar su sede como antes. Al oír que esto era imposible, sino que se debía obedecer al llamamiento de la Real Audiencia, contestó astuta y cautamente, que no había necesidad de mandar esto, sino tuviera la bondad de rogarle en nombre de la Audiencia. Lo hizo luego Garabito y el falseador al instante hizo correr el rumor de que le habían rogado volver al Paraguay, y que él se había negado a hacerlo, prefiriendo comparecer al llamado sin demora. Se maravilló el oído sobre esta astucia, y después de varias conferencias más le aconsejó dejarse de toda esperanza de volver. Añadió que había causado muy mala impresión la tiránica y violenta expulsión de los padres de la Compañía, y las especies que hizo correr para motivar su proceder: [como si él quería nada más que] los intereses del Rey y el castigo por supuestas herejías, ejecutando todo por fuerza sin procedimiento jurídico. Le echó en cara su atrevimiento de proclamarse gobernador y su

desobediencia obstinada a las órdenes de la Real Audiencia que le llamaba a comparecer delante su tribunal.

Entonces aquel, para disculparse de un modo, dijo que había procedido por propia iniciativa por haber estado convencido de la traición de los Padres, que habían hecho al Rey, pretendiendo ellos usurpar estas provincias para sí, haciendo alianza con los enemigos de nuestro Rey. Dijo mentirosamente que había encontrado las pruebas en nuestro Archivo de casa después de nuestra expulsión, siendo el título de uno de estos fascículos: Infidelidad contra la Real Audiencia; y de otro: Infidelidad contra el Virrey; de otro: Alianza con los enemigos; de otros, semejantes títulos. Y porque temían comprometerse por esto los padres, lo primero que hicieron, habiéndose metido de gobernador nuevo Sebastián de León y Zárate, fue recuperar estos fascículos.

Le causó risa al oidor esta evidente mentira y dijo: ¿Por qué, entonces, en el largo espacio de siete meses no ha enviado documentos tan importantes al virrey y al mismo Rey? ¿Por qué no hizo sacar copia? ¿Por qué al llegar el nuevo gobernador no los escondió en casa de un confidente?

No supo contestar a este interrogatorio, y viendo cerrada su vuelta, siéndole en lo demás favorable el oidor, salió de aquí a Santiago del Estero sembrando en todo el viaje odio contra la Compañía, tanto entre los españoles como entre los indios, a los cuales pretendió persuadir de que los hijos de la Compañía eran de fe sospechosa, herejes y cismáticos, dignos de todo odio. Los indios son una gente muy voluble y es fácil, arrastrarlos a cualquier cosa. Así comenzaron a tenernos desconfianza, y a esquivarnos. Ya no asistían a las pláticas y ya no se confesaban. Se vio en la necesidad el solícito señor obispo del Tucumán a protestar contra este modo de proceder por medio de una Carta Pastoral, que mandó promulgar en todas las iglesias de su diócesis bajo censuras eclesiásticas. En ella se refutaron las calumnias esparcidas contra la Compañía y se defendió la doctrina de los padres y la pureza de su fe y de sus costumbres. Se llamó la atención sobre el alboroto causado por el demonio, al cual hacía guerra encarnizada

la Compañía. Mandó, además, que se recogiesen y se le entregasen los libelos difamatorios, divulgados contra ella bajo censuras eclesiásticas porque están estos llenos de falsedades impías, declarando que incurriesen en las mismas penas los que se los hiciesen leer por otros y los que declamasen semejante barbaridad desde el púlpito de cualquier orden o dignidad que fueran.

Concluyó exhortando a todos a respetar a la Compañía y a ser dóciles a sus consejos, a creer su enseñanza, a seguir sus preceptos y a imitar sus costumbres.

No se contentó todavía el señor obispo del Tucumán, muy afecto a la Compañía, aunque con esto ya hubiera descargado su conciencia. Escribió, además, al obispo de Buenos Aires una carta muy laudatoria sobre nosotros, y con prudencia y erudición deshizo las calumnias inventadas por los malévolos de la Compañía, indignándose muchos contra ellos y presentando al obispo de la Asunción como reo de enormes mentiras contra la Compañía, contra él [el obispo de Tucumán] y otros caballeros distinguidos. Suplicó [al obispo de Buenos Aires] que cerrase sus oídos a los chismes y que no sufriese, [f. 17v] que alguien impunemente hostilizase varones tan apostólicos. [Dijo] que el obispo del Paraguay era un hablador que charla de muchas cosas mentirosas e indignas de la lengua y pluma de un obispo; que se tenía por santo, pero que su conducta no correspondía a esto; que levanta falsos testimonios a los inocentes; que [Cárdenas] está enojado con él porque se negó él [el obispo de Tucumán] a condenar con público decreto la sentencia del Juez Conservador apostólico de la Compañía, como lo había hecho el obispo [de Buenos Aires] al cual dirigía esta carta. De ninguna manera haría tal cosa, ni podía hacerlo; que él no condena lo que hacen otros, pero que se toma la libertad de afirmar que él no se atrevería a cometer pecado tan grande, ya que la facultad del Juez apostólico inmediatamente se deriva del Romano Pontífice, y si hubiera exceso en el ejercicio de esta potestad, entonces sólo el Romano Pontífice sería competente para juzgar de esto. Que se arreglen con su conciencia los que opinan poder proceder por su propia autoridad

contra tales Jueces. Que no se podía llamar expulso al obispo del Paraguay, el cual por mandato del Rey tenía que presentarse a la Real Audiencia de la Plata; tampoco no se le han secuestrado sus bienes, sólo por el hecho de que el Juez Conservador se sirvió de ellos para pagar, a lo menos en parte, las deudas que [Cárdenas] había contraído.

Aconseja, además, que no se dé lectura a los escritos de aquel sobre celebrar misa dos veces al día; porque contienen opiniones que serían condenadas por el Sagrado Tribunal de la Inquisición y por el mismo Romano Pontífice.

En caso que no se remediara este contagio [de perturbación], habría llegado el caso de convocar un Concilio provincial de los obispos.

Este, más o menos, ha sido el contenido de la carta, por la cual llamé a orden a aquel. Poco después fui nombrado Provincial y entonces alcancé, que aquel [obispo de Buenos Aires] públicamente en un sermón alabase a los padres de la Compañía, como ya he referido arriba, aunque nunca llegó a revocar o desaprobando los decretos suyos contra el Juez Conservador y su sentencia.

Pues, siendo recibido [Cárdenas] en Santiago del Estero al modo, como había sido recibido en Córdoba estando el obispo 20 leguas distante, consiguió el Señor Deán solamente, que no fuera conducido por la ciudad llevando la Cruz adelante y bajo palio. Dicen que celebró misas pontificales y algunas veces predicó, por supuesto, contra la Compañía. Sabiendo todo esto, inmediatamente volvió el obispo del Tucumán. Se echó a sus pies [Cárdenas], pero el obispo le hizo levantarse y le reprendió duramente por su insolencia de fingir sumisión corporalmente, siendo tan soberbio de espíritu. Comenzaron a debatir los dos, el uno defendiendo, el otro denigrando a la Compañía. En otra conferencia estalló el obispo de Paraguay en tan graves injurias contra el obispo de Tucumán que no se pueden repetir ni pensar por lo deshonesto de ellas.

Se marchó al fin y llegó a la Plata, donde nunca le permitieron celebrar de pontifical. Al descubrir que los oidores de la Plata eran

desafectos a la Compañía pidió con instancia que le dejasen volver a la Asunción, sin conseguirlo, ni tampoco que se anulase la sentencia del Juez Conservador, contestándole la Audiencia, que estas son atribuciones exclusivas del Pontífice Romano.

Lo único que consiguió de la Audiencia fue que se le asignase la renta que corresponde al obispado y que nombrase un Vicario general o administrador de la diócesis. No tuvo derecho la Audiencia para otorgar semejante poder; cuando el recién difunto arzobispo metropolitano había prohibido todo esto.

Mientras tanto se instaló el oidor don Andrés Garabito de León como gobernador del Paraguay y se apresuró a continuar la obra restauradora de Sebastián de León, aprobándola por palabra y escrito. En nombre del Rey derogó los decretos contra la Compañía, haciéndolos recoger y quemar en público. Declaró nulo todo que había dispuesto el obispo durante su gobernación ilegítima; restableció la Compañía en todos sus derechos, aprobando lo dispuesto en este sentido por Sebastián de León. Castigó con exilio a los más culpables de los habitantes por su furor contra la Compañía y por su rebeldía contra el Rey; y a otros castigó con multas: De seguro, una pequeña satisfacción en comparación con la enormidad de las injusticias.

Pero parece que aquellos infelices no se han escarmentado por esto, sino que conspiran para cometer mayores barbaridades, aunque el número de los desterrados es muy insignificante en comparación con el de los sacrílegos y rebeldes. Las multas eran tan pequeñas que apenas eran suficientes para pagar los costos judiciales.

La Compañía, con esta satisfacción incompleta, se calla y perdona. Actualmente ha invadido al Paraguay el contagio de la peste, buena ocasión para que los padres expongan su vida en el servicio de los apestados e imposibilitados con el fin de restablecerles la salud del cuerpo, a lo menos procurarle la salud del alma y la gloria eterna. Se hizo muy benemérito el oidor Garabito por su iniciativa en elegir por patrono de toda la ciudad a San Francisco Javier, decretándose la anual celebración de su fiesta. También informó al Rey sobre la inaudita temeridad del obispo y sobre la modestia de la inocentemente

perseguida Compañía, deshaciendo las calumnias y alabando su celo en la propagación de la fe. [f. 18] Puede sacar el Rey de este informe, que la Compañía corresponde aquí a una necesidad, y que conviene enviarle de España nuevos misioneros, ya que aquí en estas provincias entran muy pocos en ella; que la Compañía ha comprobado su competencia en la civilización de los indios y que es conforme a los intereses de su majestad y al culto Divino, recomendarla por Cédula Real, determinando en ella lo referente al servicio personal y al tributo que deben pagar los indios. Expresa, al fin, su propósito de visitar oficialmente los pueblos de los indios cristianos, para disponer allí mismo, a lo menos interinamente, lo que corresponde al servicio de ambas majestades.

Es de sentir que no ejecutó este propósito, aunque repetidas veces fue invitado, y una vez rogado jurídicamente para hacerlo, dirigiendo la Compañía una solicitud a él para que visitase a los pueblos, dándole todas las facultades, hasta a proceder contra los padres de allí y a retirarlos, si así juzgase conveniente hasta mayor aclaración de todo. Porque, sería muy importante que un señor de su autoridad fuese testigo ocular de la inculpabilidad de los padres y de su trabajo tan fructuoso.

2º Sería conforme esto a las repetidas órdenes dirigidas a los gobernadores por la Real Audiencia de la Plata, y del Virrey del Perú y por el mismo Rey.

3º El mismo se había comprometido a hacerlo y había pedido los antecedentes: las Reales Cédulas otorgadas a la Compañía para estudiarlos, y se lo había enviado.

4º Por los memoriales entregados en Madrid por nuestro Procurador General, había sabido su majestad, el Rey, los asuntos referentes al obispo del Paraguay y se había indignado de tanta audacia y aburrido de tantas mentiras había ordenado que se le informase de todo; y sólo el oidor Garabito sería capaz para esto y su presencia en los pueblos de indios les sería buena ocasión para demostrar su lealtad para con el Rey, como se deseaba.

Así urgió la Compañía, quedando él resuelto a no irse. ¿Cuál sería la causa? No es de mi competencia averiguarla, aunque haya que la alegan. Si en realidad hubiera allí los tesoros de que hablan, no faltarían quienes pronto marcharían allá. Se ha denunciado jurídicamente y hasta comprobado con perjurio repetido, y esto por caballeros distinguidos del Paraguay. Han sido convencidos de su perjurio en causa tan grave, y por esto el juez y oidor los sentenció y los desterró y quedó comprobada nuestra inculpabilidad y lealtad.

Se pregunta tal vez: ¿Es él afecto a la Compañía? Si se puede tener confianza en sus declaraciones, no es afecto si se miran los hechos, es desafecto, en especial después que hemos visto cómo no dejó piedra por mover, sirviéndose del poder Real y ofreciéndolo por su propia iniciativa para que se admitiese, como al fin se admitió, no obstante las protestas del cabildo eclesiástico, el vicario nombrado por un obispo incurrido en censuras, a gran injuria de Sumo Pontífice y de la Compañía.

Juzgué prudente, no decir nada y lo hice así, y mandé lo mismo a mis súbditos, para no excitar más su ánimo, y para que no manifestase su aversión por falsas informaciones dirigidas al Rey. Se enfurecieron, sin embargo, sobre manera varios frailes de diferentes órdenes religiosas, en especial de la Seráfica, atribuyendo a la Compañía toda clase de crímenes y atrocidades, todo lo más sórdido, sacrílego e impío, propalándolo con palabras y escritos, en prosa y en verso, pegándolos en las puertas de las iglesias, y en las esquinas de plaza y calles, y porque hubo algunas personas de calidad, desgraciadamente muy pocas, que protestaron contra tanta barbaridad sacrílega, excitaron de este modo también contra sí mismo el furor de aquellos religiosos indignos de los cuales uno llegó a componer un libro de mil versos contra la fama de la Compañía, censurando audaz e insolentemente también a los Reyes y príncipes, ciudades y repúblicas y al mismo Romano Pontífice, porque han dejado vivir una gente tan infame y perjudicial en sus reinos y en la universal iglesia. Dijo que los jesuitas son peores que los mismos heresiarcas y el mismo demonio. Todo lo que jamás profirió el tantas veces condenado Juan de Espino, todo extractaron aquellos, añadiendo otras barbaridades más.

Pero el que ganó a todos en furor contra la Compañía y en escribir barbaridades y locuras, a gran desgracia suya, fue un lego de la orden seráfica, el infeliz fray Gaspar de Artiaga. Entre otras muchas elucubraciones, escribió una obra entera contra la Compañía, de la cual podían sacar provecho los luteranos y calvinistas. Ya el título indica la médula de esta obra maestra. Traducido del castellano al latín dice: “Catholicum obstaculum impiis, publicisq injuriis quas contra Ecclesiam, et Reylem nostrum executi Societatis Jesu religiosi in Paraquaria...”³³

Este es el título del libro dedicado al gobernador del Tucumán y copiado en muchos ejemplares y propagado por este hombre inicuo. Está lleno de falsedades e injurias, llamándonos herejes y cismáticos, y en especial maquiavelistas, atribuyendo el autor sus propias faltas a otros.

No se arredró por ser llamado al orden por el obispo de Tucumán y por la santa Inquisición. Vino al fin un Padre Visitador seráfico para estas provincias [f. 18] el Procomisario general, muy reverendo padre fray Gabriel de Guillestegui³⁴. Dirigió a él una solicitud el obispo de Tucumán, para que remedie tanto desorden y que en especial mande comparecer a aquel lego insolente y sospechoso en cosas de fe, para que reciba la corrección y el castigo que merecía. Contestó el Visitador que había dado ya las órdenes del caso pero aquel quedó totalmente impune, porque por una patente del comisario general fue destinado a la provincia del Perú y para acompañar y asistir al obispo del Paraguay. Alegó en el rescripto la incuria del Provincial, el cual hizo bajar a aquel sujeto exaltado, y alabó a la

³³ La traducción es “Obstáculo católico para los impíos y públicas injurias que cometieron contra la Iglesia y el Rey nuestro señor los religiosos de la Compañía de Jesús en Paraguay, la cual provincia han sojuzgado por armas y por errores condenados, con peligro de contagiarse las provincias vecinas.”

³⁴ Fray Gabriel de Guillestegui, de la orden de los franciscanos, fue obispo de la Asunción entre los años 1669 y 1671. Recibió la provisión canónica de Alejandro VII en C.S. el 15.XII.1666. Promovido a La Paz, rehusó el traslado, falleciendo en la misma ciudad de Asunción en 1671.

Compañía prometiendo restablecer su fama. En realidad, lo hizo profusamente, de palabra, por escrito y de obra, obligando además en toda esta provincia a los que habían difamado a la Compañía que se desdijesen desde el púlpito, cantando la palinodia. No se alcanzó más, porque no se mandó más; aunque las injurias contra nosotros habían excitado en tal grado los ánimos que nos recibían con silbidos en plena calle y que los frailes Seráficos jóvenes insultaban a padres de nuestra Compañía muy ancianos, echándoles agua bendita en las mismas iglesias. Y era un hecho público que un predicador de ellos tenía sobre la puerta de su celda, como si fuese una curiosidad, el retrato de nuestro padre procurador del Paraguay, que tuvo que tratar jurídicamente el asunto del obispo, representándole rodeado de diablos y en las llamas del infierno, con otras caricaturas más contra él y la Compañía.

Había un caballero seglar, Gabriel de Cuellar y Mosquera, el cual más concienzudamente quiso restablecer nuestra fama, al cual el obispo del Paraguay al proclamarse gobernador, había enviado a la Audiencia de Chuquisaca con título de procurador general del Paraguay. A su vuelta al Paraguay, se arrepintió, y delante el escribano público y algunos testigos se desdijo de todo lo que había dicho y escrito contra la Compañía, afirmando que lo había hecho por fuerza y bajo la presión de amenazas y castigos, obligando el obispo hasta a los que no querían, a que firmasen sus escritos, acumulando las firmas con las de muchachos sin que estos últimos se pudiesen dar cuenta del asunto en cuestión. Testificó que así había sucedido con su propio hijo, niño de apenas siete años de edad, al cual ni siquiera pudo firmar y firmó por él su padre. Declaró que fue obligado por el obispo, antes que este escribiera algo a recoger firmas en blanco.

Por lo demás, dijo, quisiera que sepan todos que la Compañía se componía de hombres de probada virtud y que son inculpables de lo que se les atribuye por los escritos del obispo y de otros. Jamás habían escandalizado, sino dado siempre buen ejemplo a todos.

Todo esto declaró por propia iniciativa aquel caballero arrepentido.

Había [por otro lado] otro documento jurídico y una demanda dirigida a la Real Audiencia de Chile, con atroces calumnias contra la Compañía levantadas por el ex – provincial dominico fray Jacinto Jorquera, el cual afirmó que éramos traidores y que queríamos ocupar la provincia del Paraguay, habiendo ya elegido un Rey independiente y otras barbaridades de este estilo, las cuales por su enormidad ya no hacen daño a la Compañía, sino al mismo autor.

Aquella Audiencia, además estaba en jurisdicción ajena y no le importaba lo que sucedía en el Paraguay. Produjo más bien, estimación a la Compañía, aquel libelo, lo que menos se esperaba; en especial después de una carta escrita por el visitador Garabito, en la cual significa a aquella Audiencia todo lo sucedido, y cuán inicua y injuriosamente a Dios, a la Compañía y a la verdad, había escrito el ex provincial Jorquera, contra hombres tan religiosos y leales, siendo su libelo lleno de falsedades, y de calumnias [muchas veces] averiguadas y refutadas; ya que consta a los tribunales Reales y al mismo Rey la probada lealtad de la Compañía, a la cual solían alabar sobre manera.

El actual padre provincial de la misma orden de Predicadores, fray Manuel Chaparro siempre hasta la fecha, se ha mostrado afecto a la Compañía, mandando a todos los sujetos de su orden, mostrar el mismo afecto. Únicamente la orden de Nuestra Señora de la Merced, la cual sola nos había quedado fiel, parece que quiere desde el reino del Perú juntar partidarios al obispo del Paraguay, ya que al ex – provincial de esta orden fray Pedro Nolasco³⁵, nuestro juez conservador, castigaron con cárcel y cadenas a los que están de parte del prelado Don fray Bernadino de Cárdenas, para complacerle. Pues no lo podía ver [a fray Pedro Nolasco] en especial después de la sentencia, pronunciada en la Asunción por lo cual le había combatido mucho, desacreditándolo en punto de costumbres, educación y nacimiento, aunque falsamente. Era ya la segunda vez que le

³⁵ Fray Pedro Nolasco ocupó el cargo de provincial de la provincia mercedaria entre los años 1647 y 1650.

internaron, cargado con grillos y cadenas; a pan y agua, azotándole hasta la sangre, acusándole de crímenes que se nos han sido comunicados oficialmente y que más bien son pruebas de su sinceridad y constancia, y ante todo: una injuria contra la Santa Sede Apostólica, haciéndole cargo del cumplimiento de su deber como Juez Apostólico en la causa del obispo del Paraguay. La compañía pidió indulgencia por él, pero en vano y cuando se trata de violencias y se pisotea la justicia, es más prudente callarse y esperar con paciencia.

Así lo hicieron los nuestros en esta ocasión, por especial mandado de los Superiores. Y así sucedió que mientras no siempre se pudieron evitar las audacias de los enemigos, a lo menos todos no pudieron menos sino admirar nuestra modestia. Esta modestia, juntamente con nuestra inculpabilidad, [f. 19] a la larga no será dañosa a nuestros derechos, y, aunque no se pueda remediar luego todo, un día se hará justicia colmada. Mientras tanto trabajamos con todo conato en las tareas apostólicas, como nos aconsejó el obispo de Tucumán en su carta a los padres reunidos en congregación provincial. En esto nos parecemos a los Santos Apóstoles, los cuales pelearon y triunfaron, “por honra y deshonra; por infamia y buena fama”. También ellos han sufrido mucho y esto de parte de toda clase de gente. Esta es la suerte de la Iglesia Militante, sin que decaiga de ánimo. Esta es la suerte de nuestra Compañía, ante todo en esta tierra, donde dura la lucha encarnizada ya diez años, sin que perdamos la esperanza; pues todos sabemos lo que dijo el Señor: “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo”.

Voy a concluir estas Cartas Anuas con referir algo sobre el proyecto de una expedición al Chaco. Ya se pensó en esto hace ya 14 años a esta parte, sufriendo desde luego el martirio los padres Gaspar Osorio³⁶ y Antonio Ripari³⁷. Se siguieron luego las persecuciones

³⁶ Nacido el 2 de julio de 1595 en Castrillo de Villavega (Palencia, España), ingresó a la Compañía de Jesús, en Castilla, en 1612. Llega a la Provincia Jesuítica del Paraguay en 1622 y ocho años más tarde profesa sus últimos votos en San Salvador de Jujuy (Argentina). Falleció de manera violenta el 1 de abril de 1639 en Chaco (Argentina).

contra nuestra Compañía y otras pruebas duras sufridas por esta nuestra religiosa Provincia, y no nos dejaron pensar en emprender de nuevo esta empresa, tan importante, tan agradable a Dios. Ya que ahora disfruta la Provincia de más tranquilidad, nos viene el deseo de destinar a algunos misioneros a esta gente tan bárbara de la viña del Señor. Acentuó este plan cierta señal de la divina voluntad, ofreciendo cierto caballero distinguido para esta obra 1.000 ducados, prometiendo otros subsidios más, para el mayor desarrollo de la misión, una vez comenzada. Somos pocos, pero esperamos un buen contingente de nuevos misioneros, celosos de la gloria de Dios y la salvación de las almas, que tal vez vendrán el año que viene, de Europa con el Padre Procurador Ojeda.

Tal vez pregunta alguien: ¿Qué clase de gente bárbara vive en el Chaco? ¿Cuántos son? Un español que ha vivido entre ellos siete años, asegura que ha encontrado cinco naciones, esparcidas en muchas rancherías y que serán por todo unos 60.000 indios. El suelo es fértil y apto para la agricultura, descontando algunos pantanos; [dice] que se producen granos y hortalizas y frutas del país. En las selvas se encuentra miel en abundancia. La gente es belicosa y anda desnuda, con excepción de las mujeres, que cubren la mitad del cuerpo con un tejido primitivo. La borrachera está muy en uso, mientras tanto no estén ausentes en pie de guerra, o cazando o pescando. Adoran al sol y obedecen a caciques. Se casan los hombres con una sola mujer, como se ha notado en todas sus aldeas.

[Así me contó]. Y yo me apresuré a emprender cuanto antes una obra tan conforme al espíritu de la Compañía. Nosotros somos los primeros que se deben interesar por la salvación de tantos bárbaros.

En el colegio de Salta, el cual se encuentra más cerca de aquella región y a dónde me voy ahora en Visita, dispondré quién y cuándo, tiene que comenzar la evangelización del Chaco. Cuando

³⁷ Antonio Ripari nació en Casalmorano, Cremona, Italia el 18.VIII.1607 e ingresó a la Compañía, en Milán, el 30.VII.1627. Realizó sus votos religioso el 31.VII.1629 en Génova. Llegó a Buenos Aires el 20.XII.1636 y falleció, como mártir, en el Chaco, el 1.IV.1639.

sale bien esta empresa, entonces no faltará a los misioneros apostólicos del Paraná y Uruguay, una vez expulsados de allí, campo a propósito para luchar con el demonio y para sembrar en los corazones de los indios la fe cristiana, y para recoger una rica cosecha en los graneros de Dios. Así lo disponga Dios y suplico a Vuestra Paternidad, en nombre de esta Provincia que le ruega por toda ella. –

[Con letra del que firma:] El Padre, Juan Pastor³⁸, Provincial de esta Provincia del Paraguay, me mandó que en acabándose de escribir esta anua, la enviase a V. Pd., y porque se acabó de escribir en ausencia suya por andar visitando la Provincia; va firmada de mi nombre. En 25 de Julio de 1653. De este colegio de Córdoba de Tucumán.

+

Francisco Vásquez de la Mota

³⁸ El padre Juan Pastor nació el 8.X.1580 en Fuentespalda, Teruel, España. Ingresó en la Compañía de Jesús en Aragón a la edad de 15 años (23.IX.1596). Llegó a San Salvador de Jujuy, Argentina el 29.11.1607. Realizó su cuarto voto religioso en Santiago de Chile el 13.IV.1614. Fue designado procurador en Europa en la Provincia Jesuítica del Paraguay entre 1644 y 1648 y, luego, entre 1651 y 1654, su provincial. Falleció en Córdoba, Argentina, a la edad de 78 años.

Cartas Anuas de la antigua Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús

1652 – 1654

[f. 21] Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año 1652 hasta el de 54

Casi la última, según el orden, pero de ninguna manera según su importancia y mérito, envía la Provincia del Paraguay a Roma el relato de lo que ha hecho durante un bienio para la gloria de Dios, para el aumento y decoro de la fe romana, y para el acrecentamiento de los tesoros de méritos de Vuestra Paternidad, es decir, de la universal Compañía, que está a su cargo.

Sacamos estas noticias en extracto de lo que se ha escrito, primero, en lengua española, refiriendo primero lo hecho en los ocho colegios y en la Casa de Probación; después el incansable trabajo y celo apostólico desplegado en las 22 residencias misionales.

Hay en esta Provincia, por todo, 168 sujetos, entre los cuales 5 son novicios, 45 hermanos coadjutores, 9 hermanos escolares, siendo los demás sacerdotes.

El colegio de Salta

Ya se ha escrito otras veces, dónde se halla esta ciudad, cuántos habitantes tiene y qué clima. Pues, Salta es una ciudad española, bastante importante, ubicada en una región fértil con ríos abundantes de agua, con minas de oro y plata en la vecindad. No son muy numerosos los habitantes, pero de clase social distinguida. Ya

hace tiempo, se había comenzado allí un colegio, el cual ahora, con el favor de Dios y con la ayuda de un alto personaje, se pudo acabar. Se llama este caballero Francisco de Ayala y Murga³⁹, natural de Pamplona en el Reino de Navarra, descendiente de noble [f. 21v] familia, de un carácter correspondiente a su raza y de muy buenas costumbres, siempre igual en lo próspero y en lo adverso, siendo esto la mejor prueba de su buen juicio. Supo guardar su fama sin mancha y hacerse respetar por los buenos y temer por los malos.

Varias veces llevó la vara del mando supremo y siempre fue aceptado su gobierno, ya que no se notaba en él ninguna propensión al interés propio o a cualquier partidismo. Tenía una esposa digna a él y semejante a él en nobleza y piedad, con lo cual vivió en feliz matrimonio por diez años, al cabo de los cuales el cielo se la llevó como madura ya para la gloria, sin que hubiera dejado prole. En adelante, se mostraba Francisco todavía, más que antes, afecto a la Compañía y, aunque no ingresó en ella, a lo menos consagró a esta su fortuna. Ya que él era siempre tan virtuoso, se inclinaba mucho a la Compañía, porque reconoció en ella gran celo por la salvación de las almas. Quiso contribuir de su parte a sus obras y, no mucho antes de morir, la determinó a fundar o consolidar el colegio de Salta, donándole a este fin, por testamento, unos 19.000 ducados; añadiendo 5.000 para el colegio seminario de Córdoba. Poco antes de fallecer pidió ser admitido en persona a la Compañía, para no ser sólo su bienhechor, sino también su hijo.

Murió el 10 de Abril de 1653, a la edad de 60 años.

Tomando posesión de la herencia el colegio de Salta, en breve creció su importancia por el mayor número de operarios. [f. 22]

Desde este colegio se sale cada año en excursión apostólica a la ciudad de Jujuy y desde el mismo colegio se cuida la misión de los Calchaqués y se emprende la del Chaco.

³⁹ Francisco Ayala y Murga nació en Pamplona, Navarra, España, probablemente en 1592. Ingresó a la Compañía de Jesús el 10.IV.1653 y falleció en Córdoba, Argentina, el 11.IV.1653.

Jujuy es una ciudad situada hacia la provincia del Perú, 12 leguas distantes de Salta y muy adicta a la Compañía, tal vez por el motivo de que sus habitantes en su mayor parte son vizcaínos. Para que se fundara allí un colegio, legaron don Domingo de Ibarra y la señora doña Elvira Flores de Quiñones unos 8.000 ducados, con la cláusula de que al ser imposible aquella fundación, pasaran los fondos al colegio de Salta, como sucedió después. Así es que cada año se van allá dos sacerdotes, para quedarse por dos meses.

Para mayor comodidad de la Compañía, le cedió la ciudad una iglesia propia, contigua al santuario de San Roque, poco antes adquirido por legado por el colegio de Salta.

De la misión del Chaco tenemos que hablar aparte.

La misión del Chaco

Ya hace dos años que hemos indicado la esperanza de poder emprender esta misión, describiendo al mismo tiempo las costumbres e ideas religiosas de aquellos bárbaros. Pues, autorizó el gobernador de la provincia al Ilustrísimo Señor [f.22v] obispo diocesano para llevar a cabo esa empresa, el cual encargó de ella a mi antecesor y a su libre elección. Pues, así el padre provincial Juan Pastor eligió por compañeros suyos en esta fundación entre los muchos pretendientes al más fervoroso, los cuales eran los padres Ignacio de Medina⁴⁰ y Andrés de Luján⁴¹. Partieron los tres de Jujuy a su destino en medio invierno, en el mes de agosto. Les mostró el camino un soldado español, llevándose además cuatro indios. El camino era tan horrible que no podría pasar por allí un reptil, sino tan sólo un pájaro. Siguieron una cadena de montañas escarpadas tras la otra, conduciendo el

⁴⁰ El padre Ignacio de Medina nació el 3.V.1604 en San Miguel del Tucumán e ingresó a la Compañía de Jesús en el Paraguay el 5.XI.1627. profesó su cuarto voto en Salta el 10.IX.1645. Falleció a los 56 años en la ciudad de Córdoba, Argentina.

⁴¹ Andrés de Luján nació el 30.XI.1626 en Casarrubios del Monte, Toledo, España e ingresó a la Compañía de Jesús en Toledo el 4.V.1642. Llegó a Buenos Aires el 18.I.1648. profesó sus votos religiosos en Córdoba, Argentina el 11.IX.1661. Falleció a la edad de 70 años en Salta, Argentina.

sendero al borde de terribles precipicios. Su ardiente caridad les hizo vencer todas las dificultades, pues, el padre Juan Pastor, mi predecesor, no conocía obstáculo aunque tenía ya 73 años de edad, aguantando frío, nevazones y temporales, no sólo con paciencia, sino también con buen humor. Los helaba la lluvia fría, obligándose al áspero camino a andar a pie, a trepar por las empinadas cumbres, a pararse exhaustos de cansancio en cuanto esto era posible con el viento huracanado que soplaba allí, tanto que se alborotaban las mulas y acémilas. Los valles intermedios nada tenían de atractivo, tan desiertos y pantanosos que eran, siendo tan oscuros y sombríos por impedir la altura de los montes la luz del sol; todo lo cual hubiera acobardado al más valiente. Pero el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas vencieron todo. [f.23] Quedaron atrás los montes, ríos, selvas, pantanos y entraron en la región del Chaco.

Enviaron adelante como mensajero de su llegada al soldado español porque éste entendía el idioma de los indios mataguayos. Pues estos indios eran los primeros que se presentaron a su paso. Al oír el aviso de parte del soldado, conocido a ellos, a toda prisa acudieron, juntamente con su cacique o curaca, a los inesperados huéspedes. Los recibió con los brazos abiertos el padre Juan Pastor y les manifestó brevemente por el intérprete sus intentos, que no eran otra cosa que librarlos de la tiranía del diablo y hacerlos hijos de Dios y herederos del cielo, escapándose ellos así de los eternos tormentos. Les dijo que les dejaría allí dos sacerdotes, los cuales les quitarían las tinieblas de la superstición pagana y los ilustrarían en la fe cristiana. Que diera permiso para que ellos quedaran en su compañía. Que los respetarán y los defenderán contra los ataques de los malévolos.

Dio el cacique su consentimiento, manifestando su gran contento, prometiendo que las mismas armas que antes usaba contra los españoles, protegerían a los padres contra cualquier insulto. Comenzó entonces el padre Pastor a repartir muchos donecillos entre el cacique y su comitiva, remedio siempre eficaz para ganarse la voluntad de los bárbaros; abrazó al fin en despedida a sus compañeros, a los cuales dejó en tanto riesgo para empresa tan importante, y volvió

a Salta. Mientras tanto quedaron los padres Medina y su compañero entre los mataguayos, tribu ferocísima y antropófaga; marchándose con ellos por indescritibles caminos para hallar un lugar apto en donde pudiesen con menos incomodidad [f. 23v] colocar su residencia, donde los pudiesen hallar con mayor facilidad los bárbaros y ponerse de fijo y agrupados, los que tuviesen voluntad para ello; y donde al fin hubiera más facilidad para hacer sus excursiones apostólicas por toda la comarca. Hallaron felizmente un valle, rodeado por montañas muy altas, donde levantaron sus ligeras chozas. Allí comenzó a visitarlos un buen grupo de mataguayos.

Es esta una raza distinguida, pero feroz; en donde los hombres no cubren su desnudez, sino como dicen, la pintan con una mezcla de variados colores. Son muy adictos a Venus y Baco, haciéndose la bebida no de la uva sino de miel. Tienen culto a los demonios, de los cuales se sirven para satisfacer sus infames apetitos.

Las mujeres en nada son menos repugnantes, sino que se cubren desde la cintura hasta las rodillas con una especie de tejido.

Supieron de ellos los padres que aquellas regiones eran muy montañosas y tenían selvas de una horrible espesura, en donde abundan una enorme cantidad de fieras y serpientes, ríos dificultosamente vadeables, siendo todas las vías de comunicación estorbadas por las piedras. En el invierno hay frío y nieve; en verano una tan continuada lluvia, que raras veces se puede contemplar el cielo sereno; sintiéndose, sin embargo, un sofocante calor. Por consiguiente, toda la atmósfera está llena de mosquitos y bichos que pican. Cuando a veces cesa la lluvia, sigue una densísima neblina, causando como unas tinieblas de Egipto.

Se alimentan los habitantes no de otra cosa, sino de miel silvestre y de raíces. Hay a veces algo de venado, en especial unas especies de cabras, de puercos silvestres y de otro animal monstruoso que llaman anta, con un cuerpo como asno, cuello y cabeza como puerco y patas como buey.

Con mayor abundancia se proveen los indios [f.24] del río, donde hay lobos y mucho pescado. Por lo tanto, no practican la

agricultura, o más bien, la aborrecen por no querer cansarse y por contentarse con poco. Se prestaría, sin embargo, el suelo para toda clase de plantaciones.

Los españoles que han pasado de prisa por estas tierras, refieren haber visto (o tal vez soñado, como otros dicen) un innumerable gentío y que era evidente que aquellas peñas estaban llenas de una enorme cantidad de oro y plata.

Dijeron además, que habiendo allí innumerables naciones, hablaban diferentes lenguas. Pero los que conocen las cosas más de cerca descubren en el Chaco sólo ocho naciones. Según su número, tampoco son muchos los mataguayos y la futura cosecha de conversiones no será grande, pero costará inmenso trabajo.

Se calculan los mataguayos en cien familias.

Muy pronto se mostraron los mataguayos infieles a sus promesas. Pues, los padres habían compartido con ellos sus escasos bastimentos, más de lo que era conveniente y comenzaron a sufrir hambre. Se creyó necesario que el padre Luján se fuese a las estancias de los españoles, donde se le dieron muy buenas palabras, pero pocos recursos para aliviar la penuria. Viendo esto el padre Medina, al cual habían abandonado los indios, cuando ya no hubo de comer, resolviese no irse a las estancias, sino a los mismos pueblos de los españoles. [f.24 v.] Mientras tanto quedó el padre Luján solo entre los bárbaros, sin entender su lengua, sin amistades, siempre expuesto a las más grandes privaciones y peligros, sufriendo hambre, insomnios y congojas. Los ingratos bárbaros no le trajeron ni sarmientos para el fuego, ni agua para apagar su sed. Exhausto de fuerzas por tanto ayuno y no sufriendo su estómago las desabridas raíces, se fue al río y a fuerza de donecillos y parte de sus ajuares, apenas alcanzó de los pescadores algunos pececillos. Al volver a su choza, la halló casi completamente saqueada. Pues, el indio, al cual había dejado para guardar la casa en su ausencia, se había escapado, siendo tal vez cómplice del saqueo. Al fin, llegó la indolencia y aversión desagradecida de los indios a tal grado que pensaban deshacerse del padre Luján,

resolviendo su muerte, pactando por cautela primero con los tobas, para poder apoyarse en su ayuda en caso de que los soldados españoles viniesen después para vengar aquel sacrílego atentado. Supo el secreto uno de los mencionado indios cristianos. Consintió aquel aparentemente y fingió querer robar la caballada de los españoles. Pero con esta ocasión manifestó a su amo la conjura concertada. Al saber estas noticias, se avisó inmediatamente de todo [f. 25] al padre Medina, el cual, después de una ausencia de 80 días, estaba volviendo con nuevos recursos. Le faltaban sólo 30 leguas, las cuales caminó a toda prisa en cuanto lo permitieron los elevados montes y profundos ríos, resuelto, o a salvar a su desprevenido compañero del inminente peligro, o a morir con él gloriosamente. Se abrazó, al fin, con él, y le avisó sobre la conjura. Después de haber pedido luces del cielo, convinieron, que en estas circunstancias era lo más prudente y conveniente para la religión cristiana y la tranquilidad de la república retirarse a los pueblos españoles, donde podrían esperar las resoluciones del caso, que tomaría el padre Provincial. Les costó muchas lágrimas esta determinación. Envió, pues, el padre Medina adelante al padre Luján, con la escolta de algunos indios que había traído el padre, llevando ellos consigo los ornamentos sagrados y los ajuares de casa y después, él mismo, fracasadas las tentativas de sosegar los ánimos irritados sin razón contra su compañero, le siguió, abandonando aquel paraje.

La fama locuaz abultó mucho entre los españoles estos hechos, hablándose del asesinato hecho en la persona del padre Luján y de la venida de un ejército de mataguayos para destruir las poblaciones y saquear las estancias. Así se vio obligado el teniente - gobernador de Jujuy a enviar al encuentro de los padres una tropa escogida y bien armada, mandando en nombre de Rey por formal decreto que se retirasen de aquellas regiones, para evitar a la Compañía la molestia de ser acusada de haber provocado tumultos y guerras en la provincia. Ya estaban en la mitad del camino los padres, cuando se encontraron con aquella tropa, con la cual se marcharon a la ciudad; y así se aquietó todo en ella.

[f. 25v] Muy de prisa se había emprendido la misión del Chaco y muy pronto acabó. Tan deseada era aquella empresa y tantas veces ensayada. Pero no se puede decir que no hubo resultado ninguno. Pues, cuando todavía estaba allí el padre Medina, supo que había tres viejos de aquella nación, casi centenarios. Fue a ellos, y después de haberlos instruido de lo absolutamente necesario de la doctrina cristiana, los bautizó y como si no hubieran esperado otra cosa, luego se fueron a la gloria. Y es de esperar que aquellos estén rogando a Dios para que se abriera de nuevo una puerta, por donde entren misioneros a su gente, pidiendo perdón y misericordia por ella. Pronto me iré a Jujuy para resolver lo del caso.

La misión de los Calchaquies

Muy rebelde y duro ha sido siempre para la civilización cristiana este suelo de los calchaquies. Y la razón de esto es ante todo debida a que la semilla de la palabra de Dios se pierde por la excesiva embriaguez de ellos y porque ni siquiera hacen caso de la doctrina, una vez entrados en los años de la pubertad. Muy aficionados que son ellos a la hechicería y adivinación, teniendo al demonio por consejero, ¿qué de bueno se puede esperar de ellos jamás? Además, es muy raro no encontrarlos borrachos y tan furiosos que se pelean entre sí, corriendo la sangre, donde antes corrió la chicha. [f. 26] Donde domina Baco, se encuentra también Venus. Y así es, que estos borrachos, no respetando sexo ni parentesco, se portan como brutos, y peores que brutos, porque estos no violan el instinto natural.

Ya se ha dicho anteriormente bastante sobre las condiciones de aquella tierra, sobre las costumbres de la tribu, sobre sus armas, sus ideas religiosas y sus convites. Labran esta tierra tan estéril cuatro de nuestros padres, con gran trabajo y poco resultado. Apenas consiguen, a fuerza de donecillos, que a lo menos exteriormente escuchen a veces los rudimentos de la fe. A los pequeños se les enseña cada día, pero apenas llegados a la pubertad, son pervertidos por los adultos que los llevan a los ritos gentílicos. Al menos se salvan aquellos niños que mueren en temprana edad, escapándose de entre

los vivos, o más bien del infierno, a donde marchan a toda prisa casi todos los demás. No quieren los calchaquíes a los padres, aunque tantas veces prometieron hacerles servicios. No se vio rastro de ellos, ni siquiera después de la penosa visita que mi predecesor hizo entre ellos, hace cuatro años, aunque saben ellos que los padres no sólo son sus misioneros, sino también sus protectores contra los desmanes de los españoles generosos, bienhechores en su pobreza, médicos, cirujanos y enfermeros en sus enfermedades; y con todo, los aborrecen y se burlan de las enseñanzas sagradas y del culto divino. No se contentan siquiera con el desprecio, sino lo insultan, llegando el caso, hace dos años, que un indio salvaje, sin que hubiera ocasión, sólo para abusar de la modestia de uno de nuestros padres, le hirió en el rostro. Quedó tranquilo el padre, y con paciencia y afabilidad sosegó buenamente al ofensor [f. 26v] Se mostró así como verdadero compañero de Jesús, discípulo de Cristo y afanoso de los carismas apostólicos. La bofetada inferida a Cristo nuestro Señor, era preludio de su Sagrada muerte, lo mismo hubiera sucedido en el caso de nuestro sacerdote, si desde el cielo no se hubiera opuesto el beato Luis, al cual había invocado.

Tienen los calchaquíes, ya desde muy antiguo, la bárbara costumbre al declararse la peste en su aldea o en sus casas, se juntan allá los hechiceros, acompañados con multitud de gente y con ridículas ceremonias se recogen allí toda clase de basuras y se las llevan con gran solemnidad y como en procesión por los caminos públicos hasta las más elevadas cumbres de las montañas, quemándolas allí juntamente con los sacrificios en honor a sus dioses; verdaderamente un holocausto, como les conviene. Concluido el sacrificio y las oraciones, para impedir que vuelva el contagio, cierran el remate de los caminos con espinas, para que se pinche el pie el contagio, al querer volver a sus casas. Hecho esto, vuelven ellos alegres a su aldea, como firmemente convencidos de haber definitivamente desterrado al contagio. Cuando entonces uno tiene la desgracia de encontrarse con ellos en su vuelta, creen ellos indispensable aplacar la ira de sus dioses con la muerte del infeliz, para que no vuelva el

contagio. Por lo tanto, al instante agarran al inocente y le matan a saetas.

Así sucedió un día, que el mencionado padre, después de haber despachado al cielo una criatura por medio del santo bautismo, [f.27] volvía a casa, encontrándose casualmente en el camino con una partida de aquellos fanáticos sacrificadores. Al ver que aquellos le acometieron a saetas, invocó la intercesión del beato Luis, cuya fiesta se celebraba aquel día; y fue oído al instante de una manera inexplicable. Pues nadie, hasta la fecha, se había escapado ileso en semejantes circunstancias.

Asiste la Divina Justicia a los pobres padres, cuando los indios por nada quieren oír sus consejos. Hubo varios casos de este género en el bienio pasado. Fuera del mortal contagio, hubo diferentes asesinatos, hasta de los propios parientes, destruyéndose ellos mutuamente, matándose ellos por el suicidio, colgándose de los árboles o al borde de un precipicio. En el espacio de pocos meses, en 1653, se suicidaron once, algunos todavía en la flor de su edad.

A muchos mata el rayo de la tormenta eléctrica. Herida de un rayo, durante una borrachera, apenas escapó de la muerte la mujer de un cacique indio. Lo tuvieron por prodigio los bárbaros y la tuvieron, por este accidente, como iniciada en el sacerdocio. Enviaron a los montes diez cazadores para que se preparase con el venado un gran banquete y para que en el mismo estrenase la mujer su hechicería. Apenas salidos los cazadores a las selvas, estalló una gran tormenta con un torbellino con lluvia y granizo. [f. 27v] Cayó un rayo del cielo, y mató a la vez a siete de los diez cazadores, quedando ellos presos del infierno. Este patente castigo, sin embargo, no abrió los ojos a los obstinados malhechores, pues, son unos pérfidos delante de Dios y los hombres.

Un día les avisó uno de nuestros padres a qué hora de la noche había un total eclipse de la luna. Prometieron ellos, en caso de que el anuncio del padre se cumpliera, hacerle más caso, y hacerse cristianos. Llegó la hora fatal y la luna se eclipsó. Quedándose atónitos, comenzaron a gritar que el padre iba a matar la luna. Después la

mayor parte no cumplió lo pactado y los pocos que lo cumplieron apostataron pronto, haciéndose peores que antes.

Tal estado de cosas no pudo menos que desanimar por completo a los padres, que tanto trabajaron y que sufrieron tantas privaciones. Lo único que los sostuvo fue el poco trigo que recogieron, entre tanta cizaña, para los graneros del Padre celestial.

Son tan bárbaros estos indios que, al ver padecer a uno de hidropesía y no mejorar por las medicinas tan pronto como ellos desean, fabrican una bóveda, la proveen de alimentos y encierran allí al enfermo, muy secretamente, para que los padres no lo supiesen y reprueben esas costumbres. Así un día, ya estaba lista la cueva, para que allí encerrasen sus propios parientes a un joven de quince [f. 28] años. Lo supo a tiempo uno de los padres, acudió a aquel paraje y después de mucho rogar y prometer que iba a sanarle, alcanzó poder hacer trasladasen al enfermo a la casa de los padres. Allí instruyó al enfermo por quince días de lo más necesario de la fe y lo bautizó, faltándole sólo una hora para morir y salvarse.

Otro joven, de menos de 16 años, alcanzó también una muerte feliz. Pues, unos 18 meses antes había pasado casualmente por las aldeas de los paciosenses uno de nuestros padres. Le siguió muy de prisa aquel joven y le pidió con instancia que le permitiese vivir con los padres, a cambio de servirles en todo. Aprendió pronto la doctrina cristiana y la practicó con tal fervor, como si hubiera sido cristiano desde su niñez, pasando todo el tiempo, por el cual estuvo con los padres, en completa sumisión a las órdenes de éstos y a los mandamientos de la ley de Dios. Daba gracias de todo su corazón a la misericordia del Señor. Maduro ya para el cielo, comenzó a enfermarse. En el delirio de la fiebre se dedicó durante ocho días enteros sólo a rezar y cantar lo que había aprendido en la doctrina catequística. Al acercarse la muerte, besó muchas veces los pies del Santo Cristo.

[f. 28v] Preguntado si tenía que confesar todavía algo, dijo que sí y que deseaba ser bautizado.

Habían tardado los padres en administrarle el bautismo, temiendo que si volviera a casa, sus parientes infieles y borrachos le hiciesen apostatar, habiendo querido de este modo probar primero su constancia. Se le administraron, pues, todos los sacramentos al cabo de lo cual voló al cielo, no sin gran sentimiento de los que lo conocían.

En la aldea de San Carlos estaba por morir un famoso hechicero viejo, ya bautizado antiguamente. Siempre estaba borracho y, por lo tanto, completamente incapaz para oír la Palabra de Dios. Sin embargo, el Señor se compadeció de él. Enfermó, y con la enfermedad le entró una repugnancia a la chicha, con la cual se suelen emborrachar. Así pudo oír las explicaciones de los padres e impresionarse con ellas. Se convirtió e hizo una confesión general de toda su vida, con señales de gran dolor y arrepentimiento de sus pecados. Hizo comparecer a los principales de la aldea y pidió perdón por su mal ejemplo, declarando que vivía con ellos en gran error, que sus ritos y ceremonias acostumbradas eran ocurrencias ridículas y que convenía, para escaparse del infierno, confesarse con los padres; luego expiró. Pero no pudo inspirar con eso la resolución de seguir su ejemplo a otro viejo enfermo. Al contrario, éste hizo llamar a todos los hechiceros, los cuales por 14 meses enteros hicieron todo lo posible para alcanzar un oráculo de parte de los demonios. Todo en vano. El viejo no sanó. [f.29] Lo abandonaron, para irse a cazar, dejando el cuidado de sepultarlo a las mujeres. En este estado lo encontró un padre y con la ayuda de Dios pudo al moribundo procurar la vida eterna.

Otro semejante caso hubo en que un matrimonio indio, después de haber consultado inútilmente a los hechiceros para alcanzar la salud de su hijo ya grande, contra su costumbre llamaron al sacerdote, el cual fracasado el arte de Hipócrates para salvar la vida temporal, le procuró la vida eterna, disponiéndolo para recibir los sacramentos y sanar con la sangre de Cristo.

Muy pequeña era esta cosecha de almas y sin embargo provocó ella la envidia del diablo, estimulando él a algunos jóvenes

borrachos y feroces, los cuales se desbocaron mucho diciendo que iban a preparar proyectiles contra los tan odiados españoles.

Viendo ellos a un muchacho pariente suyo, el cual estaba al servicio de los padres, le acometieron a lanzadas diciendo que así matarían ellos a todos los padres, para marcharse enseguida contra las ciudades de los españoles, para saquearlas, quemar y destruirlas. El pobre muchacho quedó herido en un brazo, huyó aterrizado y se escondió.

Estaba a la sazón un solo padre en la aldea el cual juzgó prudente esconderse también, no tanto por miedo de la muerte, sino de la ofensa a Dios y de la desgracia de los bárbaros.

Pronto después volvió su compañero, el cual gozó de cierta autoridad entre los indios. Al ver lo que había sucedido reprendió duramente a los indios los cuales asustados echaron uno al otro la culpa. Así se confirmó la sospecha de una conjura contra los padres y los españoles. Al instante avisaron por carta al superior, el cual se encontraba en el pueblo de San Carlos. Este escribió al padre provincial Pastor quien entonces se encontraba por casualidad [f. 29v] en el Colegio de Tucumán. El padre provincial a su vez envió a los mensajeros por los caminos más breves al Obispo y al gobernador de provincia, los cuales al instante reunieron consejo y encargaron a uno que otro de los capitanes vaqueanos del valle del los calchaquíes del Tucumán que secretamente investigasen el estado de las cosas del valle de los Calchaquíes entre aquellos bárbaros. No habían llegado todavía estas órdenes a la ciudad del Tucumán, cuando llegó aviso de parte de los padres que todo había quedado sosegado en el valle, que no había conjura entre los caciques y que aquellas amenazas y asaltos habían sido una locura de muchachos atrevidos. Los mismos caciques de los calchaquíes los habían reprendido duramente y amenazándoles con el bien merecido castigo. Si embargo pensaban los españoles en imponérselos, pues costó mucho trabajo para quitarles la idea de entrar al valle para explorarlo. Si lo hubieran hecho, se habría de temer un levantamiento general de los bárbaros y después de haber asesinado a los padres habrían invadido las posesiones de los españoles siendo

el primer blanco de su ataque la ciudad de Tucumán. En realidad se tenía allí ya tanto miedo que parecían verse atacados por los bárbaros por todos los lados. Al ver la obstinada decisión de los capitanes de entrar con aparato militar se dirigió el rector del Colegio de Tucumán por escrito y en nombre de la Compañía al teniente-gobernador, rogándole que suspendiese la expedición hasta que se hubiera presentado al Señor Gobernador el verdadero estado de cosas. Condescendió aquél esto y así se pudieron impedir los daños [f. 30] que infaliblemente hubieran seguido a tal entrada. Unos pocos meses después el ilustrísimo señor obispo, estando a la sazón en Tucumán, trató hacer a su vez una entrada para consuelo de los padres y alivio de los indios. Animado por los padres, hubiera hecho este viaje, si las primeras autoridades de la provincia del Tucumán no lo hubieran detenido.

A lo menos escribió a los padres estacionados en el valle una de sus famosas cartas finísimas de tanta unción, hablando de su deseo de participar en sus trabajos y de sus méritos acumulándose los elogios a la Compañía por tener en ella tanta ayuda en su solicitud pastoral. Los animó a no desfallecer en lo comenzado.

En realidad no nos falta la esperanza de que después de tantos trabajos, conjugando sudor y sangre, produzca este suelo al fin fruto céntuplo.

El Colegio de Tucumán

Distaba de Salta 60 leguas la ciudad de San Miguel de Tucumán, viajando uno desde aquí a Salta encuentra después de 20 leguas la ciudad de Esteco, antiguamente muy importante y poblada, ahora, sin embargo, casi abandonada en consecuencia de su mal clima. Había en ella un colegio de la Compañía, el cual tenía que cerrarse por una pobreza y miseria, retirándose los ornamentos sagrados y demás ajueres al colegio de Santiago del Estero, dejando abandonadas la casa e iglesia, porque los padres habían ido a otra parte a gran [f. 30v] sentimiento de los habitantes.

Habían pasado ya muchos años cuando se pensó en recoger el sagrario y las campanas a lo cual se opuso el magistrado al principio hasta que al fin consistió bajo nuestra formal promesa, de que cada año, por la cuaresma se fuesen allá dos sacerdotes, como se ejecutó con gran fruto de las almas. Ciertos religiosos llevan muy a mal que la gente tenga confianza en la Compañía, como se les hiciese injuria con eso. Así se sucede, a no pequeño escándalo de los fieles y perturbación de la tranquilidad pública y ofensa de Dios cuando la gente, durante el resto del año, quieren confesarse con aquellos religiosos, son rechazados teniendo que oír este punible dicho ¡Id a los jesuitas! (viviendo estos más de 20 leguas lejos). Hasta a los moribundos se lo ha dicho a veces dejándolos morir sin sacramentos.

Uno de estos religiosos publicó en 1653 un famoso libelo contra la Compañía, lleno de tantas barbaridades que no se puede decir ni pensar. Era nada menos que un compendio de Espino y de cosas que jamás han dicho o escrito ni siquiera los herejes y apóstatas. Una copia en letras de molde se pegó de noche en las esquinas de la plaza. Este infame libelo, entre otras cosas, echó en cara a los de la Compañía que eran ladrones y saltadores dignos de azotes y [f. 31] del destierro, traidores que se deben colgar en el patíbulo, herejes y cismáticos que se deben quemar. Ya verá la ciudad dijo, como aquellas campanas pronto se convertirán en cañones para derribar sus casas.

En verdad cualquier hombre cristiano no puede menos que rechazar con indignación semejante atrevimiento de aquel hombre y la desvergüenza frenética de aquel degradado religioso. Denunció al autor, aún desconocido, el padre Pastor a las autoridades, pero cuando se supo que era un religioso desistió de la acusación porque el caso no era de la competencia de los tribunales civiles. Pero tampoco se pudo esperar que los prelados castigasen aquel patente desmán, sino era de suponer que lo tuviesen como un acto meritorio.

Se trasladó el padre provincial al colegio de Tucumán, donde viven cuatro sacerdotes y tres hermanos coadjutores. Hay allí una escuela de primeras letras y se enseña gramática. Un padre se ocupa de la dirección de la cofradía de indios y morenos, algo reducida en

número un poco más importante en la congregación de indios alcanzándose en ambos bastante fruto espiritual. Tal vez más todavía se saca de las estancias vecinas de los españoles, adonde son llamados día y noche los padres del Colegio, aunque con grande molestias y hasta con peligro de vida especialmente en verano con las lluvias torrenciales que hacen desbordar todos estos innumerables ríos, los cuales en el corto espacio de una legua cruzan tres o cuatro veces el camino, [f. 31v] el cual así mismo es un barrizal.

No contentos todavía estos buenos hijos de la Compañía con tanto trabajo, hicieron dos de ellos el año antepasado una gira de misiones por el valle de Catamarca, muy poblado por españoles e indios, distante 32 leguas de Tucumán.

El resultado era que nadie allí quedó sin confesarse y comulgar aferrándose todos los de la Compañía.

Volvieron sin embargo a su casa, porque los llamó su rector para que, mientras se ocuparan de lo ajeno, no descuidaran lo propio ya que no pueden hacer dos cosas a la vez, siendo ellos como son tan pocos obreros para tanta cosecha.

Pues disminuyéndose su número en especial por el fallecimiento de dos de ellos, siendo estas muertes muy sentida en toda la provincia.

El primero que murió el 7 de Junio de 1653 fue el padre Marco Falcón⁴², estando próximo a cumplir 62 años. Era natural de Nápoles, de familia muy inclinada a la piedad y de mucho valor. Entró en la Compañía a los 17 años, distinguiéndose en letras humanas, filosofía y matemática.

Vino a esta provincia con el procurador padre Juan de Viana⁴³

⁴² En la obra de Storni, figura como Mario Falcone. Nació el 26.X.1591 e ingresó a la Compañía de Jesús en su ciudad natal, Nápoles, el 24.XII.1608. Llegó a Buenos Aires el 15.II.1617 y realizó su cuarto voto en Salta, Argentina, el 27.XII.1626. Falleció en la ciudad de San Miguel de Tucumán el 7.VII.1653.

⁴³ El padre Juan de Viana nació el 18.II.1565. Era oriundo de Viana, Navarra, España. Ingresó a la Compañía de Jesús en Castilla el 14.IV.1584 y hacia 1593 ya se

para concluir aquí sus estudios teológicos, siendo admitidos a la profesión de cuatro votos [f.32] el año de 1626, dedicándose en adelante aún con mayor fervor a la propia santificación y a la salvación de las almas, anhelando siempre los trabajos de mayor sacrificio.

Había aprendido algo de medicina y hasta de artes mecánicas para hacerse más útil para el mismo fin, desde un principio aprendió (y hasta enseñó) la lengua peruana, el quichua, muy usada en estas regiones y en edad más avanzada aprendió también la lengua paraguaya, el guaraní, alcanzando gran perfección en su manejo y pudiendo aprovecharse de ellas en el servicio religioso entre indios y españoles.

Era un hombre muy piadoso y mortificado y muy fiel en el cumplimiento de sus votos y nadie le pudo sorprender en una falta contra ellos. Así lleno, no tanto de años, como de méritos Dios le probó todavía con una casi total falta de vista, por espacio de varios años, añadiéndose un cáncer que le puso tullido en la pierna y en la cintura. Se le administraron los últimos sacramentos después de lo cual decayó de fuerzas rápidamente y pronto murió.

Se añadió a este luto del Colegio del Tucumán, la muerte del muy benemérito padre Pedro Álvarez⁴⁴, natural de Valladolid, entrado a la Compañía en la muy temprana edad de 16 años, pero ya desde su noviciado de muy maduro juicio y dechado de sus compañeros escolares, [f. 32v] santo, que si hubiera quedado en España, a opinión de todos hubiera ocupado los primeros puestos, tanto en el magisterio como en el gobierno de la Compañía, pero ya que se había consagrado por entero a sola la gloria de Dios, juzgó ser más perfecto y prudente quedar desconocido. Este era el móvil por el cual se fue a esta provincia en compañía del padre procurador Francisco Vázquez Trujillo⁴⁵.

encontraba en el Río de la Plata. Profesó su cuarto voto el 15.IX.1602 en Salta, Argentina. Se desempeñó como procurador a Europa entre los años 1614 y 1617. Falleció el 28.II.1623 en Córdoba, Argentina.

⁴⁴ Pedro Alvares nació en Chaves, Villa Real, Portugal en 1580. Ingresó a la Compañía de Jesús el 19.IV.1612 en Castilla, España. Llegó a Buenos Aires el 12.III.1622. Falleció en Oruro, Bolivia, a los 49 años de edad.

⁴⁵ El padre Francisco Vázquez Trujillo nació el 8.X.1571 en Trujillo, Cáceres, España

Llegando acá fue destinado a las misiones del Paraná y Uruguay. Aprendió aquí la lengua de aquellos bárbaros y era muy celoso en buscar y ganarlos para la religión, no ahorrando en esta empresa las más grande privaciones, los más penosos trabajos y el mayor cúmulo de peligros. Así fue cuando de parte de la provincia del Perú se solicitaron de la nuestra algunos sujetos capaces para emprender la misión de los indios chiriguano que viven en la jurisdicción del Perú, muy feroces, la perpetua pesadilla de los españoles, conservándose siempre independientes de la potestad de ambas majestades, regia y divina, se despachó allá al padre Pedro Álvarez. En este nuevo campo de sus actividades, se encaminó con su compañero por las altas cumbres de las montañas, por los profundos valles, por anchos ríos, por selvas y pantanos, venciendo intrépidamente todos los obstáculos, despreciando la infinidad de serpientes venenosas y la crueldad de los bárbaros, siendo sin embargo infructuoso su empeño en reducir a los indios y así volvió al fin acá, no haciendo caso de las promesas de la provincia peruana, la cual en vista de sus eminentes cualidades quiso [f. 33] detenerlo, prometiéndole los cargos más importantes. Los que le atrajeron fueron solo sus indios. Pues también aquí en esta provincia, repetidas veces había rechazado las cátedras de teología y los cargos de gobierno, hasta que ya no pudo resistir a la voz de los superiores, especialmente por su bondad y modestia, por su piedad y buen ejemplo, y por la paz y tranquilidad de su alma, que supo guardar en los acontecimientos prósperos y adversos. Esto no quiere decir que le faltó la exactitud en el cumplimiento de su deber como rector, pero prevaleció la mansedumbre.

El secreto de su buen gobierno fue el dominio de sí mismo, encomendando él ambos dominios encarecidamente al Señor, fuente perenne de todo régimen. Así resultó el querido por Dios y los hombres. Apenas había pasado un mes, después de haber dejado su

e ingresó a la Compañía de Jesús en Perú el 22.V.1588. Llegó a Santiago de Chile el 29.XI.1607. Profesó su cuarto voto el 11.III.1608 en la misma ciudad. Fue designado procurador en Europa entre 1620 y 1622 y provincial entre 1629 y 1633. Falleció en Córdoba, Argentina, el 24.VIII.1652.

cargo, aunque ya mucho antes persuadido de su cercana muerte, (no sabiéndose como) murió el primero de julio a las edad de 56 años dejando consternado a todos, en especial a los de afuera. El prelado de los franciscanos le preparó una pomposa capilla ardiente. Bajó al sepulcro destinado al difunto padre, desplegó allí su propio manto y lo colocó con sus propias manos. Pidió y consiguió algunas cosas consagradas por el uso de aquel varón santo para guardarla entre las demás reliquias de los Santos, [f. 33v] señal esta de como el padre Álvarez por su carácter y su virtud había sabido ganarse el afecto de todo el mundo. Murió el mismo año como el padre Falcón.

El Colegio de Santiago del Estero

La ciudad del Estero, capital de toda la provincia, dista unas 30 leguas de Tucumán. Tiene un colegio bastante importante. Se cuentan allí 7 sacerdotes y 4 hermanos coadjutores. Sus habitantes son muy piadosos y muy afectos a la Compañía. Hay allí un gran número de vírgenes consagradas a Dios, que viven fuera del claustro y que se llaman beatas. No son inferiores a las monjas clausuradas, tanto por su fervor en la virtud, como por su modestia y recogimiento. No solo las demás mujeres, sino también los hombres, se distinguen por su asistencia a la predicación de la Palabra de Dios y por la frecuentación de los santos sacramentos. Se enojó el demonio por ver tan aceptada la Compañía y procuró, por una inexplicable desinteligencia, enajenarnos los ánimos de los canónigos, tanto que ellos por espacio de algunos meses no permitieron que alguien de la Compañía predicase en la catedral. Callaron los de la Compañía y salieron triunfantes. Pues cayendo en cuenta los canónicos de su error, se fueron al Colegio y pidieron perdón de la ofensa, rogándonos queuviésemos la bondad de predicar como antes en la catedral. Se les hizo este servicio con gran contento y fruto del público.

Los padres, además, hicieron frecuentes excursiones de a dos a las aldeas de los indios y a las estancias de los españoles, correspondiendo el fruto al trabajo, especialmente en casos apurados.

[f. 34] Se descubrió el frecuente caso de que, en especial algunas mujeres, por miedo y vergüenza, o por otras causas mayores, es decir, para no provocar a los confesores, no se confesaban con sus propios párrocos, en especial cuando habían ofendido a Dios con vicios carnales.

Durante estos dos años se ha aumentado el inventario de la iglesia y se la ha condecorado con hermosas estatuas y pinturas. Con gran solemnidad se colocó la imagen de la Virgen Inmaculada, muy hermosa y devota.

El entusiasmo que hubo con esta ocasión indujo a los padres a introducir la práctica del jubileo de la comunión general mensual, dándose en sus vísperas la señal con el repique de las campanas.

En este día primero se expone el Santísimo y se corren los velos que ordinariamente cubren la imagen de la Virgen, para su mayor veneración, exhortando desde el púlpito uno de nuestros padres a ambos cultos, y estando nuestra iglesia grande cada vez llena de gente de bote en bote.

También este colegio tuvo que lamentar la muerte de dos de sus sacerdotes. El primero que se fue al cielo, fue el padre Antonio Macero, de Bustillos en Castilla, ya de más de 70 años de edad y de más de 50 de Compañía. [f. 34v] Muy benemérito en Letras y en Teología, había hecho sus estudios en Salamanca con el más espléndido resultado. Ya era sacerdote cuando por nuestro padre Claudio Aquaviva⁴⁶ fue elegido entre los ocho para dar principio a esta provincia. Ya no se puede calcular con la aritmética el enorme cúmulo de vicios que hubo en todas partes de estas vastísimas regiones, y tampoco la multitud de indios; pues de estos últimos queda apenas ahora la centésima parte. Así es que nuestro padre Antonio halló allí un campo ancho para desplegar su celo apostólico y trabajó con tal

⁴⁶ Claudio Aquaviva entró en la Compañía de Jesús en 1567, en la cual fue profesor de filosofía, luego Rector del Seminario romano, y más tarde Provincial de Nápoles y de Roma. El año 1581 fue nombrado Prepósito General de la Orden de la Compañía el 26.II.1581 y 21.I.1615, a los 37 años de edad y 13 de religión.

ahínco que provocó la ira del demonio, el cual no le infligió sufrimientos corporales, lo cual hubiera sido tolerable todavía, sino le hirió en sentido impropio, por medio de la equivocación de algunos hombres de la Compañía y de estas provincias, por lo demás muy distinguidos en virtud y en letras. Pues, estos, por cierto imprudente celo, comenzaron a desconfiar del padre Antonio, como si no fuera apto para la Compañía por no ser bastante enérgico, siendo la verdad que el padre se había enfermado algún tiempo, con una transitoria perturbación de sus facultades mentales. Le despidieron de la Compañía contra su voluntad, y negándose él decididamente a dejar la sotana (de la Compañía). Pero, cerrándoseles nuestras casas no le quedó otro remedio, sino dejarse poner de párroco de indios, procediendo él en este empleo exactamente como los demás padres misioneros de la Compañía. No admitió jamás estipendios por los ministerios sacerdotales, sino sólo el necesario alimento, conformándose en todo al Instituto de la Compañía. Al ser preguntado [f.35] por la causa de su dimisión de la Compañía, siempre solía contestar que no había tal cosa, sino que tenía que vivir exclaustrado, para que se probase su virtud y constancia. Siempre se notaba en él gran recato y prudencia, en especial en el trato con las mujeres, como suelen hacer los más circunspectos y perfectos operarios de la Compañía. Y lo que es más: nunca hablaba mal contra aquellos superiores que le habían hecho tan grande agravio. Así mereció que Dios tomó en cuenta su defensa, anulando el padre general lo obrado contra el padre Antonio, y ordenando que se le llamase otra vez a la Compañía de la cual nunca había sido legítimamente despedido, declarando que tanto él como a otros estarían convencidos, que a ese buen religioso se le había hecho daño sin motivos. Volvió Antonio, pero solo corporalmente, porque espiritualmente nunca se había alejado.

Fue en adelante misionero de los Calchaquies, exponiendo su vida, al haber sido atacado con proyectiles y herido a palo. Mientras moraba en los colegios, llevaba una vida ejemplar, edificando a todos con sus conversaciones piadosas, y por su paciencia con todos, teniendo que oír en casa repetidas veces palabras injuriosas, que no

corresponden de ningún modo a religiosos, tratándole de tonto. Prueba de su religiosa indiferencia y paciencia fue que sufrió tanto olvido de los superiores, que nunca fue admitido a un grado determinado de la Compañía, aunque en virtud y letras era eminente; y para no decir más: de la uña se conoce el león: fue tan obediente nuestro Antonio, tan despreciado de sí mismo, tan encendido en amor a [f.35 v.]Dios, tan ferviente imitador de Cristo, que, preguntado una vez por su rector, si sufriría ser enviado por las calles de la ciudad, privado del vestido religioso, al instante se lo quitó para ejecutar lo mandado.

Así llegó a la edad de 73 años, habiendo estado 51 años en la Compañía, cuando cayó enfermó en la estancia del colegio, que dista 30 leguas de la ciudad. Recibidos los últimos sacramentos, asistiéndole dos de la Compañía, dejó de vivir el 15 de julio de 1653. Asistió a la muerte del padre Antonio, el que a la sazón era rector del colegio de Santiago del Estero, el padre Miguel de Ampuero⁴⁷, el cual estaba en la estancia por asuntos de la administración de ella, y así pudo consolar al enfermo día y noche, darle la última absolución y prestarle todos los oficios que corresponden en tal caso al párroco, pastor y padre espiritual. Pero apenas muerto el padre, se enfermó tan gravemente también el rector, que se temía que se iba a morir allí mismo en el campo, sin poder recibir los últimos sacramentos. Le pusieron en una carreta y le llevaron al colegio. Se agravó cada momento la enfermedad, y a 8 leguas de la ciudad, medio muerto ya, le trasladaron a una hamaca, especie de cama colgada, llevada por indios, puestos a disposición por algunos distinguidos y piadosos caballeros, dueños de aquellas estancias. Llegó al colegio con un semblante cadavérico, vomitando de la boca sangre descompuesta [f. 36] colgada su vida de un hilo. Pero por la habilidad de los médicos improvisados de aquella tierra, amainó algo la fuerza de la enfermedad, aunque no lo dejó del todo, quedando postrado por cinco meses enteros. Al fin, a principios

⁴⁷ El padre Miguel de Ampuero nació en Lima, Perú en 1593 e ingresó a la Compañía de Jesús en su ciudad natal el 30.V.1610. Realizó su cuarto voto el 28.I.1627 en San Nicolás, hoy Río Grande do Sul, Brasil. Falleció en Santiago del Estero, Argentina, el 5.XI.1654.

de noviembre de aquel mismo año, recibidos todos los sacramentos, expiró.

Alcanzó la edad de 60 años el padre Ampuero, siendo natural de Lima, miembro de ilustre familia, siendo cuando joven, más distinguido todavía por la pureza de costumbres y su gran talento. Atraído por superiores ilustraciones, no se dejó seducir por la luz fatua del mundo, y lo abandonó a la temprana edad de 17 años, todavía no cumplidos, entrando en la Compañía. Se distinguió entre muchos por su virtud y letras, siendo, acabados los estudios teológicos y ordenado de sacerdote, destinado a la predicación, en la cual era tan eminente, que se le pidió para los más afamados púlpitos de la Provincia del Perú. Pero ya habían pasado lo honores del mundo, y no los buscó tampoco en los claustros religiosos. Para escapar de ellos, pidió y consiguió ser enviado a esta lejana provincia; donde no hay peligro para la vanidad, por ser pocas las ciudades y muy pequeñas, siendo por añadiduras la más de la gente desafecta a nosotros, tanto que le esperaban allí insultos de palabra y por escrito. Pues, no una vez fue tratado por el obispo del Paraguay don fray Bernardino [f. 36v] de Cárdenas como perteneciente a los cismáticos rebeldes, perturbadores del orden público, herejes y públicamente excomulgados.

No se desanimó el padre por eso, y siguió siendo valiente apóstol de la Divina Palabra y de la sana doctrina.

Fue, además, repetidas veces rector en los colegios, socio del provincial, profesor de la Moral, y de la Teología escolástica, siempre sosegado, y como hecho para todos los oficios. Siendo él un hombre de tanto renombre, no desdeñó aprender la lengua de los indios para dedicarse a su instrucción y sostén. Tampoco se olvidó de los españoles, procurando con todo esmero su adelanto espiritual desde el púlpito. Sucedió que predicando según costumbre en casa durante la cuaresma, habló con tanto fervor de espíritu sobre el crimen de impedirnos trabajar por la Gloria de Dios y del castigo que espera a los culpables, que dejó a todos como aturridos, desmayándose uno que otro.

Devoto de la virgen desde su niñez, no dejó piedra por remover para entusiasmar a todos a la misma devoción. De allí tomó principio la celebración del jubileo mensual, del cual hablé ya arriba. De allí los frecuentes coloquios marianos. Volviendo de viaje, en su primera visita al altar de la virgen, donde se detenta antes de volver a su aposento. De esta devoción sacó aquella instancia y paciencia que mostró durante su larga enfermedad y que edificó bastante a todos.

[f. 37]

El colegio de Córdoba

No menos de 80 leguas dista del colegio de Santiago del Estero el de Córdoba. Como punto central, se halla aquí el noviciado de la provincia, la universidad literaria, siendo formado aquí nuestros jóvenes desde la gramática y retórica, hasta las cumbres de la filosofía y teología. Acabados los estudios y la formación religiosa, salen para practicar lo aprendido por los ministerios de la Compañía en cualquier parte de la Provincia. 50 sujetos viven en este colegio, contándose unos socios y los que moran en las estancias. Novicios hay 6, escolares 9, hermanos coadjutores 16, sacerdotes 19; todos buenos y fervorosos religiosos, aspirando a los mejores dones de Cristo⁴⁸ Se perfeccionan por la oración y penitencia, y salen con frecuencia por la vasta región de esta ciudad, visitando diligentemente a los enfermos, asistiendo a los moribundos y buscando las almas descarriadas por los vicios [...]

Para que se conozca al león por las uñas, descenderé a algunas particularidades. Un día fue llamado uno de nuestros sacerdotes a confesar a un indio enfermo. Por una feliz equivocación perdió el camino y se encontró con una española tan afligida, que su congoja se manifestó por su palidez y su temblor. Preguntada por la causa de su tristeza, manifestó que estaba embarazada, siendo de buena familia y soltera, [f. 37 v.] habiendo tomado varias veces remedios para hacer abortar a la criatura, sin alcanzar su intento y ahora en su desesperación había alcanzado tal grado, que pensaba

⁴⁸ 1 Cor.12. 31

suicidarse, colgándose de una cuerda. Le habló tranquilamente el sacerdote para quitarle la idea de matarse de un modo tan infame. La animó con mansedumbre para que en lugar de pensar en infanticidio y suicidio, compusiese su conciencia y procurase volver a la gracia de Dios. Lo hizo después, con tan gran dolor y arrepentimiento por los crímenes cometidos e intencionados, que ya no temía la infamia, sino deseaba la muerte para no ofender más a Dios, y quiso hacer penitencia mientras vivía para satisfacer la infamia causada a su familia. Oyó Dios los clamores de la penitente, le perdonó y la libró de todas las malas consecuencias.

Había una india, la cual, cuando todavía era niña, había perdido su virginidad por culpa de una persona eclesiástica, quedando ella embarazada, sin poder ya ocultar su estado. Temía mucho la niña a su madre piadosa y honrada, e hizo lo posible para que aquella no descubriese lo que había sucedido. Ya cerca de dar a luz, se alejó a un valle solitario y después de nacer la criatura, la mató con una crueldad más grande que la de un tigre, siendo ella doblemente asesina, ya que la criatura no alcanzó el bautismo. Hecha la doble barbaridad, se propuso de no confesarlo nunca, seducida por una vergüenza sacrílega. Así lo hizo por 20 años enteros, aunque muchas veces se acercaba a los sacramentos, no obstante de muy frecuentes [f. 38] remordimientos de conciencia. Cayó al fin enferma, y acordándose de sus crímenes y agitada por el demonio, se desesperó, para morir así y condenarse eternamente.

Estando ella en esta condición, se acercó por una rara coincidencia y misericordiosa disposición de Dios, uno de nuestros sacerdotes, el cual logró hacerla confesar de toda su vida y vestirse de nuevo con el vestido de la divina gracia. Hecho lo cual, voló, como se puede suponer, al banquete celestial.

Muy diferente ha sido el caso con un indio recién llegado de otra parte, el cual, en compañía de su amo, frecuentaba nuestro colegio. Varias veces le había aconsejado nuestro hermano portero que procurase la salvación de su alma, haciendo buena confesión, en especial porque se decía que aquel individuo estaba muy enredado en

relaciones ilícitas. No hizo caso aquél de los avisos, difiriendo para después la penitencia. Un día antes de partir con su amo había oído otra vez el consejo de siempre, y otra vez no hizo caso. La misma noche quiso escalar la casa, donde la autoridad civil había encerrado a aquella mala mujer, con la cual estaba en relaciones. Atropelló al guardián de la casa, que le quería rechazar. Se equivocó por la oscuridad de la noche y obcecado por la pasión, se traspasó su propia lanza. Suceden muchos casos de esta clase. El más grande provecho espiritual se saca [f. 38v] del dilatado campo de Córdoba, a donde cada año se dirigen dos padres, recorriendo una distancia de 130 leguas. Con tal ocasión se suelen componer muchas discordias y vuelven paz y concordia a las familias. Se deshacen muchas relaciones ilícitas, convirtiéndose algunas en matrimonios legítimos. El año pasado han sido instruidas en los elementos de la religión cristiana muchas mujeres indias, antiguamente bautizadas, pero en consecuencia de su trato con infieles, muy ignorantes en las cosas de la religión, y, por sus costumbres, muy semejantes a infieles y los mismos brutos. Muchas de ellas tenían ya cerca de 100 años. Una vieja de más de 100 años estaba todavía para ser bautizada e instruidas con las demás en el catecismo. Era ya ciega de cuerpo, pero se le ilustró con la luz divina. Todas se confesaron, por medio de una intérprete, de los pecados de toda la vida. Es de esperar que estas obreras llamadas a la hora undécima, tendrán todavía el denario de la eterna recompensa⁴⁹.

Tiene envidia el demonio, e instiga a algunos individuos para que le ayuden a hostilizar a sus contrarios. Se sirve para este fin de algunos españoles, cristianos sólo de nombres, olvidados de su propia salvación y de la de los suyos, llenos de codicia y de corrupción. Estos alejaban la gente de los padres, levantando falsos testimonios contra ellos, denigrando a más no poder a la Compañía y a sus ministerios. Se opusieron los padres a todo eso con resignación y buen ánimo, sintiendo únicamente que los indios [f. 39] y los esclavos de aquellos malévolos quedasen privados de los buenos servicios de los padres.

⁴⁹ Alusión al evangelio de la parábola de la última hora: Mt.20.1-15.

Murió uno de los misioneros el 9 de abril de 1653. Era el padre Antonio Serra⁵⁰, natural de Monzón en Aragón, de 28 años de edad, de muy ilustre familia, ya desde niño de muy maduro juicio. Esto se mostró varias veces, al quererle seducir algunas mujeres sin vergüenza, atraídos por el buen parecer del niño. Por haber sabido guardar su inocencia, alcanzó la gracia de la vocación a la Compañía, donde entró a los 18 años de edad. Era un novicio ejemplar, muy servicial para con los otros, austero consigo mismo, de mucho celo de las almas, y tan agradecido a la Compañía, que le consagró su valiosa herencia. Era muy humilde y abnegado, por lo cual pidió y alcanzó ser destinado a esta provincia, a la cual llegó hace 6 años a esta parte. Tuvo que interrumpir los estudios por su poca salud y enseñó gramática a los niños por 2 años. Ordenado sacerdote, era primer prefecto de la cofradía de morenos, siendo muy querido durante estas ocupaciones, en especial por los pobres negros, a los cuales trató con cariño y les ayudó en todo, defendiéndolos contra los agravios y no temiendo en esta tarea los enojos y amenazas de los poderosos, resistiéndoles con heroica energía [f.39v.] cuando convenía.

En su ministerio apostólico no conocía obstáculos. Así, llamado un día a un moribundo, se le obstruyó el camino, habiéndose hinchado mucho el río por las lluvias. Ya estaba para pasar a nado, cuando se lo prohibió su compañero, deteniéndole por fuerza.

Era muy constante en su vocación, resistiendo valerosamente a ciertas provocaciones de parte de personas de alta posición, pero de bajo carácter.

Acabó pronto la vida, lleno ya de virtud y méritos. Murió en la Semana Santa de 1653.

Le siguió a la gloria después de 4 meses, el padre Francisco Xalino,⁵¹ natural de Sicilia, profeso de 4 votos, alcanzando cerca de

²⁰ En los escritos del padre Leonhardt el apellido de este sacerdote aparece escrito Cerra. Nació en Monzón; Huesca, España, el 29.V.1625 e ingresó a la Compañía de Jesús en Aragón el 10.IV.1644. Llegó a Buenos Aires en 1648 y falleció en Córdoba, Argentina, el 9.IV.1653.

⁵¹ El nombre con el que aparece en el registro de Storni es: Francisco Giattino. Nació

70 años de los cuales había vivido en la Compañía cerca de 54. Había entrado en ella, estando en su patria, descendiente de una ilustre y rica familia, siguiéndole en la vocación, a sus consejos, su hermano menor y hasta su padre anciano, abogado real en aquella isla. Así sucedió, que los tres juntos, aunque no en un mismo tiempo, hicieron a la Compañía heredera de su considerable fortuna, constando ella de más de 100.000 ducados, cedidos a favor del Colegio Romano. Los hijos siguieron la carrera literaria y fueron ordenados sacerdotes; a su padre nunca se pudo persuadir para lo mismo, aunque era muy letrado [f. 40] queriendo contentarse con el grado de hermano coadjutor. A nuestro Francisco pareció poco el trabajo que le esperaba en Europa, asemejándose en esto a Alejandro de Macedonia, y así, con autorización de parte del padre general, se fue, para decirlo así, al descubrimiento de nuevos mundos, caminando de Sicilia a Roma, de allí por toda Italia, por Ginebra y Francia, a España y Portugal, partiendo de Lisboa a África, siendo por algunos años misionero de Angola y del Congo, en circunstancias muy angustiosas y con peligro de vida, pero siempre muy animado, sabiendo imponerse a los negros feroces, siendo él confesor de la reina de aquellas tierras y su director espiritual hasta su muerte. Desde África se trasladó al Brasil, donde en vano pretendió dominar la lengua de los bárbaros, contentándose con enseñar la teología moral en latín, y a predicar en portugués, y esto con general aplauso, hasta que, sabiendo de la abundante cosecha espiritual de esta provincia, pidió y consiguió, hace 15 años a esta parte, ser traslado a ella.

Apenas llegado al puerto de Buenos Aires, comenzó a misionar por los alrededores de aquella ciudad, por las quintas y estancias, por las aldeas y rancherías, correspondiendo el fruto al trabajo. Con muy buena gana se ocupaba siempre con lo más humilde y pesado, hasta con enseñar las primeras letras a los pequeños, y cuidando de la cofradía de los negros, siendo muy pronto para oír las confesiones [f. 40v.] y para visitar a los enfermos, como para predicar

en Palermo (Italia), el 30.X.1583. Ingresó a la Compañía en Sicilia el 9.IV.1601. Llegó a Buenos Aires el 29.XI.1640. Murió en Córdoba el 12.VIII.1653.

en el púlpito, donde se distinguió por su doctrina sólida y elegancia de la forma; por lo cual atrajo mucho a los curiosos y estudiosos. Era el protector de los pobres y miserables, ante todo de los indios y morenos, repartiendo entre ellos profusamente los regalillos enviados a él para este fin de Europa e Italia, y para que tuviese siempre abundancia de estos objetos de devoción, él mismo, con sus propias manos, los fabricaba.

Se distinguió por muchas virtudes, pero en especial por dos: Si faltó en algo, aunque inocentemente, no supo juntar a su acostumbrada sencillez de paloma, la prudencia serpentina, teniendo a todos tan sinceros como era él mismo, y no sospechando astucia, donde la había patentemente.

Así sucedió que se causó grandes disgustos, sin que estos le hiciesen caer de ánimo. De allí le vinieron en los últimos años angustia de corazón, desfallecimiento de fuerzas y al fin la misma muerte. Al acercarse esta, para que no se sospechase en él grave culpa en los disgustos pasados, declaró sinceramente, a consejo de los prudentes, y confirmándolo con juramento delante de Dios y sus Santos, que desde que había entrado, hace 54 años a la Compañía, nunca había cometido pecado mortal, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra.

Le sobrevino el mal de muerte estando en el campo, o en la estancia de la Compañía; adonde algunos meses antes le habían enviado los Superiores para que sirviese de capellán de los hermanos y de la gente trabajadora ocupada en ella, que eran cerca de 200 almas. Logró ser trasladado al colegio, donde, recibidos los últimos sacramentos [f. 41] se fue cielo el 12 de agosto, de 69 años de edad.

El mismo año se perfeccionó también el estado temporal de este colegio, por haber salido felizmente de sus deudas. Además está la estancia más cercana de la ciudad en tan próspero estado que pronto bastará para proveer a todos los sujetos con el necesario sustento y vestido, y para sacar los recursos para la fábrica del templo y de los ornamentos sagrados, para la reparación de los demás edificios y otras necesidades. Ahora, al fin, pudo comprarse, por un valor de 1000 ducados, una buena custodia para la exposición del Santísimo.

Es de plata dorada, de un exquisito gusto artístico. Se compró, además, para el noviciado una cruz grande del mismo metal labrado, engastada de insignes reliquias, es decir: una partícula de la Santa Cruz del tamaño de un dedo, y además un pequeño dedo incorrupto de uno de los Santos Inocentes, una espina de la corona de Cristo, y, al fin, un pedacito de velo de la Santísima Virgen. Se compró esta Cruz en Lima, por 1100 ducados, habiendo traído las reliquias el venerable padre Antonio Ruiz de Montoya⁵², al cual se la regalaron, como señales de especial amor y veneración, algunos miembros distinguidos de la real familia de España.

Una todavía mayor señal de su amor a Dios dio, hace unos cinco años, Antonio Ordóñez⁵³, quien falleció hace pocos meses en este colegio⁵⁴, quien llegó a hacer coadjutor de la Compañía, y después de su salida de ella, donado, como se llaman aquellos que nos sirven sin votos, en vestido negro. Este ex religioso se portó como un perfecto religioso por su fervor, en adelantar en virtud y perfección, siendo él siempre la edificación de todos.

[f. 41v] Era natural de Molina de España, de buenos padres, de los cuales fue privado en los años de mocedad, conservándose, sin embargo, en su buen juicio y pureza de costumbre. Así llegó al Perú, siendo comerciante, hasta los 22 años de edad. Encomendó mucho sus asuntos a Dios, el cual le ilustró de tal manera que comenzó a aspirar a los bienes eternos. Abandonó su fortuna a favor de las almas

⁵² El padre Antonio Ruiz de Montoya nació el 13.VI.1585 en Lima, Perú e ingresó a la Compañía de Jesús el 11.XI.1606 en la misma ciudad. Llegó a Santiago de Chile un año después. Fue ordenado sacerdote en 1611 en Santiago del Estero, Argentina. Ocupó el cargo de Superior de los guaraníes entre los años 1636 y 1637. Se destacó este religioso por publicar una gramática y un diccionario de lengua guaraní, como así también una obra titulada «La Conquista Espiritual del Río de la Plata...», de gran valor historiográfico. Falleció el 11.IV.1652 en su ciudad natal.

⁵³ Antonio Ordóñez era oriundo de Molina, Guadalajara, España. Nació en 1605 e ingresó a la Compañía de Jesús en el Perú el 8.XII.1627. Llegó al Río de la Plata en 1630 y el 14.IV.1641 profesó sus votos religiosos en Córdoba. Fue despedido de esta orden religiosa el 26.III.1651 y en la misma ciudad falleció el 16.VII.1654.

⁵⁴ Jc. 16.54.

del purgatorio, fundando con los intereses misas perpetuas, que se debían celebrar en la catedral de Lima. Así siguió desnudo a Cristo, desnudo en la Compañía, siguiendo hermano coadjutor. Le pareció que no sufría bastante en la provincia del Perú, por lo cual pidió ser trasladado a la nuestra que era mucho más pobre. Se fue por mar a Chile, y sin servirse de mulas, aunque se le ofreció este alivio, atravesó a pie aquella tierra y las empinadas cordilleras, llegando medio muerto de cansancio a Mendoza. Apenas recobradas las fuerzas, caminó a pie por 100 leguas, hasta Córdoba, dejando maravillados a todos los religiosos y seglares, compañeros de aquel viaje, por su buen genio y piedad. Se portó muy bien en este nuestro colegio, coronando su virtud después de tres años, es decir poco antes de morir, por lo que voy a decir:

Por casualidad se halló un día, después de cenar, entre los hermanos escolares, cuando uno de ellos, sin darse cuenta del alcance de sus palabras, comenzó a hablar de los [f. 42] impedimento que anulan los votos hechos en la Compañía. Entre estos descubrió Antonio una obligación que tenía antes de entrar a la Compañía, y no declarada al pedir sea admitido en ella, por parecerle de poca monta. Quedó perplejo; pero todavía no creyó deber avisar de esto a los superiores, cuando otra vez, y una tercera vez, de seguro por una especial disposición de Dios a favor de la Compañía se conversaba de la misma materia. Entonces pasó aquel, como muchas otras veces, toda la noche orando al pie de la Cruz, para saber qué hacer.

Apenas se había levantado, cuando encontró a uno de nuestros padres, muy piadoso y devoto, y le consultó del caso, del modo, como si se tratase de otra persona: Oyó la contestación, que era obligación grave para aquel religioso, manifestar a su superior el impedimento dirimente. A pesar suyo, halló ser verdad esto, y al instante se fue al superior, manifestándole el asunto, y le rogó, que se interpusiese delante del padre general (para alcanzar dispensa). Se hizo así, pero sin efecto, mandando el padre general su dimisión de la Compañía, lo cual se ejecutó el 26 de marzo de 1652, 24 años después de haber entrado a la Compañía, y 10 años después de sus últimos votos. A todos saltaron

las lágrimas de dolor con esta ocasión. Sólo el mismo guardó su serenidad, ya que se había resuelto a qué hacer en adelante. Dijo: Entré a la Compañía para servir a Dios. Siendo la voluntad que lo mismo haga fuera de ella, lo haré.

Al otro día, cuando todos estaban reunidos en recreo después de comer, vino también nuestro Antonio, en adelante más nuestro que nunca, y se echó de hinojos delante el superior, y bajando la vista al cielo y elevando su espíritu a Dios, dijo: Ya que mis pecados me privan [f. 42 v.] de servir a Dios en compañía de tantos ángeles, pido el permiso de poderles servir como esclavo.

Se obligó con juramento a ser donado, dejando pasmados a todos, y es de creer que Dios y el cielo miraron este sacrificio con mayor complacencia. Siguió viviendo de la misma manera como antes, en ropa oscura, siempre humilde y piadoso, buscando, estando todavía en religión, y fuera de ella, siempre los servicios más bajos, la ropa más usada, la vivienda más estrecha, siendo esta última, más bien una cueva, de 12 pies de largo y 6 de ancho, llenando él además este reducido espacio con mil cosillas del uso común, sirviéndose de ropa desecha y de ajuares que ya no servían a otros. Dormía al suelo, sin ropa de cama, las más de las veces, usando siempre el cilicio y flagelándose cada día cruelmente. Ayunaba muchas veces a pan y agua. Tenía deseo de sufrir y refrenaba con energía lo ímpetus de su naturaleza; siendo inclinado a la ira, y habiendo faltado precipitadamente por ello, luego pidió perdón de rodillas, aunque los ofendidos fuesen de la plebe y de los esclavos. Era tan inclinado a los ejercicio de piedad, que no se contentaba con las horas de oración, prescriptas por la Compañía, sino pasaba en ella 6 y hasta 7 horas en ella, casi todas las noches, de donde sacó aquella ilustración que después se manifestaba en la conversación [f. 43] y en unos versos, aunque rudos, pero no sin talento poético, que emanó, no de Baccho, ni de la fuente Aganippe, sino de la Eucaristía, fuente de la divina consolación, donde tenía él su mirada en pensamiento y deseos.

Tenía tanto amor a Dios, que, con Santa Catalina de Sena, deseaba ser puesto a la entrada del infierno, para detener a cuantos

querían entrar. Rogaba mucho por todos los religiosos para alcanzarles la gracia de la perseverancia en su vocación; y por los infieles pecadores, para alcanzarles la gracia de la conversión, suplicando para lo mismo a la Santísima Virgen, a la cual era muy devoto. De allí su gran amor al prójimo, teniéndole todo el mundo por padre, hermano y protector. Para no molestar a nadie, pidió a Dios con lágrimas que no tuviese una enfermedad larga que causaría trabajo a otros. Lo alcanzó, pues, sufriendo muchas enfermedades y dolencias, siempre se mantuvo en pie, y estaba, antes de morir, sólo 10 horas postrado en cama. Recibiendo entonces todos los sacramentos de la Iglesia, murió el 16 de julio de 1654.

El colegio de Buenos Aires

Distaba de la ciudad de Córdoba el colegio de Buenos Aires más de 120 leguas. Trabajando allí 10 de los nuestros para la gloria de Dios [f. 43v.] y esto dentro y fuera de la casa, ya que esta ciudad, más que otra, abunda de esclavos negros, los cuales muchas veces sólo de nombre son cristianos, y a los cuales después de la debida, aunque sumaria instrucción, hay que bautizar la más de las veces bajo condición y acostumbrados a guardar los mandamientos de la ley de Dios.

El fruto que se saca con esto, se conoce por algunas cosas notables. Así hubo una negra, la cual, ni por ruegos, ni por promesas, ni por amenazas, ni por el inminente peligro de muerte, pudo ser seducida por un hombre malvado, contestando ella, que moriría con gusto, para hacerse mártir.

Ancló en aquel puerto una nave holandesa, lo cual dio ocasión a los nuestros de intentar la conversión de aquellos herejes, aunque al principio sin resultados, porque no querían hablar con los padres de asuntos de religión. Pero poco a poco supieron los padres ganarles la voluntad por su bondad, y así se logró que algunos de ellos abjuraran de su error, abrazando la fe católica romana, habiendo buena esperanza que harán lo mismo otros más.

Recorren [los padres] todos los años la comarca y las estancias, en misiones muy provechosas. Sería mayor el fruto si en lugar de apoyarnos en esta tarea, como en su oficio, no nos pusiese tropiezos el ilustrísimo señor obispo de la ciudad fray Cristóbal de Mancha y Velasco⁵⁵, desafecto a nosotros, como se advirtió ya, sin otro motivo, sino por no reconocerle como si fuese General de la Compañía, o igual al Papa en Roma. No dejaron piedra por remover nuestros padres para ganarse la voluntad de este prelado, por medio de ruegos, de deferencias y de ignorar las injurias. Pero el sigue en su odio a la Compañía y de su Instituto, no haciendo casos de la bulas de la Sede Romana a favor de ella, y persiguiéndola sin cesar. De allí su aversión contra los padres, levantándoles falsos testimonios [f. 44]

Después de haber sido removido don Jacinto de Láriz⁵⁶ del gobierno de la Provincia de Buenos Aires, le sucedió don Pedro de Baigorri⁵⁷, caballero cristiano y piadoso, pero demasiado bonachón. Conoció pronto [esta debilidad de carácter] el obispo, y después de haberse insinuado en su familiaridad, le dominó por completo, no permitiendo que emprendiese algo sin consultarlo, y hasta se le impuso algunas veces, para que firmase algunos decretos disparatados, sin haberlos leído, teniendo demasiada confianza en la lealtad del obispo. Al ver el obispo tal condescendencia, pensó en servirse de ella para maquinarse contra la Compañía delante el Consejo de Indias, y delante del mismo Rey. Y así comenzó a escribir contra ella con la misma

⁵⁵ El obispo fray Cristóbal de la Mancha y Velasco, de la orden de los dominicos, ocupó el cargo de obispo entre 1646 y 1673. Fue presentado por el Rey Felipe IV por la Real Cédula del 31.VIII.1641 e investido por la provisión canónica de Urbano VIII, C. S. del 13.I.1642. Fue consagrado en Lima el 20.XI.1645 y asumió la sede del obispado de Buenos Aires el 6.X.1646. Falleció en esta ciudad el 7.IV.1673.

⁵⁶ Jacinto de Láriz ocupó el cargo de Gobernador y Capitán general del Río de la Plata entre los años 1646 y 1653. La relación de este gobernador con los jesuitas se encuentra relatado en la Cartas Anuas del periodo 1645-1646 y 1647-1649.

⁵⁷ Pedro de Baigorri Ruiz fue nombrado Gobernador y capitán general del Río de la Plata por Real Cédula del 23.X.1651. Ocupó el cargo de gobierno desde el 9.II.1653 hasta el 26.V.1660.

audacia y levantando las mismas calumnias como lo habían hecho obispo del Paraguay y otros muchos émulos. Firmó el papel el crédulo gobernador. Qué clase de lucubración era esta, se conversó de algunos párrafos de su contenido. Pues escribió el gobernador al Rey: Llegué a esta ciudad, y su situación religiosa es semejante a la civil, estando en la misma postración (pues antes había escrito profusamente sobre la tiranía de su antecesor contra los habitantes); siendo el único consuelo en tanta calamidad el señor obispo fray Cristóbal Mancha y Velasco, etc. (Aquí se explaya difusamente el gobernador, llevando la pluma el obispo, en alabanzas exageradas del obispo, pintándole (o más bien fingiéndole) ardiente de celo apostólico, de la magnanimidad y mansedumbre de David, de la liberalidad de Abraham, de la castidad de José, [f. 44v] de la inflexibilidad de Finees, de la prudencia de Salomón, de la mansedumbre de Moisés y perfectísimo imitador de Cristo, muy cumplido en el servicio religioso, muy sufrido en las casi infinitas incomodidades y gastos, causados en la visitación de la diócesis, confirmando a todos sin recompensa, entre ellos a cerca de 40.000 indios. Durante su gobierno espiritual, dijo, se había reformado todo, siendo ejemplar la disciplina eclesiástica. Convendría, por lo tanto, que don fray Cristóbal, tan benemérito de la regia y divina majestad, fuese promovido a más altas (quise decir, más ricas) ínfulas, que estuviesen a disposición del Rey.

(Añadió luego) Sólo quisiera advertir al Rey que aquí hay mucha escasez de clero, porque en esta diócesis existen pocas vocaciones al sacerdocio debido a que no hay remuneración, ya que los padres de la Compañía de Jesús han usurpado todos los pueblos de indios como párrocos, y los administran sin hacer caso del Patronato Real, ni de los derechos del Concilio tridentino. Así es, que los ciudadanos que aspiran al sacerdocio, se ven privados de puestos lucrativos; por lo cual pronto ya no habrá sacerdotes para estas tierras. Creo ser el interés de vuestra majestad, que se obligue a los de la Compañía de Jesús a sujetarse, como cualquier otro, al Real Patronato, y en admitir en los pueblos de indios oficiales reales españoles, para [f. 45] que ejerzan el gobierno civil y militar, cargos en los que se han

desempeñado los ministros de la Compañía, hasta ahora, con menoscabo del espíritu religioso. Pues, en cosa muy peligrosa, cuando exentos tienen armas a su disposición, cuando hay que gobernar a bárbaros armados, cuando sus párrocos no tienen que obedecer al obispo, en especial en regiones tan apartadas. A mí me parece ser todo esto una especie de independencia del dominio real y de la potestad apostólica.

[f. 45v] Acumulan otros cargos más, y para coronar dignamente sus lucubraciones, concluye el evangelizo gobernador diciendo que san Pedro había declarado haber abandonado todo para seguir a Cristo, mientras los religiosos de la Compañía quieren apoderarse de todo.

Todo esto se halla en la carta del gobernador, inspirada por el obispo, y las calumnias contra la Compañía que contiene son tan falsas como las que se alega en el loor del obispo. Los que conocen a la Compañía y a don Fray Cristóbal, saben que en muchas cosas miente la carta. No es este el lugar para deshacer las calumnias tan patentes, y tampoco no se dirá nada de las costumbres del obispo, para que no tiemble la pluma, ni se manche la página. Y cualquier hombre sincero dirá que en estas provincias soportan los de la Compañía igualmente como en todas partes, fieles a su instituto y a los principios eclesiásticos y seculares, hasta derramar por ellos su sangre. No es verdad que los párrocos instruyen a los indios en el uso de las armas, porque no entienden nada de eso, aunque en Europa, cuando se trata de salvar ciudades y de defenderse de los enemigos, salen armados en vestido religioso sacerdotal de toda clase y todavía no ha pasado un siglo de aquella vez en que supimos realizar esto en la misma ciudad de Roma.

Que las armas y fuerzas de los indios únicamente peleen a favor de los ministros reales, esto sólo puede negar uno que está obcecado por la pasión.

[f. 46] Pues, cada vez, cuando los gobernadores del Paraguay los han llamado a las armas, otras tantas veces han obedecido los indios al instante. Eran los primeros en el ataque, y en dar su vida y sangre. El visitador real don Andrés Garabito de León, varias veces,

a ruegos, lo ha testificado públicamente, lo mismo el actual gobernador de la misma provincia, que muy oportunamente les asistieron las tropas auxiliares de los indios, enviados lealmente por los padres. No han experimentado lo mismo con tanta frecuencia los gobernadores de Buenos Aires, porque no los precisaron tantas veces; pero cada vez cada vez que ellos lo ordenaron, se les obedeció del mismo modo.

En referente a los jesuitas extranjeros que hay por allí, hay que decir que tienen la formación de la Compañía, y por lo tanto se extrañan mucho de ser tenidos por extraños. Nadie puede ser más afecto a España y su Rey como ellos; nadie puede ser más celoso en la instrucción de los indios, a ser obedientes a Dios y al Rey.

Pero basta con esto, ya que más tarde, después de haber examinado más despacio a la Compañía y el proceder del obispo; el mismo gobernador, mejor informado sobre las reducciones de los indios, cantó la palinodia y se disculpó delante del Rey, de su precipitación en firmar lo que había escrito el obispo, deshaciendo en otra carta las calumnias. Al obispo, empero, no pudieron ganar la voluntad; al contrario, el año pasado hizo otra vez una de las suyas contra la Compañía. Con ocasión del jubileo del Año Santo, que el sumo pontífice [f. 46v] había concedido a estas provincias, interpretando el obispo maliciosamente las palabras del decreto "*quilibet confesionarias al ordinario approbatus potest absolvere a casibus*", como si para ese tiempo tenía éste que seleccionar y aprobar sacerdotes; pues, aprobó de las demás órdenes hasta a los ineptos, mientras excluyó de este ministerio hasta a algunos de nuestros padres, eximios en virtud y letras, pero de los cuales tenía aversión. Aunque era nula esta su disposición, sin embargo se sujetaron aquellos padres a su voluntad, no obstante de los clamores del pueblo, y ante todo de los negros, que nunca perdonaron, que por el obispo, el cual tenía que ser su padre, prohibiera al prefecto de su cofradía que se confesasen con él. Así, defraudados de los beneficios del Jubileo, pedirán cuenta un día al obispo delante del tribunal de Dios.

Omito las muchas calumnias proferidas por él contra nosotros, de palabra y por escrito; y las injurias que pagaron los nuestros con

servicios. Así alcanzó nuestro padre rector del gobernador el cual ya vivía en discordia con el obispo y le había tratado públicamente con palabras injuriosas, aunque era verdad lo que decía, que se fuese al palacio del obispo, en compañía con muy grande séquito de distinguidos caballeros, para pedirle perdón, como se ha hecho.

Se comenzó en el colegio una escuela de primeras letras, pero no antes que lo había pedido el obispo, para que no se enojase, aunque era un gran favor, y ya mucho tiempo antes lo había pedido la ciudad [f. 47] entera, con el gobernador y cabildo seglar.

Ahora, al fin, invitó a celebrar un sínodo, pero era voz común que sólo para el fin de decretar mucho en contra de la Compañía. Pero la Compañía estaba bajo la protección de Dios.

Mientras yo escribo esta Carta Anua, vino a mi mano una carta, por la cual el gobernador de Buenos Aires avisa al presidente de la Real Audiencia de la Plata, que mucho tiempo estaba embaucado por el obispo de esta ciudad, y ahora que aquel se ve descubierto, no deja piedra por mover para imposibilitarle la administración de la justicia, y a desacreditarle delante el público, instigándole a hostilizar a los religiosos de la Compañía, aborrecidos por el obispo sólo por el motivo de defender ellos sus derechos. Así había promulgado la celebración de un sínodo, sólo para el fin de expulsarlos de los pueblos de indios, para entregarlos a sus clérigos, no haciendo caso al Consejo de Indias, ni del Rey mismo, y amenazando que obligaría bajo excomuni3n al gobernador a prestar la ayuda del brazo seglar. La última raz3n de todo eso es (añadi3) la pura codicia. Pues el mismo haba oido muchas veces [decía el obispo] que sacaría muchos recursos de aquellos pueblos, tan pronto que pasaran de las manos de la Compañía a las suyas. Tal cosa, empero, no sería posible sin convertir en tiranía la cura de almas, y sin poner en frente de las ovejas, no pastores sino lobos. Sería una barbaridad expulsar a los padres, los cuales sin soldados españoles, sino sólo por amor de Dios haba recogido en los montes a aquellos indios, convirtiéndolos de la idolatría a la civilizaci3n y al cristianismo, conquistando a Dios y al Rey tribus tan numerosas, y esto con tantos trabajos y peligros. [f. 47v] Era

además cosa muy arriesgada aquella pretensión del obispo, ya que fácilmente podía suceder que los indios se trocasen de amigos y súbditos, en porfiados enemigos, al ver innovaciones en su gobierno, entremetiéndose clérigos; a lo menor era de esperar que se escaparían a sus montes y volverían a su infidelidad.

Alcanzando el obispo esta sin pretensión con razón lo critican (o comentarían) a su modo los herejes y los enemigos del nombre español.

Añadió el gobernador, que el obispo era muy aferrado en sus ideas e intereses y en su intención de difamar a la Compañía, ya que él le había oído hablar muchas veces enormes barbaridades contra ella que, después de diligente investigación, comprobó ser completamente falsas. En lo tocante a los famosos líbelos, sino habían salido de sus plumas, a lo menos aprobó y diseminó los compuestos por otros, en especial por ciertos franciscanos. El origen de esta ojeriza se debe a que las lechuzas no pueden soportar la luz de la Compañía. El obispo quedó desde entonces más irritado y más desafecto a la Compañía, porque veía confesarse al mismo gobernador con el rector [del colegio]; y por eso les tenían que pagar el pobre rector y los suyos, diciendo el obispo que se adjudicaría todos los derechos para imponerse por fuerza, como si hubiera reunido en su persona todas las facultades pontificias y regias, amenazando con excomunión al que se atreviera a oponerse a él. Así es, que no faltaría más, que acobardado el cabildo de la ciudad por la inminente censura eclesiástica, sería capaz a proclamarle por gobernador.

Estas y otras cosas semejantes contienen la carta al presidente.

Los colegios de la Rioja y de Santa Fe

[f. 48] La ciudad de la Rioja es una de la más pequeñas de la provincia de Tucumán, pero bastante afecta a la Compañía. En el colegio de aquella ciudad hay 7 sujetos nuestros, de los cuales ordinariamente 5 son sacerdotes. El trabajo de ellos es grande, pero

agradable por el provecho que se saca, siendo ellos llamados a cualquier parte por todos. Ante estaba la casa muy agobiada por las deudas, de las cuales se libró felizmente, sobrados los recursos para fomentar el culto divino y el adorno del templo, a gran contento de población, lo que se manifestó en especial por la asistencia a la inauguración de una artística estatua de la Virgen Inmaculada, traída de nuestros pueblos de indios. Se alborozó toda la población, habiendo por algunos días representaciones domésticas, estando el templo profusamente adornado, habiéndose compuesto expresamente para esta ocasión canciones en loor de la Virgen, y organizándose una solemne procesión. Adscribiéndose en masa a las congregaciones marianas.

Omito lo mucho que se consigue por nuestros misioneros que recorren la comarca de Rioja, para no repetir lo dicho anteriormente.

Ya hemos hablado de aquella fiesta en honor a la Virgen Inmaculada, ya podemos tratar de la ciudad de Santa Fe, distante del puerto de Buenos Aires cien leguas, de la ciudad de Córdoba 60 leguas. Pues cuando se oyó allí el rumor de lo que en España habían hecho todas las clases sociales para fomentar la celebración de este misterio, no ahorrando gastos y trabajos, ni arte e industria, se resolvieron aquí también los seglares y religiosos todos, para hacer lo mismo [f.48v.] organizando actos religiosos; celebrándose misas solemnísimas; oyendo los panegíricos en loor de la Inmaculada, iluminando las iglesias, conventos, casas de ricos y pobres, torres y plazas; haciendo procesiones de antorchas de noche y juegos populares durante el día; en una palabra: no omitiendo nada para ensalzar la fiesta en honor de la Inmaculada. Ante todo, se distinguió nuestro colegio por el esplendor de la solemnidad, acudiendo en masa la población, y coronando la fiesta mariana con el recibimiento devoto los santos sacramentos.

Tal vez se debe atribuir a este entusiasmo religioso la victoria alcanzada poco después sobre los bárbaros salvajes, sin notable pérdida. Muchas veces habían asaltado la ciudad, y nunca se les podía sujetar, tanto que ahora se habían conjurado para arruinarla por completo. Le habían hecho, tras la victoria, 300 cautivos, entre los

cuales algunos fueron condenados a la muerte. Pero tampoco estos entraron en juicio, ni quisieron saber nada del cristianismo. Lo que nadie pudo lograr, lo alcanzó por fin un padre de nuestra Compañía. Los instruyó brevemente y los bautizó, para que después de su muerte violenta entrasen al cielo. Los demás [indios cautivos] han sido encomendados a los de la Compañía, para que los instruya en la religión cristiana y para poder bautizarlos.

En la misma ciudad había una grave discordia entre las autoridades eclesiástica y civil. Consecuencia de este era la excomunión de muchos y el interdicto de toda la ciudad. Pareció implacable el vicario del obispo.

[f. 49] El teniente de gobernador de la ciudad, por lo demás hombre de sentimientos peligrosos, estaba indignado de la soberbia de aquel hombre, y no pudo resolverse a pedirle perdón. Se empeñaron los nuestros a aplacar los dos. Se acabó el anatema y se restableció la concordia.

Mientras tanto comenzó otro lío. Había entre los franciscanos un sujeto, que había sido anteriormente despedido de la Compañía, que se disgustó por un pasaje de un sermón del padre rector de Santa Fe. Comenzó, en seguida, a desbocarse desde el púlpito y sembrar discordia por la ciudad contra nosotros, repartiendo al mismo tiempo líbelos difamatorios en masa, enajenando cada vez más los ánimos contra nosotros, así que todo el mundo nos huyó. Todos los franciscanos juntos atizaron el fuego de la discordia. Nuestros padres se callaron, y sufrieron con paciencia las injurias, aunque sintieron mucho tal estado de cosas. Al fin triunfaron ante el enemigo encarnizado. Pues, los habitantes de la ciudad se avergonzaron de haber creído con tanta facilidad a aquel prófugo, y volvieron a nosotros para servirse del consejo, la dirección y la enseñanza de la Compañía.

Hace pocos meses, fue enviado por el padre provincial, al clima de su tierra natal, el hermano Juan Núñez de Ábalos⁵⁸, para ver si se podía sanar en la ciudad de Asunción, 150 leguas distante.

⁵⁸ Juan Núñez de Ábalos nació el 5.VII.1630 en Asunción e ingresó a la Compañía de Jesús en el Paraguay el 19.III.1647. Falleció en Corrientes, Argentina, el 7.I.1654.

Pero, apenas había viajado unas 80 leguas, se vio forzado por el mal estado de su salud, a detenerse en Corrientes, porque vomitó continuamente sangre del pecho. No llegó a su tierra, sino a la patria celestial⁵⁹, muriendo allí [f. 49v] a los 23 años de edad y 7 de Compañía. Era natural de la Asunción, descendiente de la primera nobleza, habiendo perdido sus padres en muy temprana edad, siendo educado en poder de sus abuelos y tíos, los cuales eran sumamente desafectos a la Compañía. Pero nadie logró doblar el ánimo de nuestro Juan, ni el odio encarnizado de sus parientes contra nosotros, ni las insidias de mujeres malas. Vivió el como un lirio entre espinas, conservando la pureza de costumbre, y alcanzó así por el mal ambiente en que vivía, una doble corona. Era tan afecto a la Compañía, que nadie le pudo apartar de su dirección, ni lograron sus parientes hacerle partidario del obispo del Paraguay, y que firmase los escritos calumniosos contra la Compañía. Lo tenía que pagar muy caro, tanto que tuvo que refugiarse en nuestra casa, donde le vino la idea de entrar en ella, teniendo entonces 17 años de edad. Hasta esta fecha nunca había mentido (cosa maravillosa en semejantes provincias), ni en la escuela, ni en casa, ni en la calle.

En el noviciado pareció ya veterano en la Compañía, por el ejercicio de las virtudes y de su disciplina religiosa; por su humildad, mortificación y vida austera en cada momento; por su trabajo y por su paciencia en los oprobios. Tenía siempre tanto dominio sobre sí mismo, que nunca perdió la paz y tranquilidad de su alma, ni por ninguna adversidad. Demostró esto ante todo, cuando, apenas comenzado los estudios de filosofía [f. 50] los superiores le mandaron interrumpirlos por su poca salud. Obedeció sin réplica, y con su natural inclinación y amor a la Compañía, y por querer cumplir con su deber, hizo lo que pudo, contentándose con enseñar las primeras letras a los niños, ayudando a los sacristanes y haciéndose útil con servicios domésticos. Tres años pasó de este modo, agravándose cada vez más su enfermedad, declarándose la tisis. Así sucedió que, enviado por el padre provincial a su tierra natal, faltándole todavía 70 leguas hasta la

⁵⁹ + Jun. 1654.

Asunción, murió en Corrientes. Por no haber colegio de la Compañía en aquella ciudad, le asistió al morir el padre ex provincial de la Merced, fray Pedro Nolasco, administrándole los últimos sacramentos, admirando la bondad y piedad del joven, de tan grande virtud en edad tan temprana. Asistieron de su propia iniciativa a los funerales todos los religiosos de los diferentes conventos, y toda la ciudad, la cual se sintió feliz por poderse enriquecer con los despojos mortales de aquel santo mancebo. Nos contó todo esto en carta a Córdoba el padre ex provincial, quedando todo el mundo convencido que nuestro Juan nunca había manchado su vestido bautismal. Murió el 5 de junio de 1654.

A la misma ciudad [de Corrientes] acostumbran irse dos padres misioneros desde nuestras reducciones de indios, alcanzando fruto no [f. 50v] pequeño. Así, entre otros casos, lograron sacar a algunos endurecidos en los vicios del cieno de un torpe concubinato y llevarlos a la frecuentación de los sacramentos. Hubo una mujer que ya por muchos años se había confesado mal, callando la pérdida de su virginidad, aunque seguía practicando la religión, logrando convertirse al fin.

Un hombre vivía ya 50 años criminalmente, no teniendo ya nada de cristiano, sino la costumbre de obsequiar un poco a la virgen. Se impresionó tanto por los sermones de los padres, que sin demora vomitó el veneno, por tanto tiempo retenido en su interior, muriendo poco después, habiéndose escapado de la muerte eterna, como podemos esperar.

El colegio de la Asunción

Aunque hayan amainado algún tanto las tempestades suscitadas por el obispo, no se han sosegado del todo las olas. Esto no detiene a los padres de ejercer sus ministerios apostólicos con paciencia y por amor de Dios.

Se ha hecho una misión muy provechosa a la ciudad de Villarrica, y han vuelto los padres a los itatines. Comencemos con ellos. Tan pronto como el gobernador Sebastián de León y Cazabe

había dominado la sublevación de los habitantes, y obligado el obispo a obedecer a las órdenes del Rey, se empeñó a devolver a nuestros padres a la misión de los itatines, de donde vergonzosamente habían sido expulsados en 1648. Llamó para este fin al padre Justo Mansilla, superior de los expulsos, y a la sazón estando en Córdoba para que [f. 51] volviese allí juntamente con sus compañeros, y para darles satisfacción por el agravio sufrido con la expulsión. Nombró para este fin un capitán con representante suyo, el cual se marchó en compañía con los padres. Al llegar a las aldeas de los itatines, se llamó a los caciques con toda su gente de indios. El capitán instaló solemnemente en nombre del Rey a los padres, desaprobando la injuria de su anterior expulsión, y tomando acta de todo,...

El número de indios que les quedaron apenas llegó a 300 familias, habiendo sido más de 600 unos 15 meses antes, al ser expulsados los padres. Era de ver la alegría de los indios neófitos sobre la vuelta de los padres. Vinieron grupos de ellos de todas partes, para poder besar a lo menos la orla de su manto. Les volvió el antiguo afecto hacia nosotros, aunque parecía borrado por la sistemática denigración de parte de nuestros émulo. Dio ejemplo en eso el cacique del pueblo, el cual había sido trastornado por los clérigos; pero cuando supo que habíamos vuelto a la capital del Paraguay, envió allá una embajada de 14 indios, a gran enojo de los pseudo-párrocos. Tenía la embajada que ofrecer sus servicios en caso de que los padres volviesen a su antigua misión. Se les festejó ahora en los dos pueblos. Vuelto al fin la escolta de españoles, comenzaron los padres por reformar piedad y costumbres, decaídas no poco en su ausencia, por culpa de los lobos que habían venido en lugar de pastores.

Después hubo que buscar a los que habían huido, que eran muchísimos, pero cuyo número había menguado por una peste que sobrevino. Se alejaban a veces los misioneros 20 leguas, buscándoles por los montes y desiertos [f. 51v] sufriendo hambre, pero satisfechos al hallar a los descarriados, llegando a veces muy a tiempo para poder bautizar a los moribundos. Así en una breve excursión al Pirapó lograron bautizar a 28 criaturas que pronto murieron. Se distinguió mucho el

padre Mansilla por su incansable trabajo a favor de los indios, que por hambre y enfermedad se habían desparramado por los campos, montes y desiertos, y a los cuales sólo con suma dificultad pudo hallar, sucediéndole a veces que algunos por amor a la libertad de costumbre rehusaron seguirle. Pero Dios le ayudó de una manera espiritual, disponiendo que el principal instigador de los indios refractarios fuese desgarrado por un tigre a vista de todos.

[f. 52] Bendijo Dios estos trabajos, dando buen conocimiento a los bárbaros y dándoles la gracia de bien morir. Lo consoló mucho a los padres el caso del lusitano del Brasil, el cual era culpable, unos pocos años antes, de la muerte del padre Alonso Arias⁶⁰, del saqueo de la Iglesia y del incendio de la aldea. Fue estrechado por una partida de bárbaros y después de haber hecho una carnicería entre ellos se escapó. Después acordándose de su libertad lograda en un momento muy crítico y del sacrilegio que había cometido aquí, se arrepintió y devolvió a los padres los ornamentos sagrados robados entonces. Poco después emprendió otra vez una maloca para cautivar indios y a poca distancia de nosotros, se enfermó el invasor, faltando el agua y no pudo proseguir su intento.

Mientras tanto, el padre Mansilla estaba preparando una de sus expediciones que esta vez tenía que ser más larga y más dificultosa todavía que las anteriores, metiéndose no menos de 70 leguas hacia el interior. Es indescriptible lo que sufrió abandonado de todo socorro humano, durante el espacio de cinco meses cazando almas entre montes, peñas, breñas y cuevas, vadeando ciénagas y otros obstáculos, en una tierra llena de víboras y fieras, y con nubes de mosquitos. Pero el resultado del trabajo era muy satisfactorio. Pues en ambos pueblos de los Itatines a nuestra vuelta como dijimos, apenas había 300 familias pero ahora son instruidos por los padres 900.

⁶⁰ El padre Alonso Arias, nacido en Jaraicejo, Cáceres, España. Ingresó a la Compañía de Jesús en Castilla el 7.IV.1629. Recibió sus primeros votos dos años después. Llegó a Buenos Aires el 20.XII.1636 e hizo su voto de coadjutor en San Ignacio, Misiones, Paraguay, en 1646. No alcanzó a pronunciar sus últimos votos debido a que encontró el martirio entre los itatines del Paraguay el 7.XI.1648.

Llegaron acá dos nonagenarios [f. 52v] los cuales apenas bautizados se fueron al cielo.

El santo padre Ignacio libró la casa de un neófito de los espectros que la infestaron solo con fijar allí un papel con la breve invocación: San Ignacio, ruega por nosotros. Quito otras cosas para no hacer demasiado larga esta carta, y voy a referir algunas cosas notables de otra misión.

Dista de la ciudad de la Asunción la del Espíritu Santo, llamada también Villarrica, a unas 50 leguas. Había allí una epidemia por lo cual el gobernador don Andrés Garabito de León pidió que se enviase allá al padre Cristóbal de Altamirano⁶¹ con un hermano coadjutor de compañero porque había escasez de sacerdotes. Es un hombre hecho para todo y entiende perfectamente la lengua de los indios. Por caminos muy malos llegó al fin a una aldea de indios, una sola legua distante de la ciudad. Se detuvieron allí unos indios con lágrimas en los ojos y en un espacio de seis días casi todos se confesaron con el padre. Eran unos 800 según el cálculo del padre haciendo los más una confesión general de toda la vida, arreglándola ahora no pocos, ya hombres de edad, casándose por la iglesia, después de un concubinato hasta de 30 años. Había seis mujeres públicas que se levantaron del lodo, viviendo en adelante como penitentes. Había no pocas indias los cuales con ocasión de irse al río [f. 53] para sacar agua solían pecar como prostitutas. Cortó el padre esta costumbre mala, no permitiendo que en adelante se fuesen los niños a sacar agua, sino acompañadas por personas de respeto. En poco tiempo se trocó por completo aquella aldea, siendo antes casi un infierno, era ahora casi un cielo. Se enojó el demonio sobre su derrota en aquel pueblo. Temiendo al padre, jugó todas sus artes diabólicas y logró preocupar contra él al vicario del Obispo, el cual se desató contra él por palabras y escrito y bajo pena

⁶¹ El padre Cristóbal Altamirano nació el 11.VI.1602 en Santa Fe, Argentina e ingresó en la Compañía de Jesús el 11.I.1612 en Paraguay. Realizó su cuarto voto religioso en Concepción, Misiones, Argentina el 28.X.1638. Fue Superior de los guaraníes entre los años 1660 y 1665 y 1678 y 1680 y procurador en Europa entre 1670 y 1674. Falleció en Apóstoles, Misiones, Argentina, el 27.IV.1698.

de excomuni3n y multa de 50 ducados prohibi3 que alguien se confesase con el padre ni tratase nadie con 3l, sea espa3ol o indio, por haber incurrido el padre en censuras y haber sido excomulgado por el obispo. Mand3 que ning3n p3rroco permitiese que dijera la misa, ni que asistiese a 3sta. Cumplieron los sacerdotes con lo ordenado, ya que se hab3an alborotado por la llegada de nuestro padre, a consecuencia de los muchos cr3menes que cometieron, y en especial porque viv3an en concubinato y hasta en incesto. Uno que otro religioso de vida poco religiosa hablaba barbaridades contra los padres y contra la misma Compa3a, en templos, casas, calles y plazas. Quedaron los habitantes muy desafectos contra nosotros y los pocos amigos nuestros, temiendo los castigos anunciados, no se atrevieron a acercarse al padre. Hasta los mismos indios por miedo de su amor y embaucados como los dem3s, le hu3an.

As3 se tuvo como fracasada la misi3n sin remedio, pero faltando el socorro humano, vino el socorro divino.

El padre Crist3bal se present3 sin miedo al vicario sin pensar en amenazas con la divina venganza sino rogando humilde y respetuosamente [f. 53v] echado a los pies de aquel, y hablando tan dulcemente como inspirado del Esp3ritu Santo, que Saulo se troc3 en Pablo, abrazando a nuestro padre, revocando los injustos decretos y exhortando a todos a escuchar a 3ste, recomendando a toda la ciudad que se aprovechasen de la presencia del sacerdote.

Acudieron en masa para gozar de esta felicidad y en poco tiempo hubo una abundante cosecha. Este pobre pueblos tan apartado estaba sumergido en toda clase de cr3menes, no conociendo sus habitantes lo que es el temor de Dios, ni el respeto que se debe a los hombres. Pues all3 se juntan gente de todas las provincias y naciones, para explotar la yerba del Paraguay, tan apreciada en Am3rica, la cual se produce en los montes de los alrededores. Las mujeres all3 son muy sinvergüenzas, y los hombres muy deshonestos, los comerciantes muy codiciosos, los del pueblo muy ladrones, los ni3os y las ni3as corrompidas ya a muy temprana edad, muy ignorantes hasta en los rudimentos de la fe cristiana, pero muy duros y

experimentados en toda clases de barbaridades. Allí se oprime a los indios se cometen fraudes en el juego, se obsequia a Baco, se desprecia la frecuencia de sacramentos, se va poco a misa y no existe convento religioso, siendo los religiosos de allí inestables [enclaustrados], nada menos que observantes. En una palabra este era un pueblo cristiano, donde por nada hubo ni un solo cristiano. Se podría decir que era más miserable que Nínive antes de su conversión. Pero Jonás no era más potente que nuestro feliz Altamirano. Pues apenas anunció desde el púlpito los juicios de Dios, apenas declaró en el confesionario que se habían escapado de la ira de Dios, apenas comenzó en las frecuentes conversaciones a animar a la gente a entrar en buen juicio, cuando, con el favor de Dios, [f. 54] toda la ciudad se conmovió a hacer penitencia. Día y noche se acercaron al padre para confesar sus pecados, hombres y mujeres, en casa y en el templo, quedándole apenas tiempo para rezar el breviario y decir la misa. Muchas veces quedó sin comer, y pudo dormir muy poco. Oyó en este pueblo 2.500 confesiones, de las cuales 400 eran generales de toda la vida, y todas hechas entre lágrimas y sollozos de los penitentes.

Era imposible servirles él solo a todos a un mismo tiempo, por lo cual algunos, que ya no podían aguantar el dolor y arrepentimiento, se fueron a otros sacerdotes, diciendo a ellos que venían, porque temían morir de dolor, antes que lograsen confesarse con el padre.

Se mostró el buen éxito de la misión también por otras señales: pues se restituyó la plata mal habida, se restituyó la fama de muchos y muchos que vivían en concubinato desde hace ya 20 y 30 años; se casaron por la iglesia o bien despacharon la concubina. Se convirtieron no pocas mujeres públicas, especialmente cuatro principales de ellas, verdaderas redes de Satanás para perder las almas. Después de un llamado “ejemplo” quedaron éstas tan conmovidas que no quisieron salir del templo sin haberse confesado.

Hubo cuatro insignes cómplices de ellos, los cuales se enojaron sobre manera sobre su conversión, y después de haberlas desaconsejado vanamente, prorrumpieron en amenazas, [f. 54v] a lo

cual contestaron aquellas con tanta seriedad y unción que aquellos se desistieron de sus malas intenciones y se confesaron también con el padre.

Había cierta persona eclesiástica que vivía incestuosamente con dos hermanas, y tan apasionadamente, que no hubo esperanza de remedio teniéndolas secuestradas en casa, siendo la misma madre alcahuete del crimen. Oyeron las pobres en su reclusión la voz del orador y supieron de los subsiguientes gemidos, pero no alcanzaron permiso para asistir a la misión. Al fin tuvo que ausentarse del pueblo aquel hombre sacrílego, y aquellas se escaparon para irse al templo y echarse a los pies del padre confesor. Era tan grande su agitación, sea ella causada o del demonio, o de su gran arrepentimiento, que se desmayaron. Vueltas en sí, se pudieron confesar y salvar. Pues al instante se disolvió la criminal relación y ambas se distinguen ahora por su piedad y pudor. Había cierta mujer, la cual, o por hechicería, o por cierto ingrediente, había vuelto a su pretendiente estúpido e insensato. Los dos oyeron la predicación del padre y sanaron en cuerpo y alma.

Otros muchos casos de esta clase omito para ser breve. Se pagaron muchos odios y referido a ellos no puedo callar un caso muy notable. Había cierta persona, lista ya para matar a cierto individuo que le había estafado 8000 ducados y arruinado su reputación. Al acabar el padre el sermón de la pasión de Cristo, se echó a los pies con un torrente de lágrimas, retiró las armas, abandonó al odio y perdonó al enemigo confesando públicamente que esta misma noche le iba a matar.

Donde las primeras autoridades civiles estaban en litigio por un interés de 10.000 ducados, insultándose mutuamente con graves injurias

[f.55] Ya se iban a la mano, para herirse, en grave escándalo, cuando, habiendo oído el mismo sermón, se dejaron de su discordia, perdonándose mutuamente la plata y las injurias. Fuera de estos dos, hubo doce personas más que en esta ocasión se perdonaron al pie del altar las ofensas, y sesenta se confesaron después de este sermón

con el infatigable padre. Además, aquel mismo día hubo disciplina pública, en la cual la concurrencia se azotó tan cruelmente hasta la sangre, que el padre en alta voz tuvo que poner fin a la flagelación, para que la gente no se hiciese daño por esta excesiva penitencia.

Así se han combatido otros vicios más, y con el mismo resultado feliz.

No se olvidó el buen padre Altamirano de la juventud, instruyéndolos en el catecismo, y confesando hasta 100 de ellos en un solo día, obteniendo los más adelantados el permiso de comulgar.

Tocó su turno también a los indios, buscándolos el padre no sólo en el pueblo, sino también en sus alrededores. Así es que la cosecha de almas para los graneros de Dios resultó brillantísima.

Sobrevino a aquellas tierras una cruel peste, en la cual murieron los indios en masa, y por la desidia de los párrocos murieron muchos sin sacramentos. Así hubo en cierta aldea 43 casos fatales, habiéndose confesado sólo 3 personas. Tan pronto que pudo dedicarse el padre Altamirano a ellos, quedando más de 100 días entre ellos, así que en adelante no murió nadie sin sacramentos, ni indio, ni español, ni en el pueblo, ni en la vecindad, haciéndose este enorme trabajo por un solo hombre, siendo inexplicable, como le pudo aguantar [f. 55v] sin especial ayuda de Dios, quedando él, además, muchas veces sin comer, siempre caminando, siendo de seguro su comida la misma, de que habló Jesucristo con ocasión de su encuentro con la samaritana. Sucedió que llamado a veces a distancia de 3 leguas, para confesar a un enfermo, preguntaba, como por inspiración, quién mas estaba allí enfermo que precisara confesarse. Así se encontró con algunos desprevénidos, a los cuales preparó para la confesión, muriéndose ellos pronto después. Otras veces, después de haber confesado a algunos enfermos, quería volver a casa. Pero, se pusieron espantadizos los caballos, y era imposible hacerlos caminar adelante. Les soltó la rienda, y a galope se fueron por en medio de los campos, hasta parar delante un miserable rancho en donde había un enfermo grave que necesitaba confesión.

Encontró entre otros a uno, que ya 5 años hacía que no se había confesado, ni hecho un solo acto de contrición. Se había hecho un verdadero demonio. Le impresionó la bondad de nuestro Altamirano, tanto que se resolvió a confesarse con él. Pero apenas comenzada la confesión, quedó temblando y profiriendo horribles alaridos. Esperó un rato el padre, para orar por él, invocando entre lágrimas a nuestro santo padre Ignacio. Se retiró Satanás, y siguió confesándose aquel pecador; es de esperar que éste ahora se encuentra entre los siervos de Dios.

A otro encontró, el cual ya 34 años no había sabido nada de los sacerdotes, y ahora estaba muriéndose. También a éste pudo ganar para Dios, sacándole de las garras del infierno.

[f. 56] Corrió la voz de todo esto entre la gente, por lo cual se aficionó sobre manera del padre y de toda la Compañía; y no contentos con haberse convertido ellos mismos, taparon la boca a los malévolos, los cuales, vencidos por la bondad del padre, no podían menos que cantar la palinodia de la que habían dicho de la Compañía, y respetar al fin a los que antes aborrecían.

Ayudó a ese mismo algunas veces Dios de un modo maravilloso. El principal enemigo de la Compañía era cierto personaje distinguido, el cual la había difamado mucho, habiéndolo aprendido del obispo del Paraguay, llamándolos herejes, cismáticos, ladrones, etc. Y aconsejado que entre en comunicación con el padre Altamirano, profirió muchas injurias contra él. Estando todavía ocupado el padre en aquel pueblo, se confesó este individuo con otro sacerdote, atreviéndose a acercarse a la Sagrada mesa eucarística para comulgar. Apenas descansó el pan eucarístico sobre aquella mala lengua, estremeció, y por un estupendo milagro, delante los ojos de toda la concurrencia, salió precipitadamente la santa Hostia de aquella boca sucia, y voló de prisa otra vez al copón, quedando pasmados de espanto tanto el sacerdote como los demás. Este inesperado percance llenó al miserable de temor de Dios. Se levantó y vuelta a la concurrencia estupefacta, se desdijo de lo que antes había mentado contra la Compañía y contra el Padre Altamirano, confesando públicamente

que por injurias había merecido que Dios se alejase de su lengua tan sucia por lo que tantas veces había dicho contra los siervos de Dios. Que sepan todos que sus murmuraciones no eran nada más que mentiras, por las cuales pedía perdón a Dios y a los hombres.

Se confesó otra vez y mejor, y después pudo comulgar, siendo su Dios oculto por el velo eucarístico ya no juez airado, sino Padre misericordioso. Basta esto [f. 56v] referente a aquella misión.

Es tiempo ya que volvamos a la ciudad de la Asunción, de la cual nos hemos apartado, para referir lo tocante a aquellas dos misiones. Comencemos con mencionar al muy reverendo fray Francisco de Ribas y Gavilez⁶², el cual, nombrado Provincial de los mercedarios, se apresuró a manifestar su afecto a la Compañía, y defenderla de las calumnias, tanto de palabra, como por escrito en sus cartas al Rey. Anuló todas las injusticias cometidas contra fray Pedro Nolasco, vindicándolo de toda culpa, y dándole licencia para irse a donde más le placiese; dando cuenta también al Rey de las barbaridades cometidas contra él y la Compañía por los enemigos de la buena causa.

Mientras tanto siguió el obispo del Paraguay maquinando contra la Compañía; y viendo que había caído en descrédito entre los peruanos, aumentándose, por lo contrario, la estimación para con la Compañía, salió con una de las suyas, es decir con invenciones indignas de un cristiano. Divulgó, que un indio le había dado cuenta de unas minas de plata, más ricas que las de Potosí. La codicia hacía creíble la fábula, y se alborotó toda la ciudad, alegrándose como si ya se sacaba la plata. El se comprometió denunciarlas luego a los oficiales reales, esperando sólo la aprobación de algunas condiciones presentadas por escrito a la autoridad de Potosí. Primero: que se expulsara a la Compañía de Potosí. Segundo: que se le pagasen cada año 100.000 ducados. Tercero: que 200.000 se pusiesen a censo para repartir los intereses a los pobres. Cuarto: que a cualquier partidario suyo se librara de cualquier tributo. Estas condiciones abrieron los

⁶² Figura como fray Francisco de Rivas y Gavilán, provincial de los mercedarios entre 1653 y 1656. Maeder, Ernesto. Nomina... p.142.

ojos a la gente sensata [f. 57] y poco después se hizo patente el engaño, quejándose delante la autoridad sobre los sueños del obispo, los mismos que fueron sus instrumentos para divulgarlos; habiendo dicho también a ellos que ya tenía 113 años de edad.

Mientras tanto, se mostró el gobernador del Paraguay, don Andrés de Garabito León, como ya dije en las cartas anteriores, poco afecto a la Compañía, y muy preocupado de juntarse una fortuna, sólo procurando tapar con el olvido las barbaridades cometidas contra la Compañía. Ni siquiera pidió cuenta de lo perpetrado contra ella durante su propio gobierno. Era muy hostil a Sebastián de León y a los amigos de la Compañía, no dejando pasar ocasión para hacerles daño en su fortuna y fama. Sabiendo del gobierno de la provincia para volver a la Real Audiencia de la Plata, los ofendió en público decreto, anulado por eso por la misma Audiencia. Por encargo del Virrey fue nombrado gobernador del Paraguay don Cristóbal de Garay, caballero muy ilustre y cristiano, enemigo de las intrigas. Apenas había tomado las riendas del gobierno de la provincia del Paraguay, cuando tramó una sedición popular el vicario del obispo del Paraguay, el canónico Juan Vizcaíno de Agüero.

Dios mismo vigiló por la suerte de la Compañía. Pues cuando aquel quería obligar a la Compañía, para que por escritura pública reconociese la jurisdicción del obispo, bajo pena de excomunión del rector y de otros padres, indicados por el obispo, quedando cerrada y entredicha nuestra iglesia, llegó una carta que le depuso de su cargo, y nombró en gobernador eclesiástico a Pedro de la Cabeza, en provisor a Francisco Benítez, en visitador a Diego Núñez, todos incurrido en las censuras [f. 57v] promulgadas por nuestro [juez] conservador, todos escandalosos públicos, habiendo el último de los nombrados violado el sigilo sacramental, por lo cual, y por otras causas, estaba suspendido, se había escapado de la cárcel, y no sabía ni siquiera el latín. Estos, aunque nos eran muy contrarios, sin embargo no se atrevieron a hacer algo contra nosotros, sea que lo prohibió el gobernador civil, sea que los canónicos casi unánimemente no admitiesen a Cabeza, sino bajo esta condición; y al fin, porque este,

descontento de tener que compartir el gobierno con otros, apartó de él a sus compañeros. De lo cual se originó una discordia entre ellos, quedando nosotros en paz y tranquilidad.

Gran parte de ella debemos al nuevo rector del colegio, padre Cristóbal Altamirano, grandemente aceptó a todos. Así sucedió, que la ciudad se nos acerca más que nunca; y lo que aquí es una cosa inaudita, por ocho meses enteros, nunca han faltado en el colegio algunos caballeros, que han hecho los Ejercicios de San Ignacio, mostrándose el buen fruto en su enmienda de vida y sus prácticas religiosas. Había entre ellos un amigo de la Compañía poco edificante, al cual nunca se pudo ganar para hacer Ejercicios. Cayó gravemente enfermo estando en el campo. Hizo voto de hacer Ejercicios, con tal que sanara. Sanó y no cumplió su promesa. Asistiendo un día a misa en nuestra iglesia, cayó por un ataque apopléjico. Lo llevaron medio muerto al claustro donde se le aplicaron remedios. Mientras tanto se divulgó el rumor por la ciudad de que los jesuitas habían secuestrado a un caballero, para obligarle a deshacer la donación de su fortuna hecha ya a los dominicos. Acentuase este rumor, porque el enfermo había manifestado a sus amigos que venían a visitarle, que él tenía la intención de hacer grandes legados a la Compañía. Sanó, e hizo los Ejercicios. Después de haberlos acabado, al tercer día de haber vuelto a su hogar [f. 58] volvió a enfermarse de muerte. Tenía la idea de hacer otro testamento. Ocasión de indecibles murmuraciones contra nosotros. Llamó entonces su confesor a los Dominicos, y otros muchos testigos para presenciar el testamento del enfermo. Reunidos todos, entró en su cámara, obligándolo para que declarase bajo juramento, si alguien de la Compañía le había rogado hacer un legado a la Compañía, o siquiera le había inducido a reformar el testamento. Declaró sinceramente que no solo nadie le había rogado a donar algo a la Compañía o deshacer el testamento, sino, por lo contrario, que los padres muchas veces le habían aconsejado no cambiar nada de lo anteriormente determinado, y no dar ocasión para murmuraciones. Lo que más todavía sosegó los ánimos fue que realmente no nos dejó nada al morir.

A dos sujetos de este colegio llamó Dios para sí. El 22 de diciembre de 1652 murió el hermano Antonio Rodríguez⁶³, portugués de casi 80 años. En su mocedad era soldado en Chile, donde no sólo venció al enemigo, sino así mismo. Entró a la Compañía en tiempo del padre provincial Diego de Torres buscando en ella siempre lo más humilde y difícil, especialmente estando en la ciudad de la Asunción donde vivió 30 años enteros, teniendo diferentes oficios y trabajando como muchos, juntos; pues era a la vez procurador del colegio y de todas las reducciones del Paraguay, Uruguay y Guayrá, que se iban fundando; y además era herrero y enfermero, practicando este último oficio hasta su muerte. Esto lo hacía con tanta puntualidad, con los nuestros y con los indios y negros, que parecía se padre de todos, salvando a muchos la vida. Tan grande caridad se explica por su fervorosa vida religiosa. Se distinguió por su castidad angelical, rechazando más de una vez [f. 58 v.] de forma enérgica la impertinencia de las mujeres; sucediendo algunas veces, que por la seriedad con que contestó a esta clase de procacidades, logró que entrasen en juicio y se convirtiesen.

Fue muy grande su paciencia, la cual pasó por una prueba muy grande cuando al ser saqueado el colegio por los secuaces del obispo, y estando él enfermo, fue sacado de la cama y echado a la calle. De allí fue llevado en una hamaca al río, para ser desterrado con los demás.

Vuelto con los demás al colegio, murió a la edad de 79 años, deplorado por los nuestros y muchísimos seglares.

Quince meses después siguió a este viejo un joven: el padre Juan Ignacio Beizama, castellano⁶⁴.

⁶³ El hermano Antonio Rodríguez era oriundo de La Guarda, Portugal. Nació en 1582 e ingresó a la Compañía de Jesús el 29.XII.1610 en el Paraguay. Falleció el 22.XII.1652 en la ciudad de Asunción.

⁶⁴ En las notas del padre Leonhardt aparece el siguiente dato: Necrología del padre Juan Ignacio Beizama, castellano, muerto en Asunción el 5.III.1654. Era de una vida angelical, y de una extremada modestia de vida. Nació en 1611 en Medina de Río Seco (Valladolid, España). Ingresó a la Compañía en Toledo, llegó a Buenos Aires el 29.XI.1640

Estudiando ambos derechos, fue elegido ayo de don Claudio Pimentel, decano de St. Conches (en Francia) e hijo del conde de Benevento. De allí entró en nuestra Compañía. Estando todavía en el noviciado, fue destinado a seguir al padre Díaz Taño a esta Provincia, declarando el maestro de novicios que iba a entregar al procurador del Paraguay a un joven no desigual al Beato Luis. Todas sus ocho hermanas se habían consagrado a Dios, quedando en el siglo un solo hermano que vivía a manera de un santo monje. Siguió nuestro Juan su fervorosa vida religiosa, siendo tenido de todos por santo varón. Era tan grande su modestia de ojos, que, estando todavía en España nunca quiso ver los pomposos palacios, la corte majestuosa y el lujo de las habitaciones. Navegando en esta provincia por el río Paraná un mes entero, con su anchura de media legua hasta tres leguas, con sus bosques en las riveras y sus islas en el medio, oyendo después de haber llegado a nuestros pueblos de indios hablar de la grandiosidad de este río [f. 59] quedó como sorprendido y preguntó dónde, al fin, estaría esta enormidad de agua, confesando ingenuamente que nunca había visto tal cosa. En estas mismas reducciones, le mostró un compañero suyo, para entretenerle, algunas cosas notables; pero observó que aquel no se fijaba en nada. Era un hombre tan espiritual, que cuando en las conversaciones ordinarias oía una cosa menos conveniente, se callaba como fastidiado, alegrándose por lo contrario, cuando oía hablar cosas espirituales. Predicaba a veces, teniendo numeroso auditorio, invitándose unos a otros diciendo: Vamos a oír al Santo. Entre sus oyentes se encontraba, Don Jacinto de Láziz, gobernador de Buenos Aires, hombre muy perdido. Este solía confesarse con él, por lo cual el padre provocó contra sí la ira del obispo, el cual, como enemigo del gobernador, se enojó por haberle dado la absolución.

Era muy insigne en la obediencia, la cual era completamente ciega. Estaba en la Tercera Probación, teniendo el encargo de regar cada día algunos arbustos del huerto. Un día, a la hora determinada para tal trabajo, llovía a cántaros, pero él fielmente siguió regando. Advertido de lo superfluo de su trabajo, contestó que se le había dicho

que regase a esta hora, y que no se le había dicho que lo omitiese al llover. Fue destinado por el Padre Provincial, para que aquí [en la Asunción] enseñase filosofía. Se disculpó por su ineptitud, por lo cual se arrepintió después grandemente, como si había cometido un pecado muy grande. Se marchó, pues, haciendo un viaje de más de 200 leguas, durante el cual se le entregó la contestación del Provincial, que consistía en darle opción para quedarse entre los indios. Al instante se dirigió a ellos. Como buen religioso, invertía todo el tiempo que le quedaba libre de los ministerios de la Compañía en ejercicios de piedad. Así llegó a la cumbre de la perfección religiosa, no pudiendo nadie jamás advertir en él [f. 59v] quebrantase en lo más mínimo las reglas de nuestro Instituto. Ya era maduro para el cielo, donde ya era familiar, dejando esta tierra el 5 de marzo de 1654, muriendo en el Colegio de la Asunción del Paraguay, cerca de los 40 años de edad.

Los Pueblos del Paraná y Uruguay

Siguen floreciendo los pueblos de los indios y tal vez más que nunca, después de haber experimentado en estos últimos años como el demonio instigó contra ellos a los españoles, y como Dios benignamente los preservó del contagio de la epidemia, la cual ha hecho tantos estragos en estas tierras, entre indios y españoles. Dieron efusivamente a Dios las gracias por estos beneficios, como también a la Virgen y al Santo Patrono de todas estas regiones, al apóstol de las Indias, San Francisco Javier, al cual habían dirigido con frecuencia y fervor súplicas, acompañadas con procesiones de penitencia. Jamás era más prospero el estado sanitario entre ellos, lo cual reconocen ellos con gran gratitud, sirviendo a Dios con admirable fidelidad. Los confirmó en esto lo acaecido a fines de 1652, referido por el padre Francisco Díaz Taño, el cual ha sido testigo de vista de ello.

Había en el pueblo de San Ignacio una niña huérfana, en poder de sus parientes, los cuales se porfiaron a cometer el disparate de casarla con un viejo. Se negó la niña resueltamente. Pero a fuerza de ruegos y amenazas alcanzaron, que sólo por apariencia la niña dio su consentimiento delante el párroco. Una vez en poder del viejo,

quedó ella virgen, no queriendo hacer uso del matrimonio. Mientras tanto se enamoró de ella un joven, pariente suyo, y logró que ella viviera con él incestuosamente [f. 60] Murió pronto después el joven criminal, y ella quedó viviendo con aquel, con quien se había casado. Murió también éste, trocándose ella en mujer pública. Así sirvió perdidamente con muchos hasta que volvió a sano juicio, casándose y viviendo como buena cristiana en compañía de su esposo, aspirando los dos a ser admitidos a la congregación mariana. A este fin se juntaban cada día con los congregantes en la iglesia para rezar el rosario, y ella ya comulgaba con frecuencia. Tuvo un hijo, el cual pronto voló al cielo. Al mismo tiempo murieron dos indias, cada una con un niño de pecho, haciéndose cargo de la crianza de los dos esta convertida. Algunos meses más tarde volaron al cielo los dos; mientras ella, se enfermó gravemente en el parto. Durante un profundo desmayo se vio ella puesta delante el tribunal de Dios, estando al lado de la Santísima Virgen, dos ángeles, y tres niñitos; es decir, su propio hijo y las dos crianzas. Al mismo tiempo se acercaron mil diablos, acusándola de muchas barbaridades, en especial de aquel matrimonio fingido, del incesto y de sus demás escándalos, por lo cual, estando ya en el infierno su cómplice, convendría irse ella también a los eternos tormentos. Al fin, sacaron todas sus maldades a la luz, diciendo que se había confesado sin tener dolor y arrepentimiento; que todavía no había pagado el precio de su hamaca; que no había devuelto a su dueño una medalla que halló y otras muchas cosas más. El juez la reprendió muy duramente, entregándola a los verdugos infernales, mostrando su conformidad la Virgen. La causa estaba ya perdida, cuando los niñitos se echaron a los pies de la Virgen [f. 60v] alegando con una casi gigantesca eficacia la misericordia que ella ejerció con estos pobres huerfanitos; y además su sincera devoción a la Virgen en estos últimos meses. Alcanzaron la intercesión de la Virgen en su favor, para que su Divino Hijo revocase la sentencia condenatoria, la cual se revió, escapándose los demonios. Fue amonestada la mujer a hacer penitencia por sus culpas, después de lo cual volvió en sí. Llamó al confesor, contó todo; se confesó repetidas veces con mucho dolor

y arrepentimiento, manifestó a los circunstantes cuan estrictamente se debía dar cuenta de todo delante el divino juez, pidió perdón a la esposa de aquel incestuoso; en una palabra: cumplió todo lo que se le había encargado. Pasó con esto un día entero, cuando de noche comenzaron los demonios a inspirarle la desesperación en la misericordia de Dios. Ya gritaba que estaba perdida, empeñándose en vano los asistentes a animarla a la confianza. Volvió el padre, oró sobre ella, y logró infiltrarle esperanza y rechazar a los demonios. Pidió ella ser admitida a la congregación y ser auxiliada con los últimos sacramentos. Se hizo todo esto, y ocho días después, muy a la mañana, estando ella agonizando, vio a la Santísima Virgen. La saludó con inmenso júbilo, hasta que volvió la Virgen al cielo. Fácilmente venció unas nuevas tentaciones del demonio. Oyó salir de la imagen de la Virgen una música celestial, más armoniosa, dijo ella, que la de nuestra iglesia, sabiendo que estaba siempre asistida por aquellas criaturas. Llamada por ellas, murió plácidamente, testificando de hecho la infinita misericordia de Dios.

En el año 1653, voló al cielo, con gran sentimiento [f. 61] de los indios, el padre José Cataldini⁶⁵, a la edad de más de 80 años. Era italiano de nación, natural de Fabriano, y entró en la Compañía, siendo ya sacerdote respetable. Pronto después fue enviado con otros a esta recién fundada Provincia. No había otro que le igualaba en energía para buscar indios entre selvas y breñas, con el fin de hacerlos cristianos; y esto por muchísimos años, pudiendo decir con el Apóstol haberse hallado. En riesgos de muerte muchas veces, en trabajo y fatiga, en hambre y sed, en toda clase de peligros. Convirtió a muchos miles de infieles a la fe de Cristo. El solo fundó seis reducciones de indios, arrancándolos de las garras del demonio, no apartándose de sus neófitos, enseñándolos por su propio ejemplo, y aumentándose su prestigio por algunos portentos que obró. Lo más extraordinario que

⁶⁵ El padre José Cataldini nació en Fabriano, Ancona, Italia, en 1571 e ingresó a la Compañía el 1.III.1602 en Roma. El 1.XI.1613 profesó su cuarto voto en Asunción. Entre 1644 y 1646 fue nombrado Superior de los guaraníes. El 10.VI.1653 falleció en San Ignacio, Misiones, Argentina.

hizo fue que por las oraciones de Cataldini volvió, no sólo de la muerte, sino de las garras del demonio, a la vida un indio infiel, difunto muchas horas antes; lo instruyó en los misterios de nuestra fe, y lo bautizó; después de lo cual voló al cielo. Omíto el don de sanar a los enfermos y el de profetizar el porvenir; pues todo esto, juntamente con la descripción de sus virtudes tratará de manera más extensa y eficaz uno de los nuestros. Basta con decir, que era un religioso acabado, distinguiéndose ante todo por su castidad, pudiendo decir a la hora de su muerte, que nunca se había fijado en mujer alguna, y que ignoraba si su casa se diferenciaba de la de los hombres, asemejándose en eso a San Javier, el cual también en sueño resistió, hasta vomitar sangre, a las fantasías impúdicas. Un cuerpo y un alma de tanta limpieza mereció hasta en esta tierra contemplar a Dios, al cual muchas veces se le mostró dándole fuerza [f. 61v.] y aliento, especialmente a la hora de celebrar la Santa Misa. Con esta ocasión, muchas veces, al descubrir el cáliz y haciendo genuflexión, vio salir del cáliz un brazo, revestido de ornamentos sacerdotales, el cual le echó la bendición. Otro padre muy venerable le vio muchas veces rodeado de una luz celestial. Era como ángel custodio de los indios, sacándolos de las garras del demonio. A este hombre virginal asistió muchas veces la Madre de las vírgenes, pero en especial al asaltarle dudas de si se salvaría. Entonces le dijo ella: No temas, hijo mío. ¿A quién no hubiera consolado semejante palabra?

El día, en que murió, se le vio por muchos lugares muy distantes, rodeado con rayos de gloria. Falleció después de 15 días de enfermedad, el 10 de junio, cerca de los 80 años, habiendo estado en la Compañía 52, y profesado 44 años antes.

El Pueblo de Itapuá

En este pueblo hubo algunas mujeres que sabían defender su honradez heroicamente. Una de ellas que acababa de comulgar, alegó esta misma razón al resistir al seductor. Otra resistió a su agresor furiosamente hasta la sangre. Había un joven lascivo e incorregible,

al cual mordió una víbora, sanando en su alma por este peligro de vida.

El Pueblo de San Ignacio del Paraguay

Este pueblo es el más antiguo de todos, distinguiéndose también entre todos por su amor a Dios, no queriendo decir esto, que entre [f. 62] los buenos no haya quien por su maldad no haga brillar más la bondad de los otros. Así había un indio casado que se había vuelto adúltero, aborreciendo todas las prácticas religiosas. Su buena esposa en vano le aconsejaba volver al buen camino. Los dos estaban un día pescando al margen del río, cuando de repente le aplastó un rayo. Lo tuvo por muerto la esposa y lo deploraba, cuando de repente se le ocurrió tocar al que estaba tendido exánime con una medalla bendecida de la Santísima Virgen, mientras repetidas veces rezaba el Ave María, no pidiendo otra cosa, sino que tuviera tiempo para hacer penitencia. Volvió en sí al infeliz, y sin embargo no mejoró su mala vida, haciéndose al contrario, cada día más malo. Insistió la esposa sin descanso a aconsejarle, alcanzando sólo la promesa de confesarse con ocasión de cierta fiesta de la Virgen. Dios no le dio esta gracia, después de haber acusado tantas veces de su misericordia. Se alejó un día del pueblo en compañía de 3 indios más queriendo acarrear algo para el pueblo. Este individuo no supo sino fastidiar a sus compañeros con proferir obscenidades. Estalló una tormenta, y asustados por el fragor de los truenos comenzaron a orar los otros, mientras este infeliz se burlaba de su piedad, hasta que cayó un trueno y lo aplastó, dejando intactos a los demás que viajaban en la misma carreta. Al mismo tiempo exclamó su hijito de 4 años, estando en casa, muchas leguas distantes del lugar del siniestro, repetidas veces: Cayó mi padre, aplastado por un rayo. Pensaban que eran disparates lo que decía el niño, hasta que fue traído el cadáver chamuscado.

Esta muerte desgraciada impresionó tanto a cierto joven, que pidió a Dios que le enviara una enfermedad, para que no sea arrastrado a los vicios. Alcanzó lo que pidió, y entre los dolores del cuerpo siempre quedó admirablemente [f. 62v] contento.

Más valerosamente se portó en el combate cierto joven, provocado por una mujer lasciva, hasta por medio de amenazas. Se escapó este joven honrado, caminando derechamente al templo, prefiriendo ser objeto de la venganza de la mujer despreciada que ofender a Dios por la deshonestidad.

Es costumbre celebrar las vísperas de la fiesta de la Visitación de la Virgen por medio de fogatas, conciertos musicales y juegos populares. Con tal ocasión se vio de repente muy iluminada la capilla de la Virgen, edificada en las cercanías del pueblo, tanto que se temía que se haya incendiado. Corrieron muchos allá para apagar el incendio, avisando otros al padre. Se fueron hacia allá en masa, no encontrando ni siquiera una sola vela, pero a muchos devotos rezando, y a algunos haciendo penitencia, como si el cielo hubiera querido aprobar su piedad con el resplandor de la luz.

Había un congregante moribundo, el cual no sólo vio una luz, sino a la misma Santísima Virgen, la cual lo consoló en sus angustias mostrándole un hermoso libro, diciendo que contenía los obsequios que había ofrecido en su honor con tanta frecuencia, por lo cual pronto sería premiado en el cielo eternamente. Que se sosegara por lo tanto. Tres días después, rodeándolo y llorándole los suyos, vio a dos ángeles hermosísimos, que habían venido para llevarle al cielo.

Invocó a San Ignacio cierta piadosa india, y al instante experimentó la eficacia de su intercesión.

El caso era, que la había solicitado cierto individuo perdido, hasta por medio de golpes. Resistió ella, y entonces aquel quiso vencerla por medio de la hechicería. De improviso echó en boca y nariz de ella cierto polvo, a cuya consecuencia comenzaron a descomponerse [f. 63] por una especie de cáncer estas partes de la cara. Todos los remedios resultaron ineficaces. Entonces acercó la mujer a su cara enferma la figura del santo padre Ignacio. Salieron al instante de allí más de cien gusanos, de una forma muy extraña, y al mismo tiempo sanó la enferma.

El Pueblo de Santa María de Loreto

A veces se saca del enemigo el remedio del mal. Un indio estaba muriéndose. A una hora muy avanzada de la noche oyó estas las siguientes felicitaciones del demonio: Alégrate, mi querido, porque tantas veces te has confesado sacrílegamente, callando pecados. Cayó luego en cuenta el indio de su estado, e hizo una buena confesión de toda su vida.

Estaba durmiendo un indio, cuando oyó una voz de arriba que le decía: Ay de ti, miserable, nombrándole con su propio nombre, porque había otra india más por allí: Te irás al infierno por haber recibido los sacramentos sacrílegamente. Los dos se han aprovechado de este aviso del cielo.

Había un muchacho de trece años, muy bien educado por sus mayores, temiendo cometer la más pequeña falla. Era muy piadoso, pidiendo siempre la única gracia de morir antes de perder el buen conocimiento. Notó que se le había oído, sintiendo de noche una molestia en el bajo vientre. Lo manifestó a sus mayores, que dijeron que eran imaginaciones. No era así, como se vio después. Ya el siguiente domingo recibió una patada de caballo chúcaro precisamente en el bajo vientre, por lo cual pronto murió. Estaba desconsolado el padre del jovencito, tanto que cayó enfermo. Entonces vio a un joven de una admirable hermosura el cual le reprendió diciendo que no había motivo para llorar sobre el niño, que ya estaba en la gloria, a donde iría también él; [f. 63v] y mostrándole una fuente llena de sangre, desapareció. Pocos días después le sobrevino una hemorragia, y recibiendo todos los sacramentos, murió.

El Pueblo de San Ignacio de Guayrá

Había una mujer muy honrada, muy molestanda por un joven libertino. Al fin ya no aguantó su impertinencia, y le retiró a palos. A otra se acercó el demonio en forma de un joven, el cual quiso seducirla por ruegos y por fuerza. Invocó ella el nombre de Jesús, y desapareció el tentador.

Entre sueño vio un indio, como le aconsejó uno de nuestros sacerdotes, que asistiese a misa el otro día; de lo contrario sería mordido por una víbora. Despreció el aviso; fue mordido por una víbora y tuvo que sufrir la amputación de su pie, haciendo de este modo penitencia por toda su vida.

Sufrió el mismo castigo cierto joven en consecuencia de su desobediencia a sus mayores, y del desprecio de los consejos del sacerdote.

Era más dócil a la voz de Dios cierta feliz, la cual antes no se había confesado bien, pero avisada de su falta, se apresuró a corregirla.

Hace 22 años a esta parte, que cierto cacique se sintió llamado por alguien, mientras dormía. Vio entonces un horno, donde estaba ardiendo cierto individuo. Se le preguntó: ¿Lo conoces? Dijo que no. Se fijó más y conoció que era un pariente suyo, un cacique que todavía estaba vivo. Dijo el desconocido: Esta clase de cama tendrá aquel, y todos los que no quieran volver a buen juicio. Poco después se incendió su casa, y él se echó adentro para salvar de las llamas una caja. Fue envuelto en las llamas, y sacado por los demás medio quemado, y ya sin sentidos, [f. 64] tanto que era incapaz a dar una señal de dolor y arrepentimiento. Pero realmente se había arrepentido, porque después de 20 años enteros apareció a una persona piadosa, diciendo que hasta ahora estaba penando en el purgatorio, y que iba ya al cielo, añadiendo que este mismo día había otro, que le iba asemejarse por el género de muerte, y por la severidad de la pena. No quiso creer nuestro sacerdote a la mujer, cuando pocas horas después se incendió la casa de una india, quedando ella carbonizada.

El Pueblo de la Concepción

No hubo cosa particular en este pueblo, sino que se fue al cielo el padre Pedro Cañigral⁶⁶, natural de Valencia, de noble familia,

⁶⁶ El padre Pedro Cañigral nació en 1607, en Valencia, España e ingresó a la Compañía de Jesús en Aragón el 20.V.1628. Llegó a Buenos Aires el 20.12.1636 y realizó su cuarto voto en San Cosme, Misiones, Argentina, el 25.IV.1646. Falleció en Concepción, Misiones, Argentina, el 13.I.1654.

y más noble por su piedad. Después de haber concluido sus estudios filosóficos, entró en la Compañía, y siendo todavía novicio salía los domingos a la campaña de Tarragona, enseñando a la gente del campo catecismo, alejándose hasta 4 leguas de distancia. Después del noviciado repitió la filosofía, y fue destinado a esta Provincia, deseando hacerse mártir. Llegado acá, renunció al estudio de teología, y se dedicó a los indios trabajando por varios años con muy buen éxito, no sólo enseñando la religión por palabra y ejemplo, sino ejerciendo también varias artes mecánicas, las cuales había aprendido solo. Hizo expediciones a la tierra de los infieles, para librar cautivos...

Después de una vida muy religiosa, y lleno de méritos, lo llamó así el Padre celestial el 13 de enero de 1654 a los 49 años de edad y 26 de Compañía.

Los demás pueblos de misiones.

Cierto joven no oyó misa en día festivo, para irse a cazar. [f. 64v] Le sucedió que uno de estos animales le mordió en el brazo, el cual se le hinchó, y después de sufrir horribles dolores por 12 días, murió. Más benignamente trató la misericordia de Dios a un pobre recién convertido. Despreciaba los consejos de uno de nuestros sacerdotes, hasta que cayó enfermo. Este castigo le abrió los ojos; se confesó muy arrepentido, esperando tranquilamente la muerte; cuando se le apareció la Santísima Virgen, anunciándole el perdón, y devolviéndole la salud, la cual emplea ahora para servir a Dios con felicidad.

La misma Virgen hizo un favor más grande todavía a una india difunta. Vuelta a la vida, declaró públicamente, que ya estaba condenada al infierno por hacer malas confesiones; pero que la Virgen le había conseguido tiempo para convertirse. Se confesó y murió contenta.

Algunas indias experimentaron la eficacia de la intercesión de nuestro santo padre Ignacio. Una de ellas sufrió tan crueles dolores de vientre que se revolcaba en el suelo, como fuera de sí; pero apenas

tocó una medalla con la efigie de San Ignacio y San Francisco Javier, al instante sanó, dedicándose luego a sus quehaceres. Otra enferma, estando en el campo y fue llevada al pueblo fuera de sentidos. Administrárosle la Extrema Unción, no pudiendo recibir los demás sacramentos. Quedó en este estado un día entero. Invocaron entonces al santo patriarca, aplicando a la enferma algunas reliquias suyas; después de lo cual recobró la salud. Más frecuentes son los casos, en que el Santo asistió poderosamente a mujeres de parto. Después de haber dado a luz a su séptimo [f. 65] hijo, estaba para morir una india, no pudiendo desprenderse de las secundinas, pudriéndose ellas de un modo perceptible. Se aplicó la efigie de San Ignacio, se libró y sanó.

Había otra moribunda de parto con hemorragia. Por su extremada debilidad estaba desahuciada por las parteras, diciendo ellas, que la criatura se había muerto en el seno de ella.

Auxiliaron a la moribunda con los últimos sacramentos de la Iglesia, y trajeron una reliquia de nuestro santo padre. Hizo entonces la mujer la promesa de comulgar por la fiesta de San Ignacio, en caso de escaparse del peligro. Dio a luz una criatura pequeña, pero viva. Apenas bautizada, voló al cielo; mientras la madre sanó por completo.

Omito otros casos, para no fastidiar. Pero me veo obligado a contar algunos casos de heroica virtud, para común edificación. Hubo in individuo muy amujerado, el cual hizo pacto con el demonio, para lograr más fácilmente su intento voluptuoso. Hecho esto, vivió como un moro. Un día oyó por casualidad un sermón y se sintió tan conmovido, que luego deshizo el contrato con el demonio, confesándose de todas sus culpas, reformando la vida, y haciéndose un cristiano ejemplar.

Un joven desvergonzado en vano trató de engañar a una doncella virgen. Se trocó su amor en furor, hiriendo a la pobre víctima hasta la sangre, tanto que estaba ella para espirar. Estaba muy contenta ella con su cuerpo destrozado, ya que había conservado limpia el alma.

Más feliz todavía era en semejante combate una niña virgen de doce años de edad. [f. 65v]

Iba ella al río para sacar agua, cuando le embistió un hombre fuerte, el cual, después de ruegos y promesas, hechas en vano, trató de forcejarla, hiriéndola gravemente. Pidió socorro la niña a gritos. Enfureciere por esto más todavía aquel bárbaro, le echó un lazo al cuello y la sofocó. Voló al cielo este mártir de su virginidad. Al saberse este hecho, se alborotó todo el pueblo. Fue sepultada la víctima con muy grande pompa, y celebrada como una de las santas vírgenes del cielo. Sucedió esto el año 1653.

Dice la Sagrada Escritura que Dios es misericordioso, y lo vemos comprobado por los hechos. A San Pedro se le había dicho que perdonase siete veces setenta ofensas⁶⁷. Aquí en estos pueblos se cumple esto a la letra. Cierta india siempre volvía a las mismas faltas, no enmendándose ni por los consejos ni por las amenazas del padre. Este, estaba resuelto ya al acercarse el indio con la misma historia, a negarle la absolución. Vino, y sea que el número de los pecados fuese menos, o sea que el indio estaba más arrepentido, se contentó el padre con reprenderlo, y lo absolvió. La misma noche pareció al padre caminar por el campo, y acercarse al templo; pero perdió el camino e hizo una vuelta grande, hasta que logró acercarse otra vez al templo. Tropezó en el camino con una acequia profunda, y se hizo un puente provisorio para poder pasar. Al pisarlo, se rompió el puente mal hecho, y cayó al fondo de la acequia. Ya estaba sumergiéndose, cuando levantó los ojos al cielo para pedir socorro. En esto vio a aquel indio miserable, que le tendió la mano y lo salvó. Con esto se despertó el padre. Con esta visión fue [f. 66] avisado el padre de que no hay que rechazar tan fácilmente a los pobres pecadores, sin oírlos en confesión y sin darles antes la absolución, aunque sean reincidentes, con tal que se arrepientan de veras. De lo demás me callo. Esto único sepa vuestra paternidad, que absolutamente todos los hijos de la Compañía en estas tierras son varones apostólicos. No faltan ni faltarán nunca aquellas señales que acompañan el apostolado, cuales son las persecuciones, como, por ejemplo, ahora

⁶⁷ Mt.18.21-22 Lc.17.4.

precisamente excita otra vez enormes alborotos el obispo de Buenos Aires, don Cristóbal de la Mancha y Velazco contra estos padres, de lo cual arriba se ha indicado ya algo, y se tendrá que escribir más en las siguientes cartas. Pues, este hombre nos es muy hostil, y es atrevido combatidor de nuestro instituto, no haciendo caso de las bulas pontificias [en nuestro favor].

Convocó un sínodo, promulgando el programa de lo que sería tratado en esa asamblea, siendo este escrito de tal laya, que de seguro la Sede Apostólica lo marcará con la nota de ser un infame libelo, y, si no lo quemará públicamente, lo despreciará. Pues, esta lucubración no contiene, sino calumnias contra la Compañía. Atribuyéndonos toda clase de crímenes, tanto referentes a nuestro modo de enseñar, como a nuestro modo de vivir, en la administración de los sacramentos. Es fácil de comprender que, en consecuencia del indigno comportamiento de un obispo sigan muchos males, en especial, acercándose uno de lo que dijo el Apóstol: Raíz de todos los males es la avaricia⁶⁸.

Codiciamos nada con más anhelo que ser constantes en la paciencia, y que Dios nos dé modestia en el modo de hablar y proceder, para lo cual vuestra paternidad nos dé su bendición.

Córdoba, 31 de diciembre de 1654.

Su hijo en Jesucristo

Lorenzo Sobrino

⁶⁸ 1 Tim. 6.10.

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DE LA CARTA ANUA DE 1650-1652

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

- El Pueblo de San Ignacio del Paraguay f.3
- El pueblo de San Ignacio del Yabebirí f.4
- El pueblo de Itapúa f.4v
- El pueblo de la Virgen de Loreto f.5v
- Los pueblos de los Santos Apóstoles y de San Nicolás, obispo f.5v
- El pueblo de Santa María la Mayor f.6
- El pueblo de Candelaria f.6
- El pueblo de Santo Tomé, apóstol f.6v
- Los pueblos de Yapeyú y Mbororé f.6v
- Los pueblos de los Itatines y las excursiones a los infieles f.9
- Los pueblos de los calchaquís, y excursiones f.9v
- El colegio de Córdoba f.12
- El colegio de Buenos Aires f.14
- El colegio de Santa Fe, y los demás colegios de la Provincia f.14v
- El Colegio del Paraguay o la Asunción y las persecuciones de la Provincia f.15v

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DE LA CARTA ANUA DE 1652-1654

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año 1652 hasta el de 54 f.21

El colegio de Salta f.21

La misión del Chaco f.22

La misión de los calchaquíes f. 25v

El colegio de Tucumán f. 30

El colegio de Santiago del Estero 33v

El colegio de Córdoba f.37

El colegio de Buenos Aires f.43

Los colegios de La Rioja y Santa Fe f.47v

El colegio de la Asunción f.50v

Los pueblos del Paraná y Uruguay f.59v

El pueblo del Itapuá f.61v

El pueblo de San Ignacio del Paraguay f.61v

El pueblo de Santa María de Loreto f.63

El pueblo de San Ignacio de Guayrá f.63v

El pueblo de la Concepción f.64

Los demás pueblos de las misiones f.64

ÍNDICE TOPONÍMICO 1650-1652

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

- Abiarú, Ignacio f.7v, f.8
Alvarez, Juan f.13 v
Arenas, Cristóbal de f.9
Arias, Alonso f.9
Artiaga, Gaspar de f.18
Atienza, Juan f.13 v, f.14
Cárdenas, Bernardino de;
fray f.3v, f.15v, f.16, f.17v,
f.18v
Carrafa, Vicente f.2, f.13 v
Correa de Sa, Salvador
f.16v
Crespo, Adriano f.5
Cuellar y Mosquera, Gabriel
de f.18v
Chaparro, Manuel, fray
f.18v
Díaz Taño, Francisco f.13 v
Doblas, Juan de f.16v
Espino, Juan de f.18
Gregorio XIII f.16
Gregorio XV f.14
Guillestigui, Gabriel de f.18v
Inés, mártir romana f.4
Jorquera, Jacinto, fray f.18v
León Garabito, Andrés de
f.15v, f.17, f.17v, f.18v
León y Zárate, Sebastián de
f.15v, f.16, f.17, f.17v
Mancilla, Justo f.9, f.9v
Menachio, padre f.14
Montmorancy, Florenzo f.2
Nolasco, Pedro, fray f.18v
Ojeda, Simón de f.16, f.19
Osorio, Gaspar f.19
Patricio, Pedro f.11
Pastor, Juan f.19
Ripario, Antonio f.19
Rodríguez, Alonso f.14v
Rodríguez, Bernardo f.14v,
f.16v
San Ignacio de Loyola f. 4,
f.4v, f.6, f.15
Torres, Diego de f.9v
Torreblanca, Fernando de
f.10, f.11, f.11v
Utimba, cacique f.10, f.10v,
f.11v
Vázquez de la Mota,
Francisco f.19
Vázquez Trujillo, Francisco
f.13 v, f.14

ÍNDICE TOPONÍMICO 1650-1652

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

- | | |
|--|--|
| Alemania f.2 | Corpus Christi f.8 |
| Andalucía f.16v | Corrientes f.15, f.16 |
| Angola f.14v, f.16v | España f.1, f.1v, f.2, f.13v,
f.14v, f.16, f.18 |
| Aragón f.2 | Esteco f.15 |
| Arica f.1v | Génova f.2 |
| Asunción f.1v, f.2, f.2v,
f.15v, f.16, f.16v, f.17, f.17v | Indias f.2, f.2v, f.14v |
| Baeza f.14v | Italia f.2 |
| Brasil f.1, f.3, f.6 | Itapuá f.4v |
| Buenos Aires f.1, f.2, f.2v,
f.14, f.16, f.16v, f.17, f.17v | Jujuy f.15 |
| Caaguazú f.6 | Lacio f.1 |
| Cádiz f.2, f.2v | La Plata f.1v, f.15v, f.17,
f.18 |
| Calchaquies, Misión de los
f.10, f.11 | La Rioja f.15 |
| Calchaquies, valle de los
f.9v, f.12 | Lima f.1v |
| Callao f.1v | Livorno f.2 |
| Candelaria f.6 | Loreto f.2 |
| Chaco f.19 | Lucena f.16v |
| Chile f.2v, f.14, f.18v | Madrid f.1, f.2, f.2v, f.18 |
| Chuquisaca f.3 v, f.18v | Mbororé f.6v, f.7, f.7v |
| Concepción f.8 | Méjico f.2v |
| Congo f.14v | Milán f.2 |
| Córdoba f.1, f.1v, f.12, f.12v,
f.13, f.14, f.15, f.16v, f.17,
f.17v, f.19 | Nuestra Señora de la Fe f.9 |
| | Nuestra Señora de Yocabil
f.9v, f.10v |
| | Oporto f.13v |

Panamá f.1v
Parabité f.5
Paraguay f.1, f.2, f.2v f.3,
f.8, f.9, f.9v, f.15, f.15v,
f.16, f.17, f.17v, f.18, f.18v
Perú f.1, f.1v, f.2v, f.13v,
f.14v, f.15v, f.16v, f.18,
f.18v
Portugal f.13v, f.16v
Potosí f.1 v
Río de la Plata f.2v
Río Paraguay f.3
Río Paraná f.3, f.9, f.15,
f.19
Río Uruguay f.7v, f.9, f.19
Roma f.1, f.2, f.5v, f.13v,
f.14, f.14v, f.15v, f.16
Salta f.9v, f.15, f.19
San Carlos f.8, f.9
San Carlos (Tucumán) f.9v,
f.10v, f.11
San Ignacio f.9
San Ignacio (Paraguay) f.3
San Javier f.5, f.8
San José f.8, f.8v, f.9
San Miguel f.8, f.11
San Nicolás f.5v
Santa Ana f.8
Santa Fe f.14v, f.16, f.17
Santa María la Mayor f.6
Santiago del Estero f.13v,
f.15, f.17, f.17v
Santo Tomé f.6v
Santos Apóstoles f.5v
Santos Mártires del Japón
f.8
Sevilla f.2, f.2v
Tortosa f.2
Tucumán (San Miguel de)
f.9v, f.10, f.11, f.15, f.17,
f.17v, f.18, f.18v, f.19
Uruguay f.9, f.19
Valencia f.2,
Virgen de Loreto f.5v
Yapeyú f.6v, f.7, f.8

ÍNDICE DE PUEBLOS INDÍGENAS 1650-1652

Alfamios f.10
Amaycenses f.10
Anguinaos f.12
Caaguazú f.6
Calchaquies f.9v, f.10, f.10v, f.11, f.11v, f.12
Charrúas f.6v
Chovas f.8
Encamanas f.11, f.11v
Guacharapoes f.9v
Guatoas f.9v
Guayanaes f.8
Guayanaos f.7
Itatines f.9
Pampas f.14v
Payaguás f.9, f.9v
Quilmes f.11v
Yocabilios- Yocabiles f.10, f.10v, f.11, f.11v
Zafios f.10

ÍNDICE ONOMÁSTICO 1652 – 1654

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

- Álvarez, Pedro f.32 f.32v
Altamirano, Cristóbal de; padre f.52v f.53 f.53v f.55 f.55v f.56
Ampuero, Miguel f.35v f.36
Aquaviva, Claudio f.34v
Arias, Alonso; padre f.52
Ayala y Murga, Francisco de f. 21 f.21v.
Baigorri, Pedro f.44
Benítez, Francisco; provisor f.57
Beizama, Juan Ignacio; padre f.58v
Cañigral, Pedro; padre f.64
Cárdenas, Bernardino; fray f.36 f.36v
Cataldino, José; padre f.60v
Cerra, Antonio f.39
De la Cabeza, Pedro; gobernador eclesiástico f.57 f.57v
Díaz Taño, Francisco; padre f.58v f.59v
Falcón, Marcos; padre f.31v f.33v
Flores de Quiñónez, Elvira f.22
Garabito de León, Andrés f.46 f.52v f.57
Garay, Cristóbal de; gobernador f.57
Ibarra, Domingo de f. 22.
Láriz, Jacinto de; gobernador f.44 f.59
León y Cazabe, Sebastián de; gobernador f.50 f.57
Luis, beato f.26v f.27 f.58v
Luján, Andrés de f.22v f.24 f.24v f.25
Macero de Bustillos, Antonio; padre f.34 f.34v f.35 f.35v
Mancha y Velasco, Cristóbal de; fray f. 43v f.44v f.45v f.66
Mansilla, Justo; padre f.50v f.51v f.52

Medina, Ignacio de f.22v f.23 f.24 f.25 f.25v
Nolasco, Pedro; fray f.50 f.56v
Núñez, Diego; visitador f.57
Núñez de Ábalos, Juan f. 49 f.49v f.50
Ordóñez, Antonio f.41 f.41v f.42
Pastor, Juan; padre provincial f.22v f.23 f.29 f.31
Pimentel, Claudio; decano f.58v
Rivas y Gavilez, Francisco de; fray f.56v
Rodríguez, Antonio; hermano f.58
Ruiz de Montoya, Antonio f.41v
Sobrino, Lorenzo f.66
Torres, Diego de; padre provincial f.58
Vázquez Trujillo, Francisco f.32v
Viena, Juan; padre f.31v
Vizcaíno de Agüero, Juan; canónigo f.57
Xalino, Francisco f.39v f.40

ÍNDICE TOPONÍMICO 1652 – 1654

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

- África f.40
América f.53v
Angola f.40
Asunción f.49 f.50 f.52v
f.56v f.58 f.59
Asunción, colegio f.50v
f.59v
Benevento f.58v
Brasil f.40 f.52
Buenos Aires f.40 f.43
f.46 f.47 f.48 f.59 f.66
Buenos Aires, colegio f.43
Castilla f.34
Catamarca f.31v
Chaco f.22 f.23 f.24
f.25v
Chile f.41v f.58
Concepción, pueblo f.64
Congo f.40
Córdoba f.21v f.41v f.42
f.43 f.48 f.50 f.51 f.66
Córdoba, colegio de f.37
Corrientes f.49 f.50
Egipto 23v
España f.40 f.41v f.46
f.58v
Esteco f.30
Europa f.40 f.40v
Fabriani f.61
Francia f.40 f.58v
Ginebra f.40
Guayrá, reducción f.58
Indias f.59v
Italia f.40 f.40v
Itapuá, pueblo f.61v
Jujuy f. 22 f. 22v f.25 f.
25v
La Plata f.47 f.57
La Rioja f.48
La Rioja, colegio f.48
Lima f.36 f.41 f.41v
Lisboa f.40
Mendoza f.41v
Molina f. 41v
Monzón de Aragón f.39
Nápoles f.31v
Navarra f.21
Pamplona f.21
Paraguay f.21 f.46 f.51
f.53v f.56 f.56v f.57 f.59
Paraguay, reducción f.58
Paraná, río f.58v
Paraná y Uruguay, misiones
de f.32v

Perú f. 22 f.32v f.36
f.41v
Pirapó f.51v
Portugal f.40
Potosí f.56v
Roma f.21 f.40 f.43v
Salamanca f.34v
Salta f.21 f.21v f.22 f.23
f.30
San Carlos, Aldea f.28v
f.29
San Ignacio, pueblo f. 59v
f.61v f.63v
San Miguel de Tucumán
f.30
Santa Fe f.48 f.49
Santa Fe, colegio f.48
Santa María de Loreto f.63
Santiago de Estero f.30
f.33v f.35v f.37
Santiago del Estero, colegio
f.33v
Sicilia f.39v f.40
Tarragona f.64
Tucumán f.29v f.30 f.31v
f.33v f.48
Tucumán, colegio f.30 f.31
Uruguay, reducción f.58
Valencia f.64
Valladolid f.32v
Villa Rica f. 50v f.52v

ÍNDICE DE PUEBLOS INDÍGENAS 1652 – 1654

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Calchaquíes f.22 f.25v f.26 f.26v f.29v f.35v

Chiriguano f.32v

Itatines f.50v.

Mataguayos f.23 f.23v f.24 f.25

Paciosenses f.28

Tobas f.24v

SERIE DOCUMENTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL

- Nº 1 *Actas del Cabildo de Itatí (1793-1798)*. Prólogo de Alberto A. Rivera. Corrientes, 1980. 104 pp.
- Nº 2 Juan B. Ambrosetti. *Dos estudios sobre Misiones*. Est. preliminar Alfredo S. C. Bolsi, Resistencia, 1983. 168pp.
- Nº 3 Alberto A. Rivera *Bibliografía del Dr. Manuel Florencio Mantilla. 1853-1909*. Resistencia, 1984. 135pp.
- Nº 4 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1875-1900*. Adv. preliminar de Ernesto J. A. Maeder, Resistencia. 1988.
- Nº 5 Tania Judith Curiel Lena.. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1965-1969* Resistencia. 1988.
- Nº 6 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1970-1979*. Resistencia, 1989.
- Nº 7 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1901-1964*. Resistencia, 1989.
- Nº 8 Alberto A. Rivera. *Las Misiones de Guaraníes. Bibliografía de la época post jesuítica (1768-1830)*. Resistencia, 1989. 52pp.
- Nº 9 Alberto A. Rivera *Las Misiones de Guaraníes. Bibliografía de la época post jesuítica (1831-1881)*. Iparte. Resistencia, 1990. 29pp.
- Nº 10 Alberto A. Rivera *Contribución a la bibliografía histórica de Corrientes (1853-1910)*. Resistencia, 1994. 93pp.
- Nº 11 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1641-1643*. Resistencia, 1996. 170pp.
- Nº 12 Diego de Alvear. *Relación Geográfica e histórica de la Provincia de Misiones*. Resistencia, 2000. 173pp.
- Nº 13 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1644*. Resistencia, 2000. 120pp.; 2da. edición. Resistencia, 2007. 124 pp.
- Nº 14 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1645-1646 y 1647-1649*. Resistencia, 2007. 207pp.

Las Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay eran informes regulares de los P. Provinciales con el P. Prepósito General de la Compañía de Jesús residente en Roma. Las mismas tenían por objeto brindarle una información detallada acerca de la actividad pastoral cumplida en los distintos colegios y residencias de la Provincia, así como los progresos obtenidos en la evangelización de los pueblos indígenas atendidos por sus misioneros.

El presente volumen contiene las Cartas Anuas de 1650-1652 y 1652-1654. La primera fue, en principio, escrita por el padre Juan Pastor, aunque su conclusión y firma hayan quedado a cargo del padre Francisco Vázquez de la Mota. La otra Carta fue realizada y firmada por el padre Lorenzo Sobrino. El hecho de tener a más de un autor, sitúa al lector ante la posibilidad de comparar ambos textos, encontrar similitudes y diferencias en la información, el relato y la forma de abordar los diferentes temas.

Igual que en ediciones anteriores, este trabajo intenta ampliar el número de lectores interesados en la temática, como así también contribuir con la construcción de la historia jesuítica paraguaya durante este período.